INTRODUCCIÓN A LA INVESTIGACIÓN FILOSÓFICA

ROSA KRAUZE

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Colegio de Filosofía

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Colección: Opúsculos 93 / *Serie* Investigación

Rosa Krauze de Kolteniuk

INTRODUCCIÓN A LA INVESTIGACIÓN FILOSÓFICA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México, 1986

Primera edición: 1978
Segunda edición: 1986
DR © 1986. Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria. 04510 México, D.F.
Dirección General de Publicaciones
Impreso y hecho en México
ISBN 968-837-735-X

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Este pequeño libro quiere introducir al estudiante de filosofía en la técnica de la investigación documental. Aunque no faltan libros sobre el tema, no parece excesivo publicar uno más, si se piensa que la mayoría de aquellos ha dejado de lado uno de los aspectos más importantes de la investigación: el trabajo realizado desde adentro, es decir, el tipo de problemas que el estudiante debe descifrar desde que se pone en contacto con los libros hasta el momento de redactar su propia investigación.

Casi todos los manuales de técnicas se ocupan de proveer al alumno de un conjunto de reglas útiles para consultar apropiadamente las bibliotecas, hacer fichas bibliográficas, citas, notas a pie de página, esquemas de trabajo, formas de presentación, etcétera, pero dan por supuesto el esfuerzo interior, la hazaña que el principiante debe llevar a cabo para entender los libros que tiene a mano, leer en forma apropiada, saber qué anotar en las tarjetas de trabajo, cómo manejarlas, cómo relacionar las ideas, cómo juzgarlas.

Aprender a hacer tarjetas no supone aprender a investigar. Por muy importante que sea la mecánica de la investigación, significa apenas el primer paso en una tarea que no sólo capacita al estudiante para comprender y reproducir lo

que otros han escrito, sino también para buscar en las obras la solución a los problemas que tiene en mente.

Los estudiantes confunden la investigación con la reseña bibliográfica y así se eximen de reflexionar por cuenta propia; no advierten que hacer una investigación ya es hacer filosofía y esto significa abandonar la actitud pasiva del alumno para asumir la del filósofo.

Se dice que sólo se aprende a investigar investigando. Esto es cierto. Pero no es menos cierto que nunca sobran algunos consejos previos, un conocimiento de los métodos que aquí pretendo exponer para allanar un poco el camino de los principiantes.

R.K.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Los libros de texto se prueban sobre la marcha. Esta, a su vez, va revelando los puntos confusos o los temas que no quedarón suficientemente explicados. Así sucedió con el mío. A pesar de las opiniones favorables, he decidido aprovechar su reedición para añadir un capítulo: la autocrítica, y afinar algunos detalles sobre el proyecto de trabajo y las conclusiones. Agradezco las sugerencias de los maestros José Ignacio Palencia, Laura Benítez y Rafael Moreno y a todos los maestros y alumnos que han usado mi texto en seminarios afines a la investigación filosófica.

R.K.

CAPITULO I
ELECCION DEL TEMA

Toda investigación documental supone el análisis de los textos, la desarticulación y reconstrucción de las ideas, el manejo de fichas bibliográficas y el proyecto y redacción del trabajo que se realiza según determinada problemática.

Eso significa que las etapas del esfuerzo del investigador están intímamente relacionadas entre sí, y orientadas hacia una finalidad específica: la elucidación del tema elegido, que sirve de guía minucioso y constante.

Aunque parece innecesario insistir en algo tan obvio, no resulta irrelevante si se considera la frecuencia con que los principiantes se distraen con problemas ajenos a su objetivo. Por eso es imprescindible definir previamente la materia de la investigación. Un problema mal planteado impide el buen trazo del proyecto y la evaluación de las técnicas que deben resolverlo.

La elección del tema está en relación directa con los conocimientos que se tienen de él. Querer investigar a Sartre sin saber de existencialismo, llevaría a la frustración; no habría manera de situar al filósofo francés en el marco histórico y filósofico adecuado ni de entender apropiadamente sus ideas. Lo mismo sucede cuando se pretende investigar alguno de los temas desarrollados por el autor, sin un conocimiento previo de su obra. En este caso sería imposible seleccio-

nar las tesis fundamentales, hallar el origen, los propósitos y el lugar que les corresponde en el conjunto de sus ideas.

Casi siempre las cuestiones que preocupan a un filósofo están estrictamente relacionadas entre sí; sacarlas de su contexto y estudiarlas aisladamente es emprender una tarea equívoca, pues se corre el riesgo de la mala interpretación y de la confusión. El que quiere investigar el concepto de la angustia en Heidegger, por ejemplo, está obligado a conocer su filosofía, aunque sea de manera indirecta.

Por supuesto, se han iniciado investigaciones sin ningún antecedente o sin ninguno preciso; pero eso es aventura que sólo exploradores de oficio pueden llevar a término, nunca el que apenas se inicia en esas tareas. La experiencia enseña cuáles obras deben consultarse, y proporciona un fino sentido de discriminación, oído atento al menor indicio e intuición para saber qué hilos lo conectarán con otros, qué problemas formular y cómo hallar la respuesta.

La investigación documental, en sus primeras faces, se parece al diálogo entre el investigador y el autor de los textos, sólo que el investigador debe contestar sus propias preguntas; la respuesta la hallará en los libros, siempre y cuando sepa qué preguntar. Las preguntas las sugiere el

tema y éstas a su vez condicionan la tarea del investigador.

La elección del tema supone la primera pregunta, que deberá responder a un interés genuino relacionado con el tipo de estudios que se ha emprendido y los proyectos futuros. Es mucho más fructífero hacer una investigación que después podría extenderse y ahondarse, que iniciar constantemente investigaciones sobre temas diversos. De ahí la importancia de la primera pregunta, el primer paso de una problemática rectificable, pero siempre progresiva, siempre reveladora de nuevas facetas.

La elección del tema responde también al propósito de adquirir conocimientos más hondos de un sector o un detalle del horizonte de problemas que nos presenta la filosofía. Muchos ya han sido investigados por autoridades en la materia. Aunque siempre sería posible corregirlas y completarlas, ésta tampoco es tarea fácil para los principiantes. La elección del tema presupone los alcances de la investigación y el deseo de contribuir, en alguna forma, al enriquecimiento de los conocimientos humanos, y nunca deberá ser copia o glosa de lo que han expuesto los demás. La investigación que no se inicia siquiera con un mínimo de creatividad, no impulsa los resortes fecundos del investigador.

Creatividad no siempre quiere decir añadir una idea o proponer nuevos problemas filosóficos; basta estudiarlos desde otro ángulo, analizar temas poco conocidos, rescatar autores olvidados, relacionar, comparar, juzgar, internarse en la filosofía como actor y no como testigo. La investigación que no aporta una línea al tema estudiado, sólo sirve para aumentar los conocimientos de su autor, pero no para iluminar a los lectores.

La filosofía no se agota; siempre hay algo que aprender, nuevos caminos que caminar o caminos viejos que se bifurcan en varias direcciones. La investigación es descubrimiento, y la posibilidad de descubrir algo, por muy pequeño que sea, mantiene el entusiasmo del investigador. El cuidado que éste ponga en la elección del tema y sus muy personales propósitos, darán la medida de su creatividad y sus inquietudes intelectuales.

La elección del tema no sólo depende de las inclinaciones personales sino también de la importancia, necesidad y posibilidades de la investigación. El principiante que no domine una lengua extranjera, debería atenerse a filósofos de su propia lengua. La investigación que se hace a base de traducciones, reduce su interpretación a las posibles fallas del traductor, y decrece

a medida que se aleja de los textos originales. Además, no todas las obras están traducidas, ni siquiera las obras completas de los principales autores, y, aunque se contara con una buena traducción del libro fundamental de un filósofo, bastaría la necesidad de consultar alguna de sus obras no traducidas, para paralizar la investigación.

La posibilidad de hallar el material y el tiempo que se dispone para la tarea, son otras condicionantes. El trabajo constantemente interrumpido, las lecturas rápidas y esporádicas, no sólo impiden la buena marcha del trabajo, sino que lo vuelven intrascendente.

Aunque ningún tema carece de importancia, algunos son más oportunos que otros, más necesarios, más actuales, se conectan en forma más viva con el conjunto de problemas que se trabajan en muestros días, y condicionan en gran medida las posibilidades de selección. Sin embargo, no hay que olvidar que entre éstos se encuentra el rescate y el replanteamiento, la organización y el análisis de problemas de todos los tiempos. Cualquier tema puede resultar oportuno e importante siempre que se tenga algo que decir sobre él, algo que mostrar, o refutar, una tesis que exponer. La importancia y la oportunidad no la imprime el tema sino la tesis,

que funciona como hipótesis de trabajo durante la investigación.

Por eso es conveniente que el tema elegido esté suficientemente delimitado. De preferencia, debería abarcar áreas reducidas, para evitar generalidades que impiden la exploración de fondo y empañan la problemática fundamental. Un tema general puede dar lugar a tipos varios de investigación y a tesis muy diversas. Si reducimos el campo a través de divisiones y subdivisiones, hallaremos muestros objetivos y estaremos en condiciones de cubrir con verdad y frescura el punto de vista propio.

La reducción del campo se logra de diferentes maneras. Si procedemos de lo general a lo particular podríamos obtener, por ejemplo, el siguiente resultado:

I-El *existencialismo* (temas)

1- El existencialismo europeo
2- El existencialismo francés
3- Origen del existencialismo francés
4- La filosoffa de Jean Paul Sartre
5- El joven Sartre
6- La idea de la libertad de Sartre
7- La naturaleza epistemológica del concepto de libertad en Sartre

8- El libre albedrío en las obras de teatro de Sartre

El primer tema se refiere a una corriente filosófica; el segundo la reduce a un país; el tercero, a un momento de su historia; el cuarto, a un filósofo; el quinto, a una época de su vida; el sexto a uno de sus problemas, el séptimo, a un aspecto de ese problema, y el octavo, contempla el problema en algunas de sus obras.

También es posible hacer una relación de los principales temas estudiados por los existencialistas. Los primeros que se ocurren son los siguientes:

II- *El existencialismo* (temas)
1- Existencia
2- Autenticidad
3- Libertad
4- Angustia
5- Náusea
6- Compromiso
7- Esperanza
8- Responsabilidad
9- Muerte
10- La nada

Esos temas han sido tratados por filósofos existencialistas, y cualquiera daría lugar a una investigación. Por ejemplo, la libertad puede ser estudiada en Sartre, como se vio en el esquema anterior, pero también en algún otro filósofo existencialista, ya sea ateo o cristiano, alemán o francés, y los filósofos pueden estudiarse juntos o por separado.

La idea de la libertad, por su parte, sugiere una serie de problemas que conducen a investigaciones dentro o fuera del existencialismo. Veamos:

II.3 *La libertad* (problemas generales)

a) ¿Cuáles son las condiciones necesarias y suficientes de la acción libre?
b) ¿Cuáles son los supuestos filosóficos del determinismo?
c) ¿En qué se distingue el determinismo del indeterminismo?
d) ¿Cómo compaginar la libertad con la causalidad?
e) ¿Hasta qué punto determina el inconsciente la conducta humana?
f) ¿Cómo funciona la libertad frente a las normas morales?

g) Las estructuras económicas ¿condicionan la libertad?
h) ¿Son condicionantes de la libertad las ideologías?
i) ¿Hasta qué punto es posible hablar de libertad de expresión, de pensamiento, de propiedad, etcétera?

Esta gama de problemas proprociona suficiente material para pensar en un posible tema de investigación. Bastaría extraer uno para hallar inmediatamente su problemática específica. Supongamos que nos interesa investigar como funciona la libertad frente a las normas morales; éstas serían algunas de las preguntas:

II.3.f *La libertad y la responsabilidad moral* (preguntas)

1- ¿Cuándo se dice que una acción es libre?
2- ¿Qué es una norma moral?
3- Si se acepta que todos los actos son causados ¿es posible hablar de responsabilidad moral?
4- El conocimiento de las normas morales ¿influye en la conducta humana?
5- ¿Con qué criterios se juzga la responsabilidad moral?

6- Los juicios morales ¿tienen efectos normativos?

Como el tema sigue siendo general, se reduce aún más el campo extrayendo de nuevo un problema; por ejemplo, el que se ocupa de los criterios para juzgar la responsabilidad moral. Entonces tendríamos que enfrentar las siguientes preguntas:

II.3.f.5 *¿Con qué criterios se juzga la responsabilidad moral?* (preguntas)

1- ¿Son objetivos o subjetivos?
2- ¿Son relativos o absolutos?
3- ¿Son lógicos?
4- ¿Son verdaderos o falsos?
5- ¿Son cognoscitivos, emotivos o prescriptivos?

La sola pregunta acerca de la logicidad o la verdad o falsedad de los criterios morales daría lugar a una amplia investigación que, desde luego, podría reducirse, por ejemplo, al estudio de la teoría emotivista en algunos de sus representantes.

No es necesario alargar los ejemplos para advertir cómo una idea sugiere múltiples problemas que se subdividen hasta hallar la pregunta

concreta, el problema específico que puede ser ubicado en una corriente filosófica o en un autor, y ser analizado de diferentes maneras.

Pero aún nos faltaría el punto de vista y el ángulo de la investigación, que depende fundamentalmente de los propósitos que nos llevaron a elegir el tema. Para volver al ejemplo de Sartre, habría que decidir qué queremos mostrar a propósito de su idea de la libertad; ¿vamos a estudiar su naturaleza epistemológica? o ¿cuáles son para Sartre sus condiciones necesarias y suficientes?, ¿nos proponemos señalar una determinada influencia filosófica?, ¿sus implicaciones éticas o políticas?, ¿la libertad en el amor?, ¿queremos únicamente exponer sus ideas?, ¿compararlas?, ¿discutirlas? Cualesquiera que sean los objetivos, darán la pauta del proyecto de trabajo que se formula inmediatamente después de la elección del tema.

De lo anterior se desprende que el principiante estará en condiciones de iniciar una investigación si tiene antecedentes sobre el tema elegido, si ese tema corresponde a un interés genuino, si domina el idioma de los filósofos que debe consultar, si ha precisado el campo de trabajo y tiene presente sus objetivos.

CAPITULO II
PROYECTO DE TRABAJO

La investigación documental exige técnicas específicas. No es lo mismo hacer la historia de la ciencia que realizar un experimento científico; tampoco es lo mismo hacer la crítica de una teoría científica que formular esa teoría; el experimento requiere un método, la crítica de la teoría otro, y otro, la historia de las teorías científicas.

Igual pasa en filosofía. Unos son los métodos que empleamos para formular las teorías filosóficas y otros los que utilizamos para estudiarlas. Las tesis han sido formuladas de acuerdo con los métodos adoptados por los autores y esos varían con los propósitos de cada filósofo. La investigación documental se ocupa, precisamente, de examinar y analizar las ideas y aun los métodos de esos filósofos. Sin embargo, la investigación documental también forma parte del quehacer filosófico. Ningún filósofo inicia sus observaciones personales sin el conocimiento adecuado de lo que ya se ha dicho sobre el tema. Es bien sabido que la filosofía avanza a base de críticas, reinterpretaciones, influencias de unos pensadores sobre otros; por eso la investigación decumental es una de las tareas indispensables de filósofo; estudia el trabajo acabado y da pie para nuevas exploraciones.

a) *Objetivos generales*

La investigación decumental tiene su propio método, que se inicia con la elección de un tema perfectamente delimitado en forma precisa y clara. Cada tema trae consigo sus propias preguntas, y con ellas se elabora el proyecto de trabajo. El proyecto, desde luego, es tentativo y rectificable pero necesario para trazar las coordenadas que van a indicar los puntos claves y condicionar las primeras investigaciones. Los proyectos cambian con los temas; el que se formula para investigar la obra global de un filósofo difiere del que estudiará un problema concreto desarrollado en cualquiera de sus obras, o del que hace la comparación de dos autores, o la historia de una corriente filosófica; tampoco son iguales los proyectos que pretenden analizar una idea desde diferentes ángulos, o varias ideas desde la misma perspectiva. Cada proyecto tiene su propio enfoque y especial acento. El enfoque puede ser histórico o temático, o puede ser combinación de ambos, y depende de los objetivos de la investigación.

Todo proyecto de investigación histórica remite a un contexto sociocultural. Quedaría trunca y de muchas maneras incomprensible la

historia del existencialismo en México, por ejemplo, si no se tomaran en cuenta las circunstancias que permitieron su introducción en nuestro país. El estudio de esas circunstancias dependen del punto de vista del historiador. Cada uno alumbrará el aspecto que le parecerá más importante y en torno a ese pondrá a funcionar los demás elementos de la investigación. Sin embargo, no hay que olvidar que el objeto de estudio es la filosofía y no las circunstancias que la hicieron posible.

Por otra parte, el enfoque histórico pone el acento en la evolución del problema, el desenvolvimiento y la interrelación de cada una de las ideas y de los filósofos que se ocuparon de un mismo tema, o vivieron en una misma época, o pertenecen a una misma nación. Una investigación histórica elaborada a base de monografías que no tienen relación entre si, no cumple con los fines que se ha propuesto. Si el tema fuese la historia del existencialismo en México, no sería suficiente estudiar las biografías de los existencialistas mexicanos, ni las obras que publicaron; sería preciso, además, hallar los problemas centrales del existencialismo y estudiar cómo fueron solucionados por los existencialistas mexicanos, por qué se adhirieron a esa corriente y cómo la introdujeron en México, qué semejan-

zas y diferencias muestran entre sí y en relación con los existencialistas europeos, cómo influyeron unos sobre otros, etcétera.

El enfoque temático, en cambio, invierte los objetivos anteriores; en vez de relacionar a los filósofos con su contexto sociocultural, extrae una idea o un grupo de ideas que pueden ser estudiadas independientemente de sus circunstancias históricas. Si queremos saber con qué criterios se juzga la responsabilidad moral, dentro o fuera del existencialismo, y si son objetivos o subjetivos, relativos o absolutos, etc. serán esos criterios y sus niveles lógicos, ontológicos, epistemológicos y semáticos los que deberían quedar analizados a través de los filósofos que los sostuvieron. Las circunstancias pasan a segundo lugar y, cuando mucho, servirán como telón de fondo para la mejor comprensión del problema.

Esto no quiere decir que las investigaciones históricas no requieran dichos análisis, sino que se hallan al servicio de los autores; en cambio en el enfoque temático, se ponen al servicio de las ideas. Aunque todas se den en un contexto sociocultural, éste puede resultar irrelevante para nuestros propósitos.

Las circunstancias y los problemas se reducen o amplían en cada proyecto de trabajo; por eso las investigaciones generales son poco recomen-

dables para los principiantes. En el capítulo anterior presentamos algunos ejemplos; si pensamos ahora en el tipo de información que requieren, podríamos advertir cómo, a medida que se limita el campo, se enfocan áreas cada vez más pequeñas que permiten la exploración rigurosa, minuciosa y fecunda.

El proyecto sobre el existencialismo, que ejemplifica el estudio de una corriente filosófica, debería tener, por los menos, los siguientes objetivos:

I. *El existencialismo* (objetivos)
1. Definir el existencialismo
2. Ubicarlo en la historia
3. Buscar sus antecedentes filosóficos
4. Descubrir sus propósitos
5. Precisar su origen y desarrollo en cada país
6. Proporcionar datos biográficos y bibliográficos de sus representantes
7. Deslindar sus tendencias (atea, cristiana)
8. Exponer y analizar su temática (la muerte, la nada, etcétera)
9. Comparar a los autores y señalar sus influencias, semejanzas y diferencias
10. Mostrar sus logros e implicaciones

Si la investigación se ocupase del existencialismo francés, los objetivos serían más o menos los mismos, pero el campo, obviamente, estaría limitado a un país y un grupo de filósofos, número que se reduciría en gran medida si sólo eligiésemos una de sus tendencias: por ejemplo, la atea. Pero si del existencialimo francés extraemos a un filósofo, el acento se desplaza al autor. Sartre podría ejemplificar ese tipo de investigación.

II. *La filosofía de Jean Paul Sartre* (objetivos generales)

1. Ubicar a Sartre dentro del existencialimo francés
2. Proporcionar su biográfia y bibliográfia
3. Buscar sus influencias filosóficas
4. Estudiar el origen y desarrollo de sus ideas a lo largo de su vida y a través de sus obras
5. Analizar sus tesis principales y colaterales y relacionar unas con otras
6. Descubrir su aportación filosófica

Aunque redujésemos la investigación a una época de su vida, siempre deberíamos entenderla a la luz de las consideraciones anteriores. En cambio, si sólo estudiásemos una de sus ideas,

por ejemplo, su concepto de la libertad, el acento se trasladaría al problema.

III. *La libertad en Sartre* (objetivos generales)

1. Precisar el concepto de la filosofía de Sartre.
2. Relacionarlo con sus ideas de la libertad
3. Analizar los libros que tratan ese tema
4. Descubrir qué entiende Sartre por libertad
5. Con qué método la estudia
6. Cómo evolucionó esa idea y dónde se advierten los cambios
7. Cuáles fueron sus influencias
8. Sus implicaciones en la ética, la política, etcétera
9. Mostrar en qué se distingue el indeterminismo de Sartre de otras tesis indeterministas

Es posible estudiar la idea de la libertad que Sartre expone en uno de sus libros como *El ser y la nada*, o analizarla en sus obras de teatro. Esta vez se acentúa el libro. Es el libro el que debe destacar entre las obras de Sartre y desde ahí se enfocarán sus objetivos.

IV. *La idea de la libertad en "El ser y la nada" de Sartre* (objetivos generales)

1. Ubicar *El ser y la nada* en el conjunto de las obras de Sartre. Señalar de qué libro se trata. Cuándo lo escribió, bajo qué circunstancias, con qué finalidades
2. Qué ideas expone en el libro
3. Qué dice acerca de la libertad
4. En qué conjunto de ideas se basa su concepto de la libertad
5. Cómo relaciona esa idea con otras expuestas en la misma obra

Los ejemplos anteriores muestran cómo, a medida que se reduce en extensión, el proyecto cambia. La mirada, antes telescópica, se vuelve microscópica y va presentando aspectos ocultos que alumbra con nuevas perspectivas. Estas son muy variables. Si nos propusiésemos investigar la naturaleza epistemológica del concepto de libertad de Sartre, ya no tendríamos que recurrir a las circunstancia históricas ni a la biografía del filósofo francés. Independientemente de esas condiciones sería imprescindible investigar, por ejemplo, lo siguiente:

V. *La naturaleza epistemológica del concepto de libertad de Sartre* (problemas)

1. ¿Cuáles son, para Sartre, las características definitorias y concomitantes de la acción libre?
2. ¿A qué tipo lógico pertenece su concepto de la libertad?
3. ¿Es un concepto disposicional?
4. ¿Es moral?
5. ¿Implica hipótesis psicológicas?
6. ¿Es un concepto metafísico?

Este tipo de investigación nos aleja del enfoque historicista para situarnos en el temático y no podría llevarla a buen término quien desconociera los mecanismos del análisis filosófico y no estuviera suficientemente preparado en lógica y en epistemología. Por eso decíamos al principio, que el éxito de la investigación está en relación directa con los conocimientos que ya se tienen sobre la materia. Si bien el investigador acaba por ser un especialista en su tema, la especialización requiere estudios previos sobre las diferentes áreas de la filosofía. Las áreas se entrecruzan; los temas nunca se dan aislados; en un tema pueden intervenir varias disciplinas filosóficas. Nunca resolveríamos el problema de

la verdad o falsedad de los juicios éticos, por ejemplo, si desconociéramos los principios elementales de la lógica. Cada tema, es cierto, sugiere sus propias preguntas, pero cada pregunta supone, por lo menos, el propósito de obtener los conocimientos indispensables para llevar a cabo la investigación. ¿Qué nos sugiere por ejemplo el siguiente tema?

VI. *El significado emotivo de los términos éticos* (preguntas)

1. ¿En qué se distingue el significado emotivo del significado cognoscitivo?
2. ¿Quiénes sostienen la teoría emotivista?
3. ¿Cómo la justifican?
4. ¿Qué dicen a propósito de los términos éticos?
5. ¿Cómo resuelven los desacuerdos éticos?
6. ¿De qué manera estudian el problema de la verdad o falsedad de los juicios morales?

Una de las formas de resolver los problemas filosóficos y despertar al mismo tiempo el espíritu creativo, es analizar cada problema por separado, buscar ejemplos y contraejemplos argumentos en pro y en contra de las tesis propuestas; también es importante revisar todas sus implica-

ciones y tratar de pensar por cuenta propia cuál sería la mejor solución. Así se conseguiría un enfoque propio y una posible hipótesis que podría quedar confirmada o rechazada a través del estudio de otros filósofos.

¿Cómo saber que hemos acotado todas las preguntas? ¿Que no se nos ha escapado ningún problema? Generalmente es difícil asegurarlo de antemano. Los problemas se bifurcan y surgen a medida que se va haciendo el trabajo; esto nos obliga a rectificar el proyecto inicial para incluir lo que fue aparecido en el camino. ¿Cuándo debemos detenernos? Si recogemos indiscriminadamente las nuevas sugerencias, corremos el peligro de extendernos hasta el infinito; si no escuchamos su llamado, podríamos dejar fuera un aspecto esencial de la investigación.

Aunque no existe una fórmula precisa que nos indique de antemano los alcances finales, sí resulta benéfico no perder de vista el tema central que servirá de hilo conductor a través de la problemática que se va bifurcando; todas las modificaciones deberían estar ligadas al tronco mayor, de modo que siempre se pudieran distinguir los temas centrales de los laterales y colaterales que entran a formar parte del proyecto de trabajo. Si se tiene presente lo anterior, el proyecto se elabora en forma natural y sencilla.

b) *Proyecto de trabajo*

Todo proyecto supone el planteamiento del problema, la exposición y las conclusiones. El planteamiento indica, por sí mismo, el enfoque histórico o temático y condiciona la serie de preguntas que serán subdivididas cuantas veces sea necesario. Las preguntas conducen a los objetivos y su confrontación sugiere los apartados correspondientes. Casi siempre surgen cinco o seis preguntas generales que entrarán a formar parte del proyecto como temas de investigación. Los temas, a su vez, contienen sus propias preguntas. Las preguntas darán lugar a los subtemas que deberán quedar distribuidos en forma lógicamente progresiva. Los subtemas contemplan el desarrollo sistemático de los problemas generales, como podrá observarse en el siguiente ejemplo.

Si elegimos el estudio de la influencia del existencialismo francés en el grupo mexicano Hiperión, deberemos enfrentar estas preguntas: ¿qué es el Hiperión? ¿cuáles son las ideas principales de los existencialistas franceses? ¿qué dijeron al respecto los representantes del Hiperión? ¿qué diferencias y semejanzas se advierten entre los existencialistas franceses y mexicanos? ¿Cómo quedó incorporado el existencialismo francés en el grupo

mexicano? Así, el proyecto quedará dividido en cinco temas.

El primer tema nos conduce forzosamente al enfoque historicista, porque sin un conocimiento preciso del Hiperión seríamos incapaces de hacer nuestro trabajo. En este sentido, la primera pregunta se desdobla en otras: ¿Cuáles fueron los propósitos del Hiperión? ¿Por qué se fundó? ¿Quiénes lo fundaron? ¿Bajo que circunstancias históricas? ¿Cuáles fueron sus antecedentes filosóficos mexicanos y europeos? ¿Qué actividades llevaron a cabo? Este cuestionario dará pie a los subtemas del proyecto.

La segunda pregunta general ¿cuáles son las ideas principales del existencialismo francés? requiere un enfoque temático; nos obliga a revisar sus problemas aunque sea a través de una bibliográfia indirecta; nuestro objetivo no es el estudio del existencialismo francés, sino su influencia en México. Sin embargo, los textos particularmente importantes para el Hiperión, deberán ser objeto de análisis para ver cómo fueron interpretados por los filósofos mexicanos. Aunque ya tuviéramos un conocimiento previo de aquellas ideas, de todos modos deberían quedar incluídas en el proyecto con el fin de proporcionar elementos de comparación y

señalar qué y quiénes fueron conocidos en nuestro país.

Los dos primeros temas nos pondrán en condiciones de estudiar las obras de los existencialistas mexicanos con el fin de reconocer ahí la influencia francesa. La pregunta ¿qué dijeron al respecto los integrantes del Hiperión? nos induce de nuevo al enfoque temático, pero combinado, esta vez, con el histórico; primero debemos saber quiénes escribieron esas obras y por qué asumieron el existencialismo francés y, luego, qué tesis defendieron, qué tienen en común, en qué difieren y cómo influyeron unos sobre otros.

Sólo después de haber examinado a los existencialistas franceses y mexicanos, podremos proceder a su comparación. Esta se hará en varios niveles para advertir cuáles ideas recogieron los mexicanos y cuáles dejaron fuera, cómo las interpretaron, en qué contexto las introdujeron y cuáles fueron sus aportaciones; cada nivel dará lugar a su propio apartado.

Así llegaremos al quinto y último problema ¿cómo se aplicó el existencialismo francés al estudio del mexicano? De hecho, éste podría haber sido el motivo que nos decidiera a emprender nuestra investigación. El motivo habría

surgido de nuestro previo conocimiento del problema, un conocimiento vago e impreciso que justamente causara nuestra perplejidad y el deseo de analizarlo a fondo, de acuerdo con determinadas hipótesis: la relevancia o irrelevancia del existencialismo francés para el Hiperión; la posibilidad o imposibilidad de hacer una filosofía de lo mexicano, etc. Si nuestra hipótesis, fuera adversa o favorable, toda la investigación debería estar encaminada a comprobarla. En uno y otro caso sería necesario observar cómo se estudió al mexicano con elementos teóricos existencialistas, qué facetas se enfocaron y cuáles fueron sus resultados.

El proceso anterior nos permitirá obtener nuestras propias conclusiones. La confirmación o rectificación de nuestras hipótesis se convertirá en la tesis que deberemos exponer y defender a través de una valoración crítica de los existencialistas mexicanos en relación con los franceses, con sus propósitos de autoconocimiento y nuestras propias observaciones.

Los cinco temas generales, junto con los subtemas y las conclusiones, darán forma a nuestro proyecto de trabajo. Para no confundir los temas con los subtemas, es aconsejable catalogar los primeros con números romanos y los segundos con letras por orden alfabético, o al revés. Si

algún subtema requiriese sus propias divisiones, se señalarán con números arábigos. Así será posible reconocer los puntos de cada apartado sin mayores dificultades.

Con esto se obtiene una ventaja adicional. Lógicamente resulta casi imposible recoger la información en el orden requerido por el proyecto, pero sí es posible ir remitiendo esa información al proyecto ya establecido. Suele suceder que la lectura de un libro nos proporcione datos para dos o tres temas que no podríamos deslindar si no los hubiéramos formulado con anticipación.

El proyecto señala de antemano nuestras finalidades. Y, la distribución de los temas y subtemas, dará la pauta para la selección del material, las anotaciones y la redacción. De acuerdo con las preguntas generales sugeridas por el tipo de investigación que acabamos de ejemplificar, el proyecto quedará estructurado de la siguiente manera:

TEMA: Influencia del existencialismo francés en el grupo mexicano Hiperión

I. El Hiperión
   A. Qué es el Hiperión

B. Por qué se fundó
C. Quiénes lo fundaron
D. Bajo qué circustancias
E. Con qué antecedentes filosóficos
   1. Europeos
   2. Mexicanos
F. Actividades del grupo: conferencias, publicaciones

II. El existencionalismo francés
A. Qué proponen los existencialistas franceses
B. Quiénes influyeron en México

III. Existencialistas mexicanos
A. Representantes del Hiperión que optaron por el existencialismo francés
B. Por qué lo asumieron
C. Tesis de cada uno de sus representantes
   1. Qué tienen en común
   2. En qué se diferencian
   3. Cómo influyeron unos sobre otros

IV. Comparación entre los existencialistas franceses y mexicanos
A. El existencialismo francés ¿fue asumido fielmente por los mexicanos?

1. ¿Qué ideas asimilaron?
2. ¿Cuáles dejaron fuera?

B. Los existencialistas mexicanos ¿hicieron aportaciones al existencialismo francés?
   1. Si aportaron algo ¿qué ideas originales sostuvieron?

C. ¿En qué se distingue el contexto filosófico de los existencialistas franceses y mexicanos?

V. Aplicación del existencialismo francés al estudio del mexicano

A. ¿En qué forma utilizaron el existencialismo francés como vehículo de autoconocimiento?

B. ¿Qué aspectos enfocaron?

C. ¿Cuál fue el resultado de sus observaciones?

VI. Conclusiones

A. Valoración crítica de los existencialistas mexicanos
   1. En relación con los existencialistas franceses
   2. En relación con sus propósitos de autoconocimiento

3. Cuál fue su aportación a la filosofía mexicana

B. Consideraciones personales (tesis)

NOTA: Este tema también puede dar lugar a varias investigaciones. De hecho, cada capítulo podría ser objeto exclusivo de investigación.

CAPITULO III
BIBLIOGRAFIA

El proyecto de trabajo remite a una bibliográfia indirecta y una bibliográfia directa. La indirecta está formada por las obras de consulta: diccionarios, enciclopedias, historias de la filosofía, monografías y reseñas de libros. La directa corresponde a las obras de los autores que serán objeto de investigación.

a) *Bibliografía indirecta*

Las obras de consulta se clasifican por su grado de generalidad; las más generales son las bibliografías de bibliografías que proporcionan la relación de los libros y los autores que se han ocupado de lo más diversos temas. Las más importantes publicadas en inglés, francés, y español, son las siguientes:

Th. Bestesman, *A World Bibliography of Bibliographies*, Londres.

L. N. Malcles, *Les sources du travail bibliographique 1.* Bibliographie generale. Genova. Droz. 1950 y sigs. *Manuel de Bibliographie.* Presses Univers. de France. Paris, 1963.

Constance M. Winchel, *Guide to Reference Books.* 8ª. ed. Chicago, 1960

Geoghegan, *Obras de consulta en español.* México City College, 1966.

Entre las bibliografías especializadas en filosofía, publicadas en los idiomas anteriores, se pueden citar:

W. S. Sonnenschein, *A Bibliography of Philosophy,* Londres 1897

J. M. Baldwin, *Dictionary of Philosophy and Psycholohy.* Londres, 1905, vol. III "Extensive Bibliography" compilado por B. Rand.

B. Bayer, *Bibliographie de la Philosophie.* Paris (publicado desde 1937).

Repertoire bibliographique de la philosophie. Lovaina, 1956-1957.

La Bibliographie de l'histoire des sciences. Paris, 1953.

S. Lambrino, *Bibliographie de l'antiquité Classique de 1898 a 1914.* Paris, 1951.

R. Mondolfo, *Guía bibliográfica de la filosofía antigua.* Losada, 1959.

U. Chevalier, *Repertoire de sources historiques du moyen age,* 1905-1907.

"Critical Bibliography of the History of Philosophy of Science" en la revista *Isis* (Cambridge, Inglaterra).

Los diccionarios y enciclopedias filosóficas más importantes son:

Edwards, Paul, *The encyclopedia of Philosophy*. Ed. New York, Macmilan, 1967.

Encyclopedie of Unified Science. Otto Neurath, Nils Bohr, John Dewey, Bertrand Russell, Rudolf Carnap, Charles Morris. Chicago, 1970.

Urmson, *Concise Encyclopedia of Western Philosophy and Philosophiers*, London, 1960.

Baldwin, *Dictionary of Philosophy and Psychology*, Baldwin J. M. New York, 1949.

Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*. México, Ed. Atlante.

Abaggnano, Nicola, *Diccionario de filosofía*. México, 1963.

Foulquié, Paul, *Dictionarie de la langue philosophique*. Paris, 1962.

Lalande, André, *Vocablulaire de la philosophie*. Paris, 1938.

Ruiz Moreno, Martín T., *Vocabulario filosófico*. Buenos Aires, 1946.

Brugger, Walter, *Diccionario de filosofía*. Barcelona, 1953.

Los diccionarios y enciclopedias son los mejores auxiliares del investigador; no sólo ofrecen

una relación histórica de los temas y un estudio general de cada uno de los filósofos, sino una bibliografía especial de los mismos.

También es importante consultar las revistas filosóficas que contienen ensayos e informaciones recientes, reseñas de libros y bibliografías. Entre las francesas destacan: *Année philosophique, Bulletin de la Societé Franc. de philosophie;* entre las inglesas, *Mind, Isis, The Hibbert Journal, Phronesis;* entre las norteamericanas *Journal of Philosophy, Philosophy and Phenomenological Research, Journal of the History of Ideas;* entre las mexicanas *Dianoia y crítica.* Por su parte el *Index to Book Review in the Humanities* publica cada cuatro meses la lista de reseñas de libros aparecidos en periódicos y revistas americanas e inglesas; *The Philosophers Index* ofrece trimestralmente la relación de ensayos publicados en todas las revistas filosóficas del mundo; en México, la *Bibliografía filosófica mexicana,* editada por los institutos de Investigaciones Filosóficas y Bibliográficas de la UNAM, publica anualmente la relación de reseñas y de libros de filosfía aparecidos en México, relación que siempre acompaña de la bibliografía completa de un filósofo mexicano o de los trabajos publicados en una revista. También contamos con la *Bibliografía mexicana* de la Bi-

blioteca Nacional de México, el *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* de la Biblioteca Nacional y la Hemeroteca Nacional, el *Boletín Bibliográfico* de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, y el *Diccionario Porrúa* que contiene biografías de mexicanos ilustres.

En esas fuentes aparecen, asimismo, títulos de monografías sobre temas y autores. Cada monografía, a su vez, contiene su propia bibliografía. Generalmente, ésta coincide con la de las enciclopedias, diccionarios y boletines; pero a veces amplía la relación porque incluye libros editados después de las obras mencionadas. Lo mismo sucede con los ensayos publicados en anuarios o revistas; por eso es importante consultar los índices de las publicaciones periódicas; ahí se encontrarán las últimas novedades en la materia. Con esta amplia gama de posibilidades el investigador estará en condiciones de elaborar por orden alfabético, la lista de obras que deberán ser localizadas y consultadas. Cuando los títulos empiecen a repetirse, sabrá que ha acotado las principales obras de consulta.

Entonces comienza el trabajo de selección. ¿Qué libros elegir? ¿Con cuál comenzar? La elección de los libros supone una previa depura-

ción, y no se debe empezar con el que se tiene a la mano, sino con el más conveniente.

Ante todo, es preciso seleccionar la bibliografía indirecta descartando aquellas obras que no sirven para nuestros propósitos; esto se hace tomando en cuenta, principalmente, al autor. No todos los autores merecen el mismo crédito; sólo aquel de reconocida capacidad intelectual, objetividad, seriedad y que muestre suficiente conocimiento de la materia, es digno de confianza. Los especialistas los conocen; bastaría consultarlos para desechar un buen número de obras. Si se trata de un investigador poco conocido, siempre se podrá acudir a alguna reseña de su obra o a cualquier otra referencia indirecta. Sólo en caso de no saberse nada sobre el autor valdría la pena consultar el libro y decidir personalmente si deberá quedar incluido en la bibliografía.

Por otra parte, no hay que olvidar que los autores suelen diferir en los datos y testimonios que ofrecen. Es muy importante saber si esos testimonios son directos o indirectos, si los investigadores han consultado las fuentes o sólo ofrecen conjeturas, si las noticias son de adversarios o simpatizantes.

En segundo lugar, se examinan las propias obras; aunque el autor sea digno de confianza y el

título resulte sugestivo, bien puede suceder que no resuelva nuestros problemas. Una breve ojeada al prólogo y al índice nos hará conocer sus propósitos y su forma de enfocar los problemas.

b) *Reseñas de libros*

Más que los índices y los prólogos de los libros, nos ilustran las reseñas; éstas cumplen una función muy importante en la difusión de la cultura y proporcionan datos valiosos al investigador.

Las reseñas pueden ser de varios tipos: desde la noticia de media cuartilla que nos informa de la publicación y el contenido general de un libro, hasta la reseña magistral que lo analiza y critica. Estas últimas sólo se hallan en revistas especializadas en filosofía y son elaboradas por los propios investigadores. Como las reseñas de libros forman parte de la tarea del investigador, no estaría demás decir unas palabras al respecto.

Toda reseña magistral comprende un informe total del libro en el que se incluyen los datos completos de la ficha bibliográfica: nombre del autor, título de la obra, editorial, fecha de publicación y número de páginas. Después de dar algunas noticias sobre el autor y de ubicar el li-

bro en el conjunto de sus obras, es preciso señalar de qué libro se trata, por ejemplo: si es una obra de divulgación o de exposición personal, un tratado, un ensayo, etcétera, y ofrecer un breve resumen del mismo. En esa forma el lector sabrá quién es el autor y qué ideas desarrolla en su libro. A continuación, se explica cómo está estructurada la obra, en cuántas partes está dividida, cómo expone las ideas y cuáles son los problemas que analiza. Con este objeto, se destaca la idea central, a la que se van ligando los problemas colaterales por orden jerárquico, hasta llegar a la conclusión. Entonces viene la crítica. Aunque ésta no es indispensable, es muy valiosa porque muestra al lector los aspectos positivos o negativos de la obra.

Como la crítica sólo la puede hacer el investigador que mejor conozca la problemática del libro, es preferible que las reseñas magistrales sean elaboradas por especialistas; únicamente ellos podrán saber hasta qué punto el autor ahonda en los problemas que analiza, hasta dónde llega su información, qué ideas novedosas presenta, cuáles resultan correctas y cuáles deberían rechazarse, hasta dónde llega la importancia de la obra y cuál es la lección que nos ofrece.

El principiante encontrará en esas reseñas

criterios útiles para su investigación y estará mucho mejor preparado para saber si debe incluir el libro en su bibliografía y para enfrentarse a él en caso de que así sea. Con este propósito podría consultarse también *Philosophic abstracts*.

•

c) *Bibliografía directa*

La bibliografía directa se selecciona de acuerdo con los problemas específicos de la investigación y exige la mayor cautela. Hay que distinguir entre las obras completas y los fragmentos, entre las citas parciales y las referencias indirectas, entre los documentos y los manuscritos, las traducciones tendenciosas y las obras alteradas. La autenticidad o inautenticidad de los documentos ha dado lugar a no pocas controversias en filosofía; y qué decir de las obras anónimas o firmadas con seudónimos; se ha tenido que recurrir al análisis del estilo, de la temática y aún a testimonios indirectos para localizar el nombre del autor. Pero los autores también cambian de estilo, de temática o de seudónimo. Por otro lado, basta el hallazgo de alguna obra, la aparición de nuevos testimonios, para cambiar radicalmente las ideas que se tienen sobre

el autor. Aquí es donde se pone a prueba la honestidad del investigador; éste debe ser capaz de modificar un trabajo que tal vez él ha llevado toda la vida, frente a las evidencias que lo contradicen.

d) *Fichas Bibliográficas*

De cada obra seleccionada, es conveniente hacer una ficha bibliográfica con los datos antes señalados: nombre del autor, título de la obra, editorial, lugar y fecha de publicación. Ejemplo:

bibliografía

Ryle Gilbert
El concepto de lo mental. Tr. Eduardo Rabossi. Buenos Aires, Paidos, 1967.

En caso de que el libro sea obra de dos o tres autores, se registran todos, pero si el número es mayor de tres, sólo figura el nombre del primero al que se añade la abreviatura et. al. (y otros).

Cuando se trate de artículos aparecidos en periódicos o en revistas, es necesario incluir, además, el nombre de la revista y el número del volumen. Ejemplo:

bibliografía

Passmore John
"Aesthetics and the philosophy of art."
Crítica. Vol. II, núm. 6, México, septiembre, 1968.

Los datos se obtienen de la portada, la contraportada y el colofón del libro. Si faltara algún dato, se anota así: s. l. (sin lugar), s. e. (sin editor), s. a. (sin año), s. p. i. (sin pie de imprenta).

Este fichero llenará una doble finalidad: clasificado por orden alfabético, servirá para proporcionar todos los datos bibliográficos que posteriormente se utilizarán en las notas a pie de página, y para transcribir, al final de la investigación, la bibliografía utilizada. Clasificado por orden de aparición y de generalidad decreciente, permitirá seleccionar, como primera lectura, la obra más general y más reciente. La

obra general familiariza al investigador con su tema y le permite entrever, desde el principio, el tipo de problemas que deberá afrontar; es importante que los conozca a través de la obra más reciente, porque ésta supone la forma más actualizada de estudiarlos. El hecho de ser la más reciente no significa que sea la mejor; hay trabajos que nunca fueron superados por otros investigadores, por eso es necesario seleccionar, dentro de la bibliografía indirecta, otra obra general. La comparación de ambas procura, además, nuevos criterios de investigación, permite destacar los puntos coincidentes y discrepantes y sugiere posibles dudas y problemas que habrán de ser resueltos acudiendo a otros autores y a las monografías especiales; estas últimas nos introducen directamente al tema y deberán ser consultadas al final.

La lectura de la bibliografía directa se hace preferentemente después de la indirecta. Pero también es posible combinarlas. Cuando se trate de investigar la obra global de un autor, debería leerse por orden cronológico, para seguir la evolución de sus ideas y advertir con mayor facilidad cómo fueron apareciendo, cuáles reformó o rechazó el autor, cuáles son sus ideas centrales, qué influencias filosóficas recibió y cómo reaccionó frente a ellas.

e) *Localización*

La localización de las obras es menos difícil de lo que se piensa. Todas las bibliotecas tienen una sección de obras de consulta, de revista y de catálogos. Existe una red de préstamos interbibliotecarios que permite la consulta de las obras en una misma biblioteca. Un servicio de fotocopias facilita al investigador el estudio de los libros o artículos en su propio domicilio. Las fotocopias también se pueden adquirir de bibliotecas extranjeras cuando sea imposible localizar los libros en el país. La UNESCO patrocina algunos servicios como el Sistema Internacional de Información sobre Investigaciones Documentales ISORID que proporciona un servicio de actualización (en forma de publicación bimestral), índices anuales, búsqueda retrospectiva de archivos automatizados, etcétera. Otro servicio importante es el Sistema Internacional de Datos sobre Publicaciones Periódicas ISDS que controla los aspectos bibliográficos de todas las publicaciones periódicas del mundo. En la UNAM, los servicios interbibliotecarios con otros países se pueden hacer a través del Centro de Información Científica y Humanística (servicio de documentación).

Tampoco hay que olvidar las hemerotecas, los archivos y las bibliotecas privadas que guardan, ocasionalmente, manuscritos valiosos. Todas las bibliotecas catalogan sus obras por temas, títulos y autores. Cada ficha proporciona una idea del índice de la obra. Esto facilita la selección pues nos permite conocer el contenido general de un libro sin necesidad de consultarlo personalmente.

CAPITULO IV
LECTURA

La lectura, obviamente, es el paso fundamental de la investigación; por eso nunca debe ser pasiva. No es suficiente leer para obtener la información que los libros, por sí mismos, nos ofrecen, sino la que nosotros podemos extraer para nuestro tema. Sólo en los libros se hallarán los informes que necesitamos, pero jamás los hallaremos si no sabemos buscarlos. Nunca debería iniciarse la lectura de un libro sin una problemática determinada, la que va en razón directa del proyecto de trabajo y de seis preguntas básicas: ¿qué dice el autor?, ¿cómo?, ¿dónde?, ¿cuándo?, ¿por qué?, ¿para qué? La primera conduce al esclarecimiento de la terminología y las ideas de los autores; las últimas, a la comprensión histórica y el análisis crítico.

a) *La terminología*

No siempre es fácil entender, a primera vista, qué nos quiere decir el autor, cuál es el significado de las palabras que utiliza, en qué sentido las emplea. Hay autores que escriben en forma confusa, oscura, ambigua o vaga o emplean una terminología específica que es preciso aclarar desde el primer momento.

El problema de la terminología se resuelve, generalmente, acudiendo a un diccionario de filosofía o a una monografía sobre el autor. Todos los diccionarios de filosofía especifican la terminología de los filósofos, aunque no siempre se encuentran los autores que uno quisiera. Cuando se han agotado las fuentes indirectas, se acude al propio autor. Frecuentemente, él mismo aclara desde el principio, el significado de los términos que emplea, pero a veces es preciso buscarlo a lo largo de la obra o remitirse a un libro anterior.

Como la lectura de los textos implica el primer contacto con la terminología, es aconsejable hacer dos lecturas del mismo libro, una general, para obtener una visión global de la obra, y una lectura específica de cada párrafo para proceder al análisis de los textos.

La lectura general no supone la iniciación del fichero. Basta subrayar o anotar los términos usados por el autor y desentrañar su significado en forma indirecta o directa. Por ejemplo: si tomamos al azar un párrafo de *la crítica de la razón pura* de Kant, leemos en la página 227 lo siguiente:

> La analítica trascendental es la descomposición de todo nuestro conocimiento *a priori* en dos elementos

del conocimiento puro del entendimiento. En ella es preciso fijar la atención en los puntos siguientes: 1°. que los conceptos sean puros y no empíricos. 2°. que estos conceptos pertenezcan no a la intuición y a la sensibilidad, sino al pensamiento y al entendimiento.[1]

Aquí las palabras que se deben conocer son *a priori, puro, empírico, intuición* y *sensibilidad.*

En el diccionario de Ferrater Mora figura la palabra *a priori*; ahí se dice que para Kant:

los juicios *a priori* son aquellos que poseen los caracteres de universalidad y necesidad, los que son necesariamente válidos con independencia de la experiencia.

Pero la clave la da el propio Kant en párrafos anteriores al texto citado. Si se ha leído *La crítica de la razón pura* desde el principio, ya se sabrá qué significa *a priori* por sus constantes referencias a lo largo del libro.

Lo mismo sucede con los otros términos. Desde las páginas 189 y 190, Kant declara expresamente qué quiere decir con las palabras *sensación, intuición, empírico* y *puro.*

[1] Kant Emmanuel, *Crítica de la razon pura*. Librería Bergua. Madrid, 1934, p.227.

La impresión de un objeto sobre la facultad representativa en tanto que somos afectados por él, es la sensación, y la intuición que se relaciona con el objeto por medio de la sensación se llama empírica... Llamo puras (en sentido trascendental) todas las representaciones en las cuales no se encuentra nada de lo que pertenece a la sensación.[2]

Si buscamos ahora qué significa *sensibilidad*, también hallaremos la respuesta en la página 189 donde Kant señala que:

la capacidad de recibir las representaciones conforme a la manera en que nosotros somos afectados por los objetos, se llama sensibilidad.

En cuanto a la palabra *intuición*, encontramos lo siguiente en la página 190:

De cualquier manera y por cualquier medio que un conocimiento pueda relacionarse con los objetos, el modo por el cual se relaciona inmediatamente con ellos y el que sirve de blanco a todo pensamiento, es la intuición.

¿En dónde hallamos pues el significado de los términos empleados por Kant en la página 227

[2] *Idem. p.189.*

de la *Crítica de la razon pura*? Los hallamos en las páginas 189 y 190. Esto confirma lo dicho con anterioridad. No se puede empezar anárquicamente la lectura de un texto filosófico; si no hacemos previamente la lectura general de la *Crítica de la razón pura* o, en su defecto, si no consultamos un diccionario filosófico, no podremos entender el párrafo transcrito. Pero si leemos la *Crítica* desde el principio, al llegar a aquel texto, tendremos suficientes elementos para aclararlo.

Aunque existe consenso acerca del significado de la terminología filosófica, no todos los filosófos la utilizan de la misma manera. Algunos términos cambian de significado con el tiempo, hasta en un mismo filósofo, o adoptan diferentes significados que se van adaptando a las necesidades de los pensadores. Por ejemplo, la palabra "intuición" exige especificaciones que varían de acuerdo con el tipo de conocimiento que ofrece. Todos están de acuerdo en que la intuición supone un conocimiento inmediato; sin embargo, hay intuiciones sensibles, eidéticas, místicas, etcétera. Bergson no utiliza la palabra intuición en la misma forma que Husserl, y así sucede con otros filósofos.

Si volvemos al diccionario de Ferreter Mora,

podremos extraer los siguientes significados de la palabra "intuición":

> ... Para Descartes es un acto único, a diferencia del discurso, que consiste en una serie o sucesión de actos... Para Leibnitz es la aprehesión directa de las primeras verdades, para Kant es el conocimiento en el cual hay una relación inmediata con los objetos, de tal modo, que sirve de medio de todo pensamiento. La intuición es empírica cuando se relaciona con un objeto por medio de la sensación y es pura cuando no hay en ella nada de lo que pertenece a la sensación. Schelling supone que la intuición es una cierta facultad por la cual no solamente se contemplan sino que se producen ciertos actos, para Bergson la intuición es aquel modo de conocimiento que, en oposición al pensamiento capta la realidad verdadera, la interioridad, la duración, la continuidad, lo que se mueve y se hace; pero Husserl no pretende situarse en el interior de una realidad verdadera y sólo accesible al saber intuitivo, sino que es principalmente un acto de adecuación entre aquello que la significación mienta y su efectuación,[3] etcétera;

Esos ejemplos son suficientes para observar cómo la palabra intuición no significa lo mismo para todos los filósofos, y que es deber primordial del investigador advertir tales diferencias y

[3] *José Ferrater Mora, Diccionario de Filosofía*. Ed. Sudamericana Buenos Aires. 1958.

comprender los términos en el sentido que les da el propio autor.

El esclarecimiento de la terminología no sólo comprende la específica del autor, sino de las escuelas filosóficas que él menciona. Si se refiere por ejemplo al "antiintelectualismo" para criticarlo o asumirlo, tampoco adelantaría en la lectura el que no supiera qué es el antiintelectualismo y qué propone. No han faltado ocasiones en que los autores distorsionan las corrientes filosóficas que atacan sólo para dar validez a sus propios argumentos; el investigador jamás sabrá que las interpretaciones del autor son correctas o incorrectas si desconoce las tesis de los filósofos criticados.

Tomemos por ejemplo a Vasconcelos. En su *Lógica orgánica* escribe:

> Examinemos cuál es la idea de Husserl con relación a la esencia, su versión semiplatónica, semihegeliana... el mundo fenomenológico está hecho de "algos" que son a prioris y son *eidos* y no se sabe cómo llegan a convertirse en "tipo general así obtenidos", es decir, esto es un *eidos* cuya extensión es "ideal" y así "todo" *factum* es el mero ejemplar de una pura posibilidad y cada *eidos* es un universal incondicionado.[4]

[4] José Vasconcelos, *Lógica orgánica*. Obras Completas. Libreros Mexicanos Unidos, S. A. México, 1961, pp. 593 y 594.

El texto de Vasconcelos nos remite forzosamente a Husserl. Para conocer las ideas de Husserl, no es necesario emprender una nueva investigación. Aunque se da por supuesto que el investigador ya tiene algunos conocimientos previos sobre el filósofo alemán, siempre puede localizarlo en un diccionario filosófico, una historia de la filosofía o, si el caso lo amerita, en una monografía.

Sin embargo, a pesar de nuestro conocimiento de Husserl, el texto de Vasconcelos ofrece dudas. En el párrafo transcrito, Vasconcelos nos dice que el mundo fenomenológico está hecho de *algos* que son a *priori*; no sabemos qué significado le da Vasconcelos a esos *algos* que además son a *priori* y son *eidos*, etcétera. Sería inútil releer el párrafo para aclarar el significado de *algos*, pero quizá en párrafos posteriores se obtenga la clave; en caso de no ser así, tendremos que declarar que Vasconcelos interpreta a Husserl de una manera confusa.

Y si pasamos ahora a los objetos que los filósofos mencionan en sus ejemplos, nos encontraríamos con problemas como el siguiente: Platón en *Hipias Mayor* pone en boca de Sócrates el siguiente parlamento:

... Supongamos una marmita fabricada por un buen alfarero, bien pulida, bien redonda, bien cocida, como esas bellas marmitas de dos asas que contienen seis congios y son tan bellas...[5]

Aunque se puede inferir hacia dónde nos lleva Sócrates sin saber que *congio* es una medida de tres litros aproximadamente, siempre es preferible conocer la referencia a los objetos que apuntan los filósofos; esa referencia a menudo es indispensable para la cabal comprensión de una idea. Lo mismo sucede con los lugares y personajes históricos citados por los autores. Cuando su desconocimiento impide la comprensión del texto, es preferible consultar una enciclopedia.

Por otra parte, es necesario señalar que el investigador no sólo se enfrenta a problemas de terminología explícita, sino a textos en los que se emplea el lenguaje ordinario y que, a pesar de todo, resultan confusos e incomprensibles. Frecuentemente se debe a un problema de terminología oculta como sucede en el sigiente párrafo de Hegel:

[5] Platón, *Hipias Mayor*. Obras Completas. Ed. Aguilar. Madrid. 1966, p. 127.

El esto se pone, pues, como *no esto* o como *superado* y por tanto, no como nada, sino como una nada determinada o *una nada de un contenido*, a saber, del esto.[6]

Aquí la palabra *esto* se convierte en un término sólo comprensible dentro del sistema hegeliano, y para extraer su significado no será suficiente recurrir a la gramática o al diccionario, y menos a la terminología empleada por otros filósofos. Es ilegítimo, por ejemplo, identificar el *esto se pone* de Hegel, con el *ser ahí* de Heidegger; es decir, nunca se debe explicar a un filósofo con la terminología de otro filósofo o situarlo fuera de su época, su método, su sistema. Tampoco es legítimo inventar términos para explicar los del autor, sino utilizar los que él emplea y, desde allí, tratar de comprender sus ideas.

El problema de la terminología oculta se resuelve de manera similar a la utilizada para la terminología explícita, porque nos remite a textos anteriores del propio autor; sin embargo, esos textos no nos entregan el significado de las palabras en forma aislada, es decir, fuera de contexto, sino a través de un conjunto de ideas ligadas a otras que tampoco se explican por sí

[6] Hegel, *Fenomenología del espíritu*. Fondo de Cultura Económica. México, 1966, p.72

mismas, y así sucesivamente. Para continuar con Hegel, podríamos localizar el significado de la palabra *esto,* si nos remontamos al siguiente párrafo de la *Fenomenología del espíritu:*

> *El contenido concreto de la certeza sensible* hace que ésta se manifieste de un modo inmediato como el conocimiento más rico e incluso como un conocimiento de riqueza infinita a la que no es posible encontrar límite si vamos más allá en el espacio y en el tiempo en que se despliega, como si tomásemos un fragmento de esta plenitud y penetrásemos en él mediante la división. Este conocimiento se manifiesta, además, como *el más verdadero,* pues aún no ha dejado a un lado nada del objeto, sino que lo tiene ante sí en toda su plenitud. Pero, de hecho, esta certeza se muestra ante sí misma como la *verdad* más abstracta y más pobre. Lo único que enuncia de lo que sabe es esto: qué *es;* y su verdad contiene solamente el *ser* de la cosa. La conciencia, por su parte, es en esta certeza solamente como puro *yo,* y yo soy en ella solamente como puro éste y el objeto, asimismo, como puro *esto.*[7]

Aunque a primera vista observamos que el *esto* se refiere al objeto, aún nos falta saber en qué sentido está empleado el término y qué nos quiere decir Hegel a lo largo del párrafo o, en otras palabras, aunque unos textos nos remiten

[7] *Ibidem, p. 63.*

a otros para descifrar la terminología, cada texto, a su vez, debe ser analizado hasta llegar a su cabal comprensión.

b) *Las ideas*

El análisis de comprensión consiste en desarticular y articular las ideas, dividir el párrafo en frases pequeñas, descomponerlas y simplificarlas, cambiarlas de orden y estructurarlas, pero siempre de acuerdo con el criterio del autor.

Así, en el texto de Hegel, es posible hallar tres grupos de ideas que deben ser analizadas por separado. El primer grupo se refiere al contenido concreto de la certeza sensible, que se manifiesta de manera inmediata como el conocimiento más rico y verdadero, pues aún tiene ante sí el objeto en toda su plenitud.

El segundo grupo apunta a la forma en que esta certeza se muestra ante sí misma, y de ahí Hegel concluye que aparece como la verdad más abstracta y más pobre porque sólo contiene el ser de la cosa. El tercer grupo se refiere al papel que desempeña, en la certeza sensible, tanto el objeto como la conciencia; ahí, la conciencia es un puro este y el objeto un puro esto.

De lo anterior se desprende que el *esto* es el

objeto en toda su plenitud, y por ser este objeto el contenido de la certeza sensible, el conocimiento que de él se nos ofrece es el más rico y verdadero. Pero visto por otro lado es el más pobre y más abstracto, pues lo único que podemos decir de él es que *es;* su verdad contiene sólo el ser de la cosa. En resumen, en la certeza sensible tanto el ser como la conciencia son algo indeterminado; el ser que ahí aparece es un puro *esto* y la conciencia un puro yo, *un éste.*

Pero aún no sabemos por qué el *esto* se pone como *no esto.* Para comprenderlo, deberíamos continuar el análisis con los párrafos siguientes que se harán inteligibles si en vez de detenernos en ellos, continuamos leyendo hasta hallar otros textos que los expliquen. Es decir, así como frecuentemente los textos se aclaran mediante referencias a párrafos anteriores, también se remiten a textos posteriores cuando el análisis directo resulta insuficiente. Para saber por qué "el esto se pone pues como no esto o como superado y por tanto no como nada sino como una nada determinada o una nada de un contenido, a saber del esto", no funciona descomponer el párrafo en frases, ni reestructurarlas solamente; es preferible continuar la lectura y buscar algún ejemplo o una frase que nos proporcione la clave. Hegel, efectivamente, lo hace en las páginas

siguientes donde hallamos los ejemplos y las frases que necesitamos.

El análisis de comprensión no sólo aclara las ideas del autor, sino permite jerarquizarlas. La jerarquización cumple dos propósitos fundamentales: pone al descubierto las ideas centrales y colaterales de manera que sea posible buscar las relaciones entre ambas, y facilita la tarea del investigador al proporcionarle los hilos conductores que habrán de alumbrar su tarea.

No siempre la idea central de un párrafo coincide con el tema central que el autor desarrolla a lo largo de su obra. Esa idea central puede servir de apoyo o ser simplemente una disgresión; en cambio, algunas ideas que en un principio parecen colaterales, se convierten, en páginas posteriores, en las ideas centrales de otros textos, que a su vez forman parte de la temática fundamental. Si desde un principio se sigue el orden jerárquico de las ideas, se estará en condiciones de distinguir los diferentes niveles en que se mueve la obra y hallar sus implicaciones y relaciones. Será posible perseguirlas a lo largo del libro o en obras posteriores y ver qué problemas ocultan, cómo se desarrollaron, cuáles quedaron interrumpidas y cuáles se vincularon a los nuevos problemas del autor. De ahí la

importancia de la lectura general del libro antes de proceder al análisis de los textos. Esta primera lectura no sólo familiariza con la terminología, sino muestra los temas y subtemas de la obra que sirven de guía para el análisis posterior. El análisis depende de los objetivos de la investigación. Un mismo texto sirve para diferentes fines e investigaciones y de acuerdo con los propósitos de cada investigador se inicia la lectura. Por ejemplo en el *Manifiesto del Partido Comunista* Marx y Engels escriben:

> La condición esencial de la existencia y de la dominación de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de particulares, la formación y el acrecentamiento del capital. La condición de existencia del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado descansa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria, del que la burguesía, incapaz de oponérsele, es gente involuntaria, sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación. Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia lo producido. La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables.[8]

[8] *Marx y Engels, Manifiesto del partido comunista. Ed. Progreso. Moscú, p.41.*

Ahora bien, si el investigador se propusiera saber por qué:"la burguesía produce ante todo sus propios sepultureros", coincidiría con una de las ides principales de este párrafo de los autores del *Manifiesto del Partido Comunista;* pero si se quisiera explicar cómo se logra la formación y el acrecentamiento del capital, tomaría como idea central una de las ideas colaterales del texto para perseguirla a través de toda la obra de Engels o de Marx, o sólo del *Manifiesto del Partido Comunista.* En el párrafo citado es visible que:"la condición de la existencia del capital es el trabajo asalariado". Si no lo hace así, el investigador carecerá de brújula y no estará en condiciones de deslindar los elementos que entrarán a formar parte de su investigación.

Esto no supone pasar por alto lo que no se relacione directamente con el tema porque se le sacaría de contexto y no habría manera de relacionarlo con otras ideas del mismo autor ni sería posible buscar sus implicaciones. Lo que sucede es que el investigador, al extraer los puntos que le interesan, invierte, eventualmente, el orden de la exposición original para someterla a sus propósitos. Si tiene presente todas las preguntas de su proyecto de trabajo, buscará sus respuestas durante el análisis de los textos y estará en

condiciones de situar su tema dentro de la temática general del autor.

En suma; unos son los propósitos del autor y otros los del investigador; éste último nunca deberá olvidar sus objetivos: hallar un fondo común de ideas íntimamente relacionadas con el tema de su investigación. Algunas se darán de manera explícita, otras, se leerán entre líneas. A través de lo que dice, el autor delata sus influencias; en lo que rechaza, descubre sus preferencias, y mediante el análisis de los textos se advierte su originalidad, y sus aciertos y errores.

CAPITULO V
COMPRENSION HISTORICA

La investigación documental también supone el estudio de los textos desde la perspectiva histórica. No basta saber qué dijo el autor, sino cuándo, cómo, dónde, por qué y para qué.

a) *Cuándo*

El pensamiento filosófico, como es natural, exige un proceso de maduración; muy pocas veces las primeras ideas son las definitivas; no faltan casos donde el filósofo se retracta, en su madurez, de lo que escribió en su juventud; o cuando menos, modifica, afina o desarrolla, dentro de otros cauces, sus primeras observaciones. Nuevas experiencias, nuevas influencias, amplían su cosmovisión. Otros intereses van dejando a un lado problemas antes capitales, viejos planteamientos ceden su lugar a nuevas preguntas y formas de especulación. Todo esto queda fijado en sus libros. Si se leen en orden cronológico, se obtiene una clara visión de su biografía intelectual.

Quizás uno de los ejemplos más visibles de evolución filosófica sea el que nos ofrece actualmente, la vida y obra de Bertrand Russell. Russell se inicia en las matemáticas y de ahí se

inclina hacia la filosofía. En un principio se adhiere al platonismo de las entidades matemáticas, pero los problemas que allí encuentran le sugieren otras alternativas que propone en su teoría de las descripciones, en 1905.

Russell pasa del kantismo, y sobre todo del hegelianismo de Bradley, a una posición antidealista y a la vez analítica. Elabora junto con Whitehead la fundamentación lógica de la matemática; piensa que el análisis lógico es capaz de resolver los problemas de la teoría del conocimiento, y desde ese ángulo concibe su tesis sobre el atomismo lógico. Sin embargo, a su inclinación logicista va añadiendo una fuerte tendencia empirista que se descubre en sus análisis de cuestiones epistemológicas.

Por otro lado, concibe su monismo neutral, según el cual, lo físico y lo psíquico se consideran como dos concepciones de una misma realidad. Como esto lo obliga a examinar la noción de "conciencia", abandona el monismo neutral para estudiar los procesos cognoscitivos del sujeto y concilia, en cierta forma, proposiciones tradicionalistas y neopositivistas. Pero nada de esto lo aleja de sus posiciones logicistas ni le impide dedicar un buen número de páginas a problemas históricos y sociales.

La evolución intelectual de los filósofos no

puede ser ajena al investigador. Una de sus tareas consiste, precisamente, en señalar esos cambios, esas circunstancias, esas influencias, y en tratar de explicar su importancia y el lugar que les corresponde en el conjunto de su obra. Cada libro tiene su propia historia, una historia íntimamente ligada a la vida de su autor y, si no se advierte cuándo fue escrito, no se estará en condiciones de entender apropiadamente sus ideas; se tomará como fruto maduro algo que el autor quizás rechazó en otras obras o que apenas contiene el germen de su pensamiento.

No es lo mismo leer una obra de juventud que una obra de madurez o un libro reeditado por el propio autor en varias ocasiones. En cada nueva edición pueden haber tantos cambios que por sí solos revelen la evolución filosófica de su autor. Cuando eso sucede, el investigador está obligado a cotejar todas las reediciones para descubrir ideas primerizas y señalar cuáles desparecieron, cómo se transformaron y cuándo surgieron los cambios. Por eso, antes de iniciar la lectura de un libro, el investigador debe localizarlo en la biografía de su autor; si no sabemos nada de su vida, si no conocemos su itinerario filosófico, si desconocemos cuándo hizo su obra, nos faltará el contexto en el que fue escrito y dejaremos muchas preguntas sin resolver.

Hay que advertir, sin embargo, que la fecha de la elaboración de un libro, no siempre corresponde con la de su publicación. No pocas veces los autores conservan sus manuscritos inéditos durante muchos años, o se publican después de su muerte; esos libros quizá contienen ideas juveniles que pueden servir para comprender mejor la evolución de su pensamiento, pero no nos entregan su última palabra aunque sean los últimos publicados durante la vida o después de la muerte del filósofo.

b) *Cómo*

No todas las ideas filosóficas aparecen en forma de tratados; los ensayos, discursos, diálogos, poemas y hasta las polémicas han servido de vehículo al pensamiento filosófico. Ahí están los diálogos de Platón o el poema de Parménides para citar sólo dos ejemplos insignes. En su poema alegórico *Sobre la naturaleza*, Parménides escribe:

1 Los caballos que me llevan consigo cumplen, al
hacerlo, toda la plenitud de mi deseo,
pues no hay duda que son ellos, mis verdaderos

guías, los que me condujeron por la famosísima ruta
de la diosa, que encamina al hombre en posesión de las luces del saber a través de todas las ciudades.

Y la diosa me recibió con benevolencia, tomó mi mano derecha
entre las suyas y, dirigiéndose a mí, me habló de esta manera:
¡Oh, joven, compañero de las inmortales conductoras!,
Bienvenido seas, tú, que llegas a nuestra mansión con los caballos que te traen;
pues no es un hado infausto el que te movió a recorrer
este camino —bien alejado por cierto de la ruta trillada por los hombres—,
sino la ley divina y la justicia. Es necesario que conozcas toda mi revelación,
y que se halle a tu alcance el intrépido corazón de la Verdad, de hermoso cerco,
tanto como las opiniones de los mortales, que no encierran creencia verdadera.
No obstante, a ti te será dado aprender todo esto, y cómo las apariencias
tendrían que aparecerse para siempre como realidad total.
Voy a decírtelo ahora mismo, pero presta atención a mis palabras,
las únicas que se ofrecen al pensamiento de entre los caminos que reviste la búsqueda.

Aquella que afirma que el Ser es y el No-Ser no es,
significa la vía de la persuasión —puesto que acompaña a la Verdad—,
y la que dice que el No-Ser existe y que su existencia es necesaria,
ésta, no tengo reparo en anunciártelo, resulta un camino totalmente negado para el conocimiento.
porque no podríamos jámas llegar a conocer el No-Ser —cosa imposible—
y ni siquiera expresarlo en palabras.[1]

En estos fragmentos del poema, se encierra parte de la tesis de Parménides que sostiene que el No-Ser no existe porque no podríamos conocerlo ni expresarlo.

Preguntar cómo está estructurada una obra, es observar en qué forma se han expuesto las ideas. El investigador debe señalar expresamente que se trata de un poema filosófico o de un ensayo, un tratado o un artículo periodístico, una obra de divulgación o de exposición personal. También sería prudente indicar su extensión y dejar constancia de su estilo, su grado de claridad, oscuridad y confusión y aun el tono de gravedad, ironía o emotividad que allí se manifiesta.

Esto auxilia la investigación. El tono irónico

[1] *Parménides, Fragmentos*. Ed. Aguilar. Buenos Aires. 1965. p. 50 y 51.

nos obliga a interpretar algunas de las afirmaciones del autor; el tono persuasivo no debe impedirnos el examen crítico de sus argumentos; el lenguaje metafórico exige su traducción al lenguaje neutro, etcétera. Sometidos al análisis, esos lenguajes delatan el tipo de información que nos ofrecen.

c) *Dónde*

Si el itinerario filosófico se encuentra en la biografía del autor, sus ideas se localizan en sus libros. No es suficiente saber cuándo ni cómo las escribió, sino en dónde están impresas, bajo qué título, qué editorial imprimió la obra, y de acuerdo a ella, en qué capítulo y en qué página del libro están expuestas. Los filósofos expresan las mismas ideas en diferentes obras o exponen en la misma obra diferentes ideas, y si no tenemos la precaución de señalar en dónde se publicaron, nos será imposible seguir la evolución de su pensamiento y de catalogar los temas en el orden en que fueron apareciendo. Aun en obras escritas en una misma época, es posible advertir diferencias o incongruencias o una secuencia lógica que permite ver hasta qué punto un libro es complemento de otro.

Pasar por alto este hecho es paralizar la investigación; estar incapacitado para ubicar las ideas del autor y para señalar dónde aparecen unas y otras, dónde se retractó, dónde continuó la línea de problemas que le ocuparon durante toda la vida y dónde surgió la discontinuidad. También se estará incapacitado para la crítica; si no se ubican sus ideas, su pensamiento, incluso, puede aparecer incongruente o contradictorio, contradicción que desaparecería si se tomara en cuenta que se trata de ideas que el autor expuso en diferentes etapas de su vida. Por supuesto, suele suceder que la contradicción no sea dinámica, es decir, no se resuelva en obras posteriores, sino continúe en forma estática y entonces ya no será suficiente la compresión histórica sino que será necesario recurrir al análisis crítico de sus ideas.

Wittgenstein ilustra perfectamente lo anterior. En el *Tractatus Logico-Philosophicus* único libro que publico durante su vida, en 1921, se ocupa de la naturaleza del lenguaje y de la relación de éste con el mundo. La doctrina central del *Tractatus* señala Anthony Kenny:

> es la famosa teoría pictórica del significado. Según esta teoría el lenguaje consta de proposiciones que pin-

tan al mundo. Las proposiciones son las expresiones perceptibles de pensamientos, y los pensamientos son pinturas lógicas de los hechos.[2]

En los primeros años de la década de los 30s, Wittgenstein manifiesta cierta insatisfacción con las doctrinas del *Tractatus* y comienza a trabajar en otras obras publicadas póstumamente con el título de *Philosophische Bemerkungen* y *Philosophische Grammatik*; ahí se retractó de varias de las doctrinas características del *Tractatus*: "dejó de creer en átomos lógicos o de buscar un lenguaje lógicamente articulado embozado en el lenguaje ordinario"[3]

En 1948 termina *Philosophische Untersuchungen* que se publica en 1953 despúes de su muerte.

A pesar de que están compuestas siguiendo un método similar —señala Kenny— las *Untersuchungen* contrastan sorpresivamente con el *Tractatus* en estilo y contenido... donde la primera obra era lacónica y abstracta, la última es difusa y concreta, rica en vívidas ilustraciones y en coloreadas metáforas.[4]

[2] Anthony Kenny, *Wittgenstein*. Revista de Occidente. Madrid. 1974, p.18.
[3] *Idem*, p.22.
[4] *Ibidem*, p.25.

Además, Wittgenstein insiste ahora en que las palabras:

> no se pueden entender fuera del contexto de las actividades humanas no lingüísticas con las que el uso del lenguaje está entretejido.

Así:

> parece verosímil que en ésta como en otras partes de las *Untersuchungen* Wittgenstein está argumentando en contra de sus propios puntos de vista anteriores.[5]

El propio Wittgenstein escribe en el prefacio de las *Untersuchungen*:

> me he visto forzado a reconocer graves errores en lo que escribí en aquel primer libro.[6]

Por su parte, Kenny observa que:

> en el *Tractatus* la conexión entre lenguaje y realidad dependía de la correlación entre elementos del pensa-

[5] *Ibidem*, p.27.
[6] *Ludwig Wittgenstein, Philosophical Investigations*. Basil Blacwell. Oxford, 1968, p.X.

miento y átomos simples del mundo. En las *Untersuchungen* Wittgenstein argumenta que la noción de átomos que son simples en algún sentido absoluto, es una noción incoherente, y que es imposible establecer una correlación privada entre elementos del pensamiento y fragmentos de realidad.[7]

Sin embargo:

a pesar de las diferencias entre el *Tractatus* y las *Untersuchungen* existe continuidad en la concepción Wittgensteniana de la naturaleza de la filosofía. Wittgenstein continuó considerando la filosofía como una actividad más bien que como una teoría, como una actividad de clarificar proposiciones y de evitar que las apariencias engañosas del lenguaje ordinario nos descarríen.[8]

Esto comprueba que no se puede hablar de Wittgenstein sin hacer referencia a sus obras. El Wittgenstein del *Tractatus* difiere del Wittgenstein de las *Untersuchungen*. Wittgenstein se critica a sí mismo; sería injusto reducir la filosofía de Wittgenstein a las ideas que expuso en el *Tractatus*.

[7] Anthony Kenny, *op. cit*, p.27.
[8] *Idem*, p.28.

d) *Por qué*

Preguntar por qué un filósofo escribió determinada obra, por qué se inclinó por una corriente filosófica, por qué utilizó ciertos argumentos, por qué lo hizo en la forma que lo hizo, es hacer verdaderamente una investigación. Resolver esas preguntas significa buscar las causas próximas y remotas, las influencias filosóficas y las intenciones del autor. Los datos no se entregan fácilmente; hay que forzar la lectura, leer con determinados objetivos, reconstruir circunstancias, buscar fechas, ligar ideas. ¿Por qué, por ejemplo, escribió Caso su conferencia sobre "la filosofía moral de Eugenio M. de Hostos"? El propio Caso responde, en cierta forma, desde las primeras páginas del ensayo:

> En estos tiempos de escepticismo moral y de individualismo exaltado, verdaderamente anárquico; cuando el hecho más constante y potente en las especulaciones filosóficas que de Europa nos llegan es la ausencia de la fe en el progreso racional de los hombres, cuando las teorías antiintelectualistas de un Nietzsche y de un Stirner producen formidables estragos... acaso sea oportuno y consolador recordar la doctrina del gran moralista que supo "igualai con su vida el pensamiento" – conforme al insigne aforismo – convirtiendo así

la superioridad de su espíritu en fuerza viva y orgánica, estimuladora del lento perfeccionamiento de las civilizaciones americanas.[9]

Sin embargo, no siempre es conveniente jurar por las palabras del maestro. A primera vista, parecería que Caso iba a realizar el panegírico de Hostos, pero poco a poco aparece la crítica, y a través de la crítica las verdaderas intenciones del autor. De ahí podemos deducir una primera lección: frecuentemente los filosófos descubren sus ideas de manera indirecta, ya sea porque las circunstancias les impiden hacerlo en otra forma, o porque tienen en mente propósitos colaterales que, a la postre, resultan los más importantes y definitivos. Si elogian a otros autores, no quiere decir que se identifiquen con ellos, si los critican, tampoco significa que los repudien totalmente.

Estas evidencias casi nunca se obtienen de la sola lectura de un libro; es necesario hacer lecturas paralelas, recurrir a la bibliografía indirecta, analizar las circunstancias. Caso, por ejemplo, se refiere un poco a ellas cuando habla de "estos tiempos de escepticismo moral y de individualismo exaltado verdaderamente anárquico" y de

[9] *Antonio Caso, "La filosofía moral de Eugenio M de Hostos", Obras completas*, vol. II, UNAM. México, 1973, p.161.

los "estragos" producidos por Nietzsche y Stirner, filósofos a los que había dedicado, dos años antes, sendas conferencias. Lo primero que se ocurre preguntar es lo siguiente: ¿qué tiempos eran ésos? La pregunta la resuelve la fecha de la publicación del ensayo sobre Hostos: septiembre de 1910, dos meses antes de la revolución mexicana. ¿Qué hacía?, ¿qué leía Caso en septiembre de 1910? Caso no lo dice expresamente en esa conferencia, pero en otros escritos recuerda a sus maestros y amigos; lo mismo hacen éstos en sus obras: Alfonso Reyes, Vasconcelos, Henríquez Ureña. Entre todos dibujan un panorama suficientemente claro: todos eran miembros del Ateneo de la Juventud, agrupación que ellos mismos habían formado para renovar la cultura mexicana, hasta entonces dominada por el positivismo. Todos eran antipositivistas, y a través de lecturas comunes habían conocido a Schopenhauer, Boutroux, Bergson, James, etcétera. La conferencia sobre Hostos y otras dedicadas a pensadores latinoamericanos, fue planeada por el Ateneo para conmemorar el primer centenario de la independencia de México. De la actitud antipositivista de los miembros del Ateneo, era fácil colegir que la conferencia sobre Hostos sería una crítica al positivismo.

Aunque la crítica no es directa, basta analizar los argumentos que Caso esgrime en contra de Hostos, para conocer sus verdaderos propósitos. Hostos sostiene que la base lógica de la moral "es el concepto de la euritmia universal construido sobre la noción de ley natural"; Caso rechaza tal concepto y escribe que "la euritmia universal no existe" y que "las uniformidades de la naturaleza son métodos hallados por el hombre para adaptar las cosas a su inteligencia", si tales uniformidades no existen, resulta evidente que la ciencia, en la que se apoya el positivismo, no nos entrega un imagen fiel de la realidad, como sostendrá después el propio Caso apoyado en Bergson. Es evidente también que Caso buscaba destruir la fe que los positivistas mexicanos tenían en las ciencias y con ello hallar la posiblidad de restituir a la metafísica. Hostos era un buen pretexto.

Claro que inmediatamente se ocurre preguntar por qué Caso era antipositivista, lo que nos llevaría a investigar en qué situación se encontraba el positivismo en México poco antes de la Revolución, el tipo de enseñanzas que ofrecía, su desdén por la metafísica. Sin embargo, esto no respondería cabalmente la pregunta, habría que hurgar en la biografía de Caso para establecer sus inclinaciones filosóficas, sus lecturas, y

analizar los argumentos que él mismo expone en sus obras. De ahí también se puede colegir por qué no fue intelectualista. Los propios miembros del Ateneo atestiguan que sus lecturas de Shopenhauer los alejaron de Hegel, y que Boutroux y Bergson les abrieron perspectivas insospechadas. Kant les impidió tomar en serio a Aristóteles; el antiintelectualismo les dio la coyuntura para restablecer a la metafísica. Fue el antiintelectualismo el que los condujo al antipositivismo.

Pero entonces ¿por qué el rechazo a Nietzsche y Stirner? Esta pregunta obliga a leer las conferencias que Caso dictó sobre los mismos antes de su conferencia sobre Hostos y en donde muestra claramente su repudio por las actitudes de ambos pensadores. Aunque reconoce que ellos "exhumaron al hombre del intelectualismo donde yacía asfixiado e inerte", rechaza su egoísmo y su falta de caridad.

Así habremos llegado al punto central de sus ideas: la conferencia sobre Hostos no sólo ataca indirectamente al positivismo y directamente a Nietzsche y Stirner, sino lleva una intención colateral: la exaltación de la caridad como impulso que no descansa en la razón y que podemos descubrir a lo largo de la conferencia en las si-

guientes palabras de Caso: "el alma humana *es más* que razón: es lo que la historia de la especie exhibe en las formas simbólicas del heroísmo y del amor".[10]

¿Por qué decimos que en la caridad está el punto central de sus ideas? No por la conferencia sobre Hostos; allí aparece colateralmente a propósito de su defensa del libre albedrío y en contra del determinismo de Hostos. Pero si trazamos un hilo conductor de las tesis expuestas por Caso en sus conferencias sobre Nietzsche, Stirner y Hostos y las ligamos a su obra capital *La existencia como economía, como desinterés y como caridad,* aparecida en forma de opúsculo seis años después, estaremos en condiciones de advertir cómo fue germinando la tesis que constituyó la preocupación de su vida.

Nada de esto habríamos sabido si no hubiéramos preguntado por qué; si no hubiéramos trazado coordenadas de ideas, si no las hubiéramos separado por temas y después relacionado entre sí, si no hubiéramos buscado causas y reconstruido circunstancias.

[10] *Idem, p. 170.*

e) *Para qué*

Como se ha observado, los textos filosóficos difícilmente se explican por sí solos. Lo hemos comprobado a propósito de la terminología, ahora lo vemos en relación con las ideas. Aunque se trate del autor de un solo libro, el filósofo delata sus intenciones, se compromete con una posición filosófica, acepta o rechaza, aplaude o polemiza con una finalidad; si no la expresa directamente, se extrae de los argumentos, del énfasis con que los expone, los problemas que analiza y también de los testimonios de sus contemporáneos, ya sea de viva voz o a través de sus obras.

Si el autor ha escrito varios libros, dará en uno la clave para la explicación del otro, desarrollará en el segundo las ideas expuestas en el primero o las repudiará, cambiará de opinión, de enfoque, de tema. Preguntar por qué los repudió o los expuso en la forma en que lo hizo, lleva a preguntar para qué; las causas nos ligan a las finalidades y éstas a veces no aparecen claramente. No siempre se cumplen los fines que se han propuesto o se cumplen a medias o tienen resultados contraproducentes. Caso se inclinó hacia el antiintelectualismo porque allí creyó

hallar argumentos para criticar al positivismo y para acabar con su hegemonía en nuestro país, para restituir los estudios metafísicos que el positivismo había dejado fuera de su plan de estudios, para sustituir, con el antiintelectualismo, una filosofía que él juzgo unilateral. ¿Consiguió sus propósitos? Su biografía nos enseña que sí, y todos los testimonios de la historia nos hacen ver que no sólo se incluyó a la metafísica en los planes de la nueva universidad, sino que él fue uno de sus principales maestros. ¿Tuvo razón? ¿Eran válidos sus argumentos? ¿Fueron benéficos sus resultados? No es éste el lugar para juzgarlo. Lo importante es advertir la necesidad del análisis crítico que debe acompañar al análisis de comprensión histórica de los textos.

CAPITULO VI
ANALISIS CRITICO

Aunque muchas investigaciones, sobre todo las realizadas por principiantes, son puramente expositivas, nunca sobra insistir en la necesidad de la crítica. El investigador no sólo hace historia, también es filósofo, y como tal no puede permanecer impasible frente a las ideas que va exponiendo; ha de valorarlas, descubrir su logicidad, su legitimidad, correción o incorreción.

La crítica se va realizando durante la lectura a la luz del análisis de comprensión de los textos y se lleva a cabo en varios niveles, entre los que destacan, la distinción entre la forma y la función del lenguaje empleado en los textos filosóficos, y el análisis lógico de sus problemas y formas de argumentación.

a) *Forma y función del lenguaje*

Es bien sabido que el lenguaje no sólo se usa para describir el mundo o para razonar sobre él; también sirve para expresar o despertar emociones o para motivar y prescribir determinadas conductas.

Cuando Nietzsche pone en boca de Zaratustra el siguiente parlamento: "¡Yo os exhorto, hermanos míos, a permanecer fieles a la tierra y

a no creer a los que os hablan de esperanzas supraterrestres!",[1] no está dando ninguna información sobre el mundo, está haciendo una exhortación para mover a la conducta humana y, cuando dice: "¡Oh cielo extendido sobre mí! ¡Cielo claro y profundo! ¡Abismo de luz! ¡Al contemplarte, me estremecen divinos anhelos!",[2] está expresando sus emociones y no describiendo el cielo que sobre él se extiende. En cambio, cuando escribe: "el hombre es una cuerda tendida entre la bestia y el superhombre",[3] está utilizando un lenguaje metafórico que exige una interpretación.

Esto no sucede con la siguiente frase de Darwin: "En la conformación corporal del hombre se descubren señales evidentes de su procedencia de una forma inferior."[4] Aquí Darwin no emplea metáforas, está proporcionando una información verdadera o falsa sobre el hombre, que debería ser comprobada en la experiencia. Pero ¿cómo juzgaremos la proposición de Nietzsche?: ¿Cumple una función informativa? ¿Qué nos quiere decir Nietzsche? Nunca lo sabremos

[1] *F. Nietzsche, Así Hablaba Zaratustra. Sempere y Cía. Editores Madrid, p.8.*

[2] *Idem*, p.130.

[3] *Idem*, p. 9.

[4] Carlos Darwin, *El origen del hombre*, Ed. Maucci. Barcelona, p.

si no lo traducimos a un lenguaje neutro, si no lo relacionamos con otras ideas del autor. Por lo pronto, parece que Nietzsche emplea un lenguaje persuasivo a través del cual no está indicando, como Darwin, la procedencia del hombre de una forma inferior, sino su posibilidad de ascender a una escala superior, al superhombre. Nietzsche apunta a un ideal y Darwin señala un hecho en la evolución de las especies.

Los tres usos del lenguaje suelen mezclarse durante el discurso y servir a varios fines al mismo tiempo: informar, expresar emociones y persuadir. Pero no deben confundirse esas funciones, ni ser juzgadas de la misma manera.

Las funciones del lenguaje no siempre se distinguen por su forma gramatical. Las oraciones declarativas, interrogativas, imperativas o exclamativas, suelen cumplir funciones diferentes de las que aparentan. No toda oración declarativa es informativa, a veces sólo expresa emociones o lleva oculta una exigencia.

la oración declarativa, "me gustaría tomar un poco de café" – dice Copi — no será tomada por un mozo de café como un mero informe sobre el hecho psicológico que evidentemente afirma acerca de su cliente, sino

como una orden o un pedido para que emprenda una determinada acción.[5]

Por su parte, la oración interrogativa:

> ¿No es verdad que Rusia y Alemania firmaron en 1939 un pacto que precipitó la Segunda Guerra Mundial? puede no ser una pregunta en lo absoluto, sino una manera indirecta de comunicar información o un intento de expresar y provocar un sentido de hostilidad hacia Rusia; su función sería informativa en el primer caso y expresiva en el segundo.[6]

Sólo la información puede ser juzgada como verdadera o falsa; la prescripción será adecuada o inadecuada y la emoción sincera o insincera.

Por ejemplo, en el: *Manifiesto del Partido Comunista* Marx y Engels declaran:

> Los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y propósitos. Proclaman abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existe. Las clases dominantes pueden temblar ante una Revolución Comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más

[5] Irving M. Copi, *Introducción a la lógica*. Manuales Eudeba, 1971, p.40.
[6] *Idem.*, p.41.

que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar. ¡Proletarios de todos los países unios![7]

Es claro que la aceptación o rechazo de la exhortación anterior, corolario de todo el *Manifiesto del Partido Comunista,* depende de consideraciones sobre la verdad o falsedad de las proposiciones informativas que la apoyan, pero son esas proposiciones las que deben ser juzgadas como verdaderas o falsas, no frases como: ¡Proletarios de todos los países unios! que puede ser adecuada o inadecuada a los fines propuestos.

Desde luego, no todos los textos son tan obvios que muestren a primera vista sus propósitos. El crítico debería estar alerta para distinguir la forma de la función del lenguaje que examina, y no dejarse engañar por textos que supuestamente proporcionan alguna información cuando en realidad sólo expresan los sentimientos o buenos deseos de los autores.

Pero hay que ser cauteloso para valorar los textos que se nos ofrecen. Si se toma un pasaje aislado, será difícil saber qué función primordial pretende llenar. Las proposiciones que nos han servido de ejemplo descubren sus funciones fácilmente, pero hay algunas que encubren sus

[7] C. Marx y F. Engels, *op. cit.*, p.64.

objetivos y sólo adquieren verdadero significado dentro de su contexto.

b) *Postura filosófica implícita*

También sería conveniente analizar los conceptos y las definiciones de los filósofos. No siempre nos hallamos con definiciones estipulativas en las que se indica expresamente que cuando se emplea determinada palabra se quiere significar tal cosa; a veces encontramos definiciones persuasivas que descansan más en el significado emotivo que en el significado cognoscitivo del término, por ejemplo, cuando decimos que la "democracia es la tiranía de las mayorías" en vez de definirla como la forma de de gobierno de elección popular que representa la voluntad general de los ciudadanos.

También existen las definiciones lexicográficas, que nos informan acerca de los diferentes usos de una misma palabra, como sucede con los diccionarios; pero en los textos filosóficos, sobre todo, hallamos definiciones teóricas como las que pedía Sócrates cuando quería saber qué es la belleza.

Las definiciones estipulativas no son verdaderas o falsas, en cambio sí lo son las informativas,

y con frecuencia se pueden hallar textos filosóficos con definiciones erróneas, ya sea por su desconocimiento de las cosas que las palabras designan, o porque confuden los usos que se han dado a esas palabras.

Esto es importante para la investigación; hay quien considera por ejemplo, que la palabra "belleza" es indefinible, como sucede con la palabra "amarillo"; para otros, debe haber alguna carcterística en las cosas para que se les llame bellas; otros sostienen que la belleza no es una propiedad sino un valor, etcétera. Así surgen las controversias y las corrientes filosóficas que han aparecido a través de la historia. ¿Por qué tales discrepancias? Esto depende de la concepción filosófica de cada autor. El investigador estará capacitado para reconocer a qué escuela filosófica pertenece el autor si pone atención a sus conceptos y definiciones; en esa forma sabrá, por ejemplo, si es emotivista, objetivista o subjetivista aunque éste nunca lo declare expresamente.

c) *Problemas y pseudoproblemas*

Antes de analizar las soluciones a los problemas desarrollados en los textos, el crítico debe-

ría estudiar el planteamiento de los mismos. Un problema mal planteado conduce a soluciones erróneas o produce falsos problemas a los que ni siquiera hay que buscar solución.

El mal planteamiento de los problemas puede deberse a varias causas: una de ellas es la vaguedad; si un problema se plantea en forma vaga, ambigua o confusa, no se sabe qué se busca ni qué se pretende resolver. Otra causa es la excesiva generalidad; algunos problemas encubren en el fondo dos o tres preguntas que exigen su propia solución; tratar de contestarlas en forma global, no sólo es incorrecto sino infructuoso. El crítico que desconoce este hecho, se pierde frecuentemente en al análisis de las soluciones, sin advertir que el mal se encuentra en el planteamiento de los propios problemas.

Por eso es importante que el crítico se pregunte qué se propone el autor, qué busca, qué quiere saber. Si la pregunta está mal hecha, es probable que todo el trabajo corra la misma suerte. La tarea del crítico consistirá entonces en descubrir en dónde está el error; ¿es una pregunta confusa?, ¿es vaga?, ¿ambigua?, ¿es demasiado general?, ¿se propone objetivos inalcanzables o, por el contrario, ¿plantea problemas que podría resolver con mayor precisión la ciencia? o

en otras palabras, sus problemas, ¿son auténticos o encubren falsos problemas?

En efecto, algunos problemas podrían solucionarse si se plantearan en forma correcta; pero hay otros que ni siquiera llegan a problemas, aunque asi lo parezcan. Esos son los pseudoproblemas que surgen debido a los malos usos del lenguaje, ya sea porque se confunda el significado de las palabras o porque se viole la sintaxis lógica. Tales pseudoproblemas no se resuelven sino que se disuelven como diría Wittgenstein.

Un ejemplo clásico de disolución de pseudoproblemas, lo da Waismann en *Los principios de la filosfía lingüística*. En la página 99 se ocupa de la famosa aporía de Aquiles y la tortuga:

> El conocidisímo argumento de Zenón es el siguiente: en una carrera, el corredor más veloz (Aquiles) nunca podrá superar al más lento (la tortuga). Si se acepta que la toturga tiene cierta ventaja y que Aquiles va a una velocidad dos veces mayor que la de aquella, a Aquiles le lleva cierto tiempo, digamos medio minuto, atravesar ese espacio. En ese tiempo la tortuga ha recorrido la mitad de su ventaja original. Para atravesar el espacio restante, Aquiles necesita un cuarto de minuto, y la tortuga utiliza este tiempo para arratrarse un poco más lejos aún. Por muchas veces que repita este proceso, la situación permanecerá sin cambio: la

ventaja de la tortuga será cada vez menor pero nunca desaparecerá del todo.

Hoy en día se supone a menudo que el error de esta conclusión se debe al desconocimiento del hecho de que la serie infinita $1/2 + 1/4 + 1/8 + \ldots$ tiene la suma finita de 1. Este enunciado es correcto, pero de ninguna manera elimina la dificultad. Pues no nos quita la impresión que nos produce el argumento de que la ventaja de la tortuga se hace cada vez menor, pero nunca desaparece del todo.

El error de este argumento se aclarará si lo consideramos en la forma siguiente: dividimos el periodo de un minuto en mitad. La segunda mitad la dividimos una vez más en mitades y pensamos que este proceso continúa por siempre. Cuando el minuto concluya, tendrán que haber pasado también el medio minuto, luego el cuarto, luego el octavo y así sucesivamente hasta el infinito. Por tanto, un minuto nunca puede concluir. Aquí es evidente que el error descansa en una confusión de dos significados diferentes de la palabra "nunca". Por ejemplo, si digo "la secuencia 1,2,3,4... nunca acaba", esto significa "no hay un último término en esta secuencia". Esta es una proposición matemática que no tiene absolutamente nada que ver con la medición del tiempo. Por otra parte, si digo "nunca haré eso", uso la palabra "nunca" en un sentido temporal; quiero decir "mientras viva, no haré eso". Por tanto, si se divide un minuto a la mitad y ésta una vez más a la mitad, y así sucesivamente, podemos decir "este proceso de división nunca concluye" y queremos decir que la secuencia de número 1,1/2,1/4,1/8,... no tiene fin. Pero ¿significa eso que el *minuto* nunca concluye? al mantener esta posición

saltamos abiertamente de uno a otro significado de "nunca"; aceptamos la carencia de fin del proceso de división (un proceso matemático) como si significara que el minuto nunca concluye.[8]

Otra forma de disolver pseudoproblemas consiste en buscar la relación entre las palabras y los hechos. En efecto, las palabras son símbolos. Hay palabras que se refieren a cosas concretas y palabras que indican estados psicológicos o que representan abstracciones. Hay palabras que sirven para conectar a otras palabras o para sustituir a los sustantivos o para indicar acciones o cualidades, etcétera; en gramática las conocemos como sustantivos, pronombres, adjetivos, verbos, adverbios, conjunciones, preposiciones...

Algunas palabras sólo represntan una cosa, como los nombres propios, pero la mayoría de las palabras son palabras de clase, como los nombres comunes en los que agrupamos muchas cosas particulares bajo la misma denominación, de acuerdo con las características que tienen en común. Sin embargo, no siempre vemos con claridad qué caraterísticas designa la palabra. Esto ocasiona disputas verbales innece-

[8] F. Waismann, *Los principios de la filosofía lingüística*. UNAM México, 1970, p. 99.

sarias. Hospers nos presenta el siguiente ejemplo:

He aquí una mesa. ¿Seguirá siendo una mesa si la pinto de un color diferente? Sí, pues nadie usaría el color (en el caso de las mesas) como característica definitoria. ¿Seguirá siendo una mesa si la uso para un propósito diferente? Sí. ¿Seguirá siendo una mesa si la petrifico de alguna manera y la convierto en piedra? Sí, pues el material de que esta hecha no es una característica definitoria. ¿Seguirá siendo una mesa si le saco una de las patas? Sí, probablemente la llamaríamos lo mismo: una mesa. ¿Y si le saco las cuatro patas? En este caso, seguramente no se la llamaría una mesa, sino la tabla de una mesa. (O sea, tener patas al menos una, es una característica definitoria de "mesa"; sin patas no es una mesa, es decir, no le aplicaríamos la *palabra* "mesa"). Supongamos que la parto en pedazos. ¿Será aún una mesa? No. Serán pedazos de madera que fueron una mesa, pero ya no lo son más. Es decir, usamos la palabra "mesa" de modo que la forma general de la cosa es esencial para que se la llame *mesa*, pero no su composición material; usamos una característica como definitoria, pero no la otra. Claro que *podíamos* haber elegido las características definitorias de una manera diferente; simplemente, hemos considerado que esta otra es la más conveniente, pues necesitábamos un nombre de clase para hablar acerca de objetos de una cierta forma general, independientemente del material del que estuvieran hechos. Si nuestros intereses hubieran sido diferentes, habríamos

hecho que la palabra designe un conjunto distinto de características.

La cuestión: "¿Cuándo es una mesa y cuándo no lo es?", es una cuestión *verbal*, es decir, que sólo supone tomar en consideración los significados de las palabras, en este caso de la palabra "mesa".[9]

Es decir, no hay disputa acerca de las cosas sino de las palabras que las nombran.

Por otro lado, hay palabras que cambian de significado con el uso, lo que muestra la flexibilidad del lenguaje a tal punto, que ha hecho exclamar a Wittengstein que sólo entendemos el significado de las palabras porque conocemos sus funciones y usos. Es decir, una misma palabra se mueve en un fondo de significaciones posibles que cambian en cada contexto. Tomemos por ejemplo la palabra fruto: de acuerdo con el diccionario es "el producto de la fecundación de las plantas que contienen las semillas encerradas en una cubierta de forma, consistencia y tamaño muy diferentes, según las especies"; también es fruto "cualquier producción de la tierra que rinde alguna utilidad", pero también es "producto del ingenio o del trabajo humano" o "algo que es de utilidad o provecho"

[9] *J. Hospers, Introducción al análisis filosófico. Ed. Macchi. Buenos Aires, 1966, P.39.*

o "un alimento". Sólo conociendo todos los usos de esa palabra sabremos aplicarla adecuadamente. Pero cuando se confunden los usos, también se producen disputas verbales como ésta que vuelve a ilustrar Hospers:

> Habitualmente, la palabra "sonido" no es engañosa, pero si alguien pregunta: "Cuando un árbol cae en medio de un bosque y no hay nadie allí que oiga la caída, ¿hay sonido?" es engañoso, pues la pregunta depende de cuál sea el sontido con que se usa la palabra "sonido"; en el sentido de ondas sonoras (enrarecimiento y condensaciones alternativas del aire), hay sonido; pero en el sentido de sensación auditiva no lo hay.[10]

Las disputas pueden tener otras causas, por ejemplo, cuando dos personas discuten sin darse cuenta que una se está refiriendo a un hecho y otra a una palabra. Para continuar con Hospers mencionemos el siguiente problema:

> "¿Qué es el rayo?" Una de ellas podría decir: "Durante cientos de años, hasta los descubrimientos de Benjamín Franklin y de otros, quienes demostraron que el rayo es una forma de electricidad, nadie sabía qué era el rayo." Otra persona podría replicar: "La

[10] *Idem.*, p.32.

gente ha sabido durante miles de años qué es el rayo. Lo que no sabían hasta hace menos de 200 años es la *explicación* del rayo. Pero los antiguos reconocían el rayo cuando lo veían; usted no puede negar esto." Claro está que estas dos personas, en realidad, no están en desacuerdo; disputan inútilmente, pues no están discutiendo la misma cuestión. Una habla de la palabra, mientras que la otra habla de la cosa.[11]

No distinguir cuándo se habla de la palabra y cuándo se habla de la cosa ha dado lugar a problemas más graves. Hay palabras que sólo tienen significado pero no denotación, es decir, no se refieren a algo que existe en la realidad. Acostumbrados a pensar que a cada sustantivo corresponde un ente que lo nombra, confundimos los propósitos y no advertimos que en vez de buscar el significado de la palabra estamos tratando de describir un objeto inexistente. Pero conocer el significado de una palabra no quiere decir que exista aquello que la palabra nombra. La existencia o inexistencia de las cosas que las palabras designan, no depende del significado de la palabra, sino incumbe a la investigación científica.

Muchos pseudoproblemas se disolverían y muchas disputas verbales se acabarían si los fi-

[11] *Idem.*, P.21.

lósofos se pusieran de acuerdo acerca del significado de las palabras clave que utilizan, si no las emplearan en forma metafórica, ambigua o vaga, si no las sacaran de contexto, si respetaran la sintaxis lógica en vez de seguir únicamente la sintaxis gramatical.

d) *Los argumentos*

Un problema bien planteado no conduce forzosamente a una solución correcta. Las respuestas pueden ser dogmáticas y los argumentos inconsistentes. Aunque se ha dicho repetidamente que los argumentos filosóficos no están controlados por experimentos, como sucede con la ciencia, no es menos cierto que deben probar lógicamente sus afirmaciones.

Un argumento es la justificación de una afirmación. Pero no todas las formas de justificar las afirmaciones son válidas. Hay argumentos fuertes y débiles que tienen una variedad de campos de aplicación, y hay argumentos falaces que es preciso reconocer para no caer en el engaño. Se encuentran expuestos en todos los libros de lógica, pero no está demás recordarlos brevemente.

Algunos argumentos son falaces porque en vez de apelar a la razón utilizan las vías de la emoción; así procuran inclinar a su favor a las personas que las leen o escuchan; esos son los argumentos persuasivos que utilizan la retórica o la demagogia para adoctrinar o cambiar nuestras actitudes a propósito de un hecho. Es incorrecto utilizar la fuerza, el chantaje o la amenaza *(argumentum ad baculum)* o apelar a la misericordia *(argumentum ad misericordiam)* o atacar a la persona que sostiene un argumento contrario en vez de refutar sus razonamientos *(argumentum ad hominem)*. Este ataque puede tomar dos formas: la primera es ofensiva, porque en vez de refutar la verdad de lo que se afirma, se ataca al hombre que hace la afirmación y se supone, por ejemplo, que alguien no dice la verdad porque se ha demostrado que es perverso. La segunda forma es circunstancial porque se apoya en las circunstancias que vive determinada persona para lograr su asentimiento, por ejemplo, cuando se exige a un comunista la aceptación de determinada proposición porque de otra manera iría en contra de los principios del partido.

También son argumentos falaces los que se basan en la falta de pruebas, es decir, los

que suponen que, como no se ha demostrado la falsedad de una proposición, ésta debe ser verdadera *(argumentum ad ignoratium)* o los que sólo descansan en el testimonio de las mayorías, ya que éstas también se equivocan *(argumentum ad populum)* o los que apelan a la autoridad *(argumentum ad verecundium)*. Este argumento no siempre es falaz; recurrir al testimonio de Einstein sobre la teoría de la relatividad es legítimo, pero enarbolar su opinion sobre asuntos que no son de su especialidad, es cometer una falacia.

Las falacias pueden tomar otros aspectos y tener otras causas. Por ejemplo, es incorrecto usar el razonamiento que trata de establecer determinada conclusión para probar una conclusión diferente *(falacia de conclusión inatingente)*. Tampoco es correcto el argumento que toma como causa de un efecto algo que no es su causa real *(falacia de la causa falsa)* o el que da respuestas únicas a preguntas complejas como si se tratara de preguntas simples *(falacia de la pregunta compleja)*, o el argumento que confunde las interpretaciones de una formulación ambigua *(la anfibología)*, o el que supone que las propiedades de cada una de las partes son iguales a las propiedades del todo *(la composición)* o a la inversa, el que sostiene que lo que vale para

el todo vale para cada una de sus partes *(la división)*. Hay falacias que surgen de la confusión de los diferentes significados de una palabra dentro de un mismo contexto *(el equívoco)* etcétera. El investigador acucioso no puede pasar por alto los argumentos falaces de los textos que examina. Una de las funciones de la crítica consiste precisamente en denunciarlos.

Pero no todos los argumentos cometen las falacias anteriores. Con frecuencia hallamos argumentos inconsistentes que no resisten el examen crítico, ya sea porque se reducen al absurdo o contienen una petición de principio o caen en un regreso al infinito.

Como los argumentos están formados por un grupo de afirmaciones relacionadas unas con otras, el análisis de los argumentos consistirá en exhibir la relación que existe entre la conclusión y la demostración que se da para apoyarla.

Para saber si un argumento se reduce al absurdo, es necesario extraer todas las contradicciones lógicas a que da lugar. Las proposiciones siempre se relacionan en tal forma que una puede ser consecuencia de otra, o implicar determinadas consecuencias o mostrar una incompatibilidad con la antecedente y la consecuente. La reducción al absurdo pone al descubierto estas contradicciones que sólo aparecen cuando se

lleva el argumento a sus últimas consecuencias. Por ejemplo, en *Gorgias*, Sócrates dice a Calicles lo siguiente:

Sócrates: ¡Ea, pues! No olvidemos que Calicles, del barrio de Acarnas, ha afirmado que lo placentero y lo bueno son una misma cosa, mientras que la ciencia y la valentía difieren entre sí y con respecto a lo bueno

Calicles: Y que Sócrates, del barrio de Alópeco, no está de acuerdo con nosotros. O ¿sí lo está?

Sócrates: No lo está. Antes al contrario, creo que tampoco lo estará Calicles cuando se examine bien a sí mismo. Veamos, pues; responde a esto: ¿consideras tú que los que viven felizmente experimentan lo contrario que los que viven desdichadamente?

Calicles: Así lo considero.

Sócrates: Pues bien: si estas dos situaciones son contrarias entre sí, necesariamente ocurrirá con ellas lo que pasa con la salud y la enfermedad, ¿no es cierto? Porque un hombre no está al mismo tiempo sano y enfermo, creo yo, ni tampoco sale al mismo tiempo de la salud y de la enfermedad.

Calicles: ¿Qué quieres decir?

Sócrates: Veamos: considera la parte del cuerpo que quieras, y reflexiona. Dime: ¿existe una enfermedad de los ojos cuyo nombre es oftalmia?

Calicles: ¿Como no?

Sócrates: Yo supongo que el que la padece no goza al propio tiempo de salud ocular. ¿Estoy en lo cierto?

Calicles: Claro, en modo alguno puede afirmarse que tenga sanos los ojos.

Sócrates: Y ahora dime: cuando una persona sale de esa enfermedad llamada oftalmia, ¿se ve privada también de la salud de los ojos y queda libre, en conclusión, de ambas cosas a un tiempo?

Calicles: De ningún modo.

Sócrates: Eso sería, a mi entender, asombroso y contrario a la razón.

Calicles: Completamente.

Sócrates: Entonces, adquiere y pierde alternativamente cada uno de esos estados, ¿no es cierto?

Calicles: Ciertamente.

Sócrates: Y ¿ocurre igualmente con la fuerza y la debilidad?

Calicles: Sí.

Sócrates: Y ¿con la rapidez y la lentitud?

Calicles: También.

Sócrates: Y por lo que hace a los bienes, a la felicidad y a sus contrarios, los males y la desgracia, ¿también los adquiere alternativamente, y alternativamente se ve privado de unos y de otros?

Calicles: Así es, sin duda alguna.

Sócrates: Por tanto, si encontramos alguna cosa que el hombre pueda perder y poseer al mismo tiempo, es evidente que eso no será el bien ni el mal. ¿Estamos de acuerdo en esto? Piénsalo detenidamente y responde.

Calicles: Estoy de acuerdo. Y mucho.

Sócrates: ¡Ea, pues! Volvamos a las afirmaciones que hemos hecho antes de común acuerdo. ¿Qué decías? Que el tener hambre ¿es grato o penoso? Me refiero al hambre en sí.

Calicles: Penoso. Mas, no obstante, el comer cuando se tiene hambre es grato.

Sócrates: De acuerdo. Ahora bien: el tener hambre en sí ¿es o no es penoso?

Calicles: Sí lo es.

Sócrates: Y ¿también el tener sed?

Calicles: Sin duda alguna.

Sócrates: Sigo preguntándote, o ¿reconoces que toda necesidad y todo deseo son penosos?

Calicles: Lo reconozco. No me preguntes, pues.

Sócrates: Está bien. Y ¿verdad que afirmas que el beber cuando se tiene sed es grato?

Calicles: Sí.

Sócrates: Y en esa afirmación que tú haces, la expresión "teniendo sed" equivale, creo yo, a "sufriendo". ¿Digo bien?

Calicles: Sí.

Sócrates: Ahora bien: ¿el beber es la satisfacción de una necesidad y un placer?

Calicles: Sí.

Sócrates: Y ¿afirmas también que en cuanto al hecho de beber hay placer?

Calicles: Sin duda alguna.

Sócrates: Teniendo sed, ¿verdad?

Calicles: Sí.

Sócrates: Sufriendo, ¿verdad?

Calicles: Ciertamente.

Sócrates: Pues bien: ¿te acuerdas de lo que resulta de aquí?, ¿adviertes que, según lo convenido, cuando dices: "Beber teniendo sed", dices al propio tiempo "sentir placer con sufrimiento"? ¿Acaso no se dan ambas sensaciones en el mismo lugar y en el mismo tiempo, tanto si las refieres al alma como si las refieres al cuerpo, pues, en mi opinión, no existe diferencia? ¿Es así o no?

Calicles: Así es.

Sócrates: Tú decías, no obstante, que es imposible ser al mismo tiempo feliz y desgraciado.
Calicles: Y sigo diciéndolo.
Sócrates: Y has reconocido que es posible sentir placer y sufrimiento al mismo tiempo.
Calicles: Así parece.
Sócrates: Por tanto, sentir placer no es ser feliz, y sufrir no es ser desgraciado. Y, en consecuencia, el placer es una cosa distinta del bien.
Calicles: No sé qué sofismas estás diciendo.[12]

Naturalmente, el crítico no siempre tiene la fortuna de tener frente a sí a su adversario, pero sí está en condiciones de extraer las consecuencias últimas y las implicaciones de las proposiciones y los argumentos de los autores que está investigando para advertir si no se reducen al absurdo.

También debería estudiar si los argumentos son circulares o caen en un regreso al infinito. Esto sucede cuando se introduce en las premisas una proposición que depende de aquella que se discute. Aunque unas proposiciones se deriven de otras, las primeras deben justificarse por sí mismas; en caso contrario, nunca se hallará el principio y el argumento se volverá circular. Nagel propone el siguiente ejemplo:

[12] Platón, *Gorgias*. Obras Completas. Ed. Aguilar, 1966, p.396.

Sería un argumento circular tratar de probar la infalibilidad del Corán mediante la proposición de que fue compuesto por el profeta de Dios (Mahoma) si para establecer la verdad de que Mahoma era el profeta de Dios, debemos acudir a la autoridad del Corán.[13]

El argumento circular contiene una petición de principio y no permite deducir una conclusión; Ryle lo demuestra como sigue:

La consideración de proposiciones es en sí misma una operación que puede ejecutarse de modo más o menos inteligente o torpe. Pero, si para que cualquier operación pueda ser ejecutada inteligentemente se requiere la ejecución previa e inteligente de otra operación, es lógicamente imposible romper el círculo.[14]

Si el crítico examina este tipo de argumentos, logrará emitir un juicio sobre el autor; los lectores sabrán si es dogmático, en caso de que no ofrezca argumentos para demostrar sus afirmaciones, si únicamente expresa una opinión subjetiva y personal, si sus argumentos son incorrectos o son inconsistentes porque es posible

[13] M. Cohen y F. Nagel. "Las falacias" en *El pensamiento científico. Selec. Hugo Padilla. ANUIES. México, 1974, p.62.*

[14] *Gilbert Ryle, El concepto de lo mental.* Paidós. Buenos Aires, 1967, p.31.

reducirlos al absurdo o caen en un regreso al infinito.

Parece innecesario aclarar que un argumento puede ser lógicamente correcto aunque sus premisas sean falsas y, a la inversa, puede haber argumentos incorrectos sobre premisas verdaderas. La corrección o falsedad lógica sólo depende de la relación que existe entre las premisas y la conclusión, pero la verdad o falsedad de las premisas ya no dependen de la lógica, sino de la ciencia. Sin embargo, cuando se comprueba que las premisas son falsas, aunque la conclusión sea verdadera, también se muestra que la justificación es insuficiente.

e) *Valoración*

La crítica también enjuicia la obra desde el punto de vista del investigador. No tiene que ser necesariamente negativa, pero supone una toma de posición filosófica desde la cual se aceptan o rechazan los textos. Esto ha sucedido a lo largo de la historia de la filosofía. Las discrepancias entre los filósofos han dado lugar a las innovaciones, rectificaciones, reinterpretaciones. El desacuerdo tampoco tiene que ser total,

se aceptan parcialmente algunas ideas y otras se rechazan.

Esto no significa que el investigador se sienta obligado a proponer nuevas soluciones. Es perfectamente legítimo rechazar o calificar de alguna manera al autor, sin necesidad de aportar algo a cambio. En realidad, el hecho de mostrar las fallas o los aciertos de los filósofos, ya es una aportación porque, por una parte, evita continuar en el error y, por la otra, señala cuáles son, a juicio del investigador, las mejores soluciones. Cuando el crítico, además, propone cambios a las proposiciones de los autores investigados, cuando sugiere nuevas ideas u otras formas de discutir los problemas, se convierte a su vez en autor. Así lo han hecho los filósofos de todos los tiempos, y así han surgido Platón, Aristóteles, Kant, Hegel, Marx, Russell...

La valoración crítica supone, por lo tanto, la negación o la aceptación total o parcial de los textos desde un punto de vista propio y desde el cual se enjuicia al autor. En cualquiera de las formas ha de estar libre de prejuicios y ser fundamentalmente objetiva. Esto quiere decir que el crítico no debería distorsionar la información buscando sólo las ideas contrarias a las suyas para demostrar su aserto, porque corre el peligro de enfatizar aquellas que probablemente tenían

poca significación para el autor y de ignorar o dejar en la oscuridad otras que, tal vez, cambiarían la interpretación. Por otro lado, sus objeciones tienen que estar bien fundadas. No basta decir que no se comparten determinadas ideas, es necesario explicar por qué y demostrar que el punto de vista propio es el más adecuado.

f) *Instrumental*

Del mismo modo que las ciencias naturales y sociales, la crítica filosófica ha ido evolucionando, perfeccionándose con los adelantos del conocimiento. Desde siempre, la filosofía ha empleado recursos técnicos con el objeto de lograr una mayor precisión en sus conceptos y discusiones. Basta echar una ojeada a la historia de la filosofía para descubrir la multiplicidad de métodos y recursos que los filósofos emplearon en la elaboración de sus sistemas: la mayéutica socrática, la dialéctica platónica, la lógica aristotélica, el análisis cartesiano, la dialéctica hegeliana y marxista, la fenomenología husserliana, la lógica matemática de Russell, etcétera. Tal abundancia de recursos revela la constante motivación del filósofo para afinar cada vez más

sus conceptos y sus razonamientos. Por eso todo investigador debe conocer los últimos adelantos técnicos en materia de análisis para contar con el instrumental más fino y preciso en su tarea crítica.

La especialización creciente del conocimiento ha invadido también el área de la filosofía; esa actividad, de la que se derivaron todas las disciplinas científicas y humanísticas, ha ocasionado el surgimiento de áreas independientes especializadas, como por ejemplo, la lógica matemática, la semántica. Si bien, esto ha transformado el carácter de la filosofía conduciéndola hacia derroteros distintos a los tradicionales, ha enriquecido notablemente los recursos conceptuales que constituyen el instrumental con que trabaja el filósofo. La especialización creciente de la epistemología, la filosofía lingüística y la filosofía de la ciencia, ha creado la necesidad, en la investigación filosófica, de conocer y manejar conceptos que anteriormente no requería; así, el investigador que ignora los avances de la lógica y la semántica actuales, difícilmente puede pretender alcanzar un nivel académico serio en su trabajo, y deberá conformarse con desarrollar una labor vaga, especulativa y anacrónica.

Por esta razón he querido destacar la necesidad de contar con el instrumental filosófico más moderno y afinado en toda tarea de investigación remitiendo al investigador a los textos y revistas más modernas de lógica, semántica y filosofía de la ciencia como parte esencial de la metodología que he planeado.

A manera de ejemplo podríamos citar la construcción de lenguajes formalizados. Los argumentos que se formulan en el lenguaje natural presentan a menudo graves problemas de interpretación, ya sea por la naturaleza equívoca o emotiva de las palabras que emplean, o por su construcción anfibológica, su estilo metafórico o confuso, su lenguaje persuasivo. Esto dificulta la tarea de examinar la validez o invalidez de los razonamientos. Para evitar tales problemas, se ha creado un lenguaje simbólico lógicamente perfecto, esto es, exento de ambigüedades, al que se pueden traducir los enunciados y razonamientos del lenguaje natural. El lenguaje simbólico funge como criterio de validez en las discusiones filosóficas.

La cuestión de si la aplicación de lenguajes formalizados en investigacion filosófica constituye el método idóneo de trabajo o si dicha aplicación simplifica y deja fuera los aspectos inte-

resantes y esenciales de la filosofía, no va a ser abordada en este libro. La complejidad de la discusión en torno a este problema excede los objetivos de esta presentación. Simplemente he querido enfatizar la importancia del instrumental técnico en la investigación filosófica y la necesidad que tiene todo investigador de manejar y conocer los recursos conceptuales más eficaces y de mayor actualidad.

CAPITULO VII
NOTAS

Las preguntas: ¿qué?, ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿por qué? y ¿para qué?, junto con las observaciones críticas, se responden durante la segunda lectura de los textos y se anotan en tarjetas relacionadas con el proyecto de trabajo. El proyecto condiciona las notas porque señala los temas generales y el lugar que ocupan en la investigación. Si las tarjetas se ajustan al proyecto, se facilita su distribución y se evita el peligro de extraer notas en forma anárquica.

No tomar en cuenta el proyecto conduce, además, a reproducir fragmentariamente el libro entero, o, por el contrario, a omitir datos importantes que de otra manera no pasarían inadvertidos. En fin, perder de vista el proyecto de trabajo es perder de vista el tema, perderse en la investigación y acumular datos innecesarios o desconectados entre sí.

Uno de los graves problemas que debe resolver todo principiante, es el manejo y distribución de las notas que van creciendo durante las lecturas. Si no ha tenido el cuidado de relacionarlas al proyecto de trabajo, no sabrá qué hacer con ellas, dónde colocarlas, cómo empezar, por dónde continuar, y se sentirá incapaz de llevar a cabo su tarea.

Para evitar tan penosos resultados, es preferible leer con el proyecto a la vista y anotar en la

parte superior derecha de la tarjeta, el número y las letras que corresponden a cada uno de los puntos ahí señalados. De este modo se harán notas selectivas que remitirán a una problemática determinada.

Supongamos que el proyecto de trabajo sobre "La influencia del existencialismo francés en el grupo mexicano Hiperión" tuviera como primer tema, según dijimos en páginas anteriores, las siguientes preguntas:

I. *El Hiperión*
- A. Qué es el Hiperión.
- B. Por qué se fundó.
- C. Quiénes lo fundaron.
- D. Bajo qué circunstancias.
- E. Con qué antecedentes filosóficos.
  1. Europeos.
  2. Mexicanos.

Imaginemos ahora que estamos leyendo una obra de Gaos en donde existen referencias a los antecedentes mexicanos. En nuestra tarjeta de trabajo anotamos en el extremo superior derecho: I. E. 2. Posteriormente, dicha referencia nos servirá para catalogar la tarjeta sin necesidad de leer su contenido.

Aunque varias tarjetas respondan a la pregunta I. E. 2., cada una menciona datos especí-

ficos. Una tarjeta puede referirse, por ejemplo, a la influencia de Samuel Ramos, otra, a la de Gaos, etcétera. Además, es muy probable que sea necesario hacer varias tarjetas sobre la influencia de Ramos y otras tantas sobre cada uno de los filósofos mexicanos que influyeron en el Hiperión. Para distinguir unas de otras, es conveniente poner un título a cada tarjeta en el extremo superior izquierdo. El título indica el tema general, por ejemplo: "Psicoanálisis del mexicano." Sin embargo, aún nos faltaría determinar el contenido de la tarjeta con un subtítulo colocado al centro; algunas tarjetas tituladas "Psicoanálisis del mexicano" llevarían como subtítulo "El machismo", otras, "Sentimiento de inferioridad", etcétera.

Para saber que se trata de las ideas de Ramos, se escribe en el extremo inferior izquierdo el nombre del autor, en el centro el título del libro y en el extremo inferior derecho el número de la página de donde se extrajeron los textos. No es indispensable hacer referencia constante a la editorial ni al lugar y la fecha de su publicación, porque estos datos ya quedaron incorporados a la ficha bibliográfica que hicimos con anterioridad. Sin embargo, si se tratara de una obra editada varias veces, y si uno de nuestros objetivos fuera señalar la evolución filosófica

del autor, deberíamos localizar la primera edición y compararla con la última para ver si el autor no la modificó en algo. En este caso, sí sería indispensable señalar en cada una de las tarjetas la fecha de edición.

También es importante ir numerando las tarjetas que se extraen de una misma obra, con números romanos, para que no se confundan con la numeración arábiga de las páginas del libro. La importancia de tener numeradas las tarjetas es doble: por una parte, nos permitirá reconstruir, cuantas veces sea necesario, el orden natural del libro y también nos pondrá en condiciones de buscar el contexto de aquellas que más adelante habremos clasificado en otra parte. Si extraemos de la misma página dos o tres tarjetas, y si por alguna circunstancia las cambiamos de lugar ¿cómo sabremos cuál deber ir primero y cuál después? Aquí el orden de los factores sí altera el producto, pues si no las ordenamos debidamente, podremos malinterpretar al autor al analizar sus ideas fuera de contexto. Numeradas, muestran la relación del antecedente y consecuente sin mayores problemas. Con las especificaciones anteriores, estaremos en condiciones de remitirnos al proyecto en la misma forma en que el proyecto nos remite al tipo de información que buscamos. Poco im-

porta que no la encontremos en el orden señalado; cada vez que iniciemos una tarjeta, consultaremos el proyecto para ver a qué número y letra corresponde y los anotaremos en el extremo superior derecho. Si resultara imposible hallar esa correspondencia, se debería a dos causas: que el proyecto estuviera incompleto o que los datos fueran innecesarios. En el primer caso, se amplía el proyecto añadiendo las letras y los números relacionados con los temas no previstos. En el segundo caso, se elimina la información. Esta es una de las formas de seleccionar los textos que merecen ser transcritos o analizados en las tarjetas de trabajo.

Como ninguna tarjeta debe prescindir de los datos señalados, es conveniente contar con el mayor espacio posible. Si la tarjeta es muy pequeña, el texto queda incompleto o continúa al reverso. Así se dificulta su manejo durante la redacción final. Las tarjetas sólo se anotan por un lado con el objeto de facilitar su lectura, por eso es preferible utilizar terjetas no menores de media página tamaño carta.

Es indispensable que cada tarjeta contenga una sola idea porque de otra manera nunca podríamos catalogarlas. ¿Qué pasaría si en una misma tarjeta anotáramos datos para los puntos I. C. 2. y III. A. 4? ¿Dónde la colocaríamos?

¿Qué pregunta respondería? Cuando me refiero a una idea por tarjeta, quiero decir que la idea puede ser del autor o del investigador y ser extraída de una o de varias páginas o de un pequeño párrafo.

Las únicas tarjetas que, en vez de contener una idea, incluyen la problemática entera de un libro o de un autor, son las tarjetas sinópticas que sirven a varios propósitos: responder, en forma sintética qué dicen los textos, en cuántos capítulos está dividido un libro o cuáles son sus temas principales. Gracias a esa tarjeta obtenemos información global para comparar obras, ideas. La tarjeta sinóptica sobre *El perfil del hombre y la cultura en México* de Ramos, por ejemplo, quedaría incluida en nuestra redacción si el trabajo fuera sobre Samuel Ramos y quisiéramos exponer el contenido del libro antes de proceder a su análisis. Pero si únicamente exploramos su influencia en el Hiperión, no tiene por qué transcribirse; sólo se utiliza para descubrir, a primera vista, las ideas generales que fueron adoptadas por el grupo y las que quedaron fuera. Aunque el índice orienta al respecto, no siempre responde a la problemática del autor, por eso es preferible hacer la sinopsis de la obra, al concluir la lectura general.

También se hacen sinopsis de problemas centrales, por ejemplo, sobre la psicología del mexicano, sólo para establecer, en un pequeño espacio, las ideas y las conclusiones del autor. Pero fuera de estas tarjetas, todas las demás reproducen una idea y nunca se redactan antes de haber leído los párrafos indispensables que nos proporcionan la información. Así se impide la multiplicación innecesaria de las tarjetas.

Existen tres tipos de tarjetas: textuales, glosas y críticas. Las tarjetas textuales, como su nombre lo indica, son transcripciones directas de fragmentos de las obras y deben entrecomillarse para que no se confundan con las glosas. Esas tarjetas son copias exactas de los textos, incluso de sus errores sintácticos u ortográficos. Cuando no se desea copiar el párrafo entero, sino únicamente entresacar alguna frase, se separan unas de otras con puntos suspensivos; los puntos indican que faltan algunas partes del texto. Por ejemplo:

El pelado

Psicología del mexicano I.E.2

"El pelado pertenece a una fauna social de categoría ínfima y representa el desecho humano de la gran ciudad. En la jerarquía económica es menos que un proletario y en la intelectual un primitivo. La vida le ha sido hostil por todos lados, y su actitud ante ella es un negro resentimiento. Es un ser de naturaleza explosiva cuyo trato es peligroso, porque estalla al más leve roce. Sus explosiones son verbales y tiene como lema la afirmación de sí mismo en un lenguaje grosero y agresivo... Tales reacciones son un desquite ilusorio de su situación real en la vida que es la de un cero a la izquierda."

III Samuel Ramos El perfil del hombre... p.73

Las tarjetas textuales se usan para enfatizar o ratificar, con las palabras del autor, las ideas que sobre él se van exponiendo y no para suplir las tarjetas glosas. Sirven como citas en la redacción final y no han de pasar del diez por ciento en el cuerpo de la investigación pues no se trata de reproducir fragmentariamente las obras, sino de analizarlas y exponerlas a nuestra mane-

ra. Sólo se cita cuando el texto cumple un propósito especial, nunca indiscriminadamente.

Las tarjetas glosas son las más comunes y quizá las más difíciles. Siempre se corre el riesgo de malinterpretar al autor. Por eso requieren la mayor precisión. Una de las formas de lograrlo es conservar la terminología y citar algunas frases textuales entrecomilladas cuando sea imposible usar otras palabras; esas frases se mezclan con las nuestras. Pero las tarjetas glosas tienen la virtud de reducir una o varias páginas a su tercera parte y aun más, a un párrafo, si fuera posible; ahí se condensan las ideas y se deja fuera todo lo innecesario. Las glosas, además, son un primer intento de redacción y en muchas ocasiones se reproducen íntegramente en nuestro trabajo final. Para ejemplificar ahora con un filósofo europeo los antecedentes filosóficos del Hiperión, vamos a transcribir una página de *El ser y la nada* de Sartre; en la página 596 de la Edición Losada, 1966, Sartre escribe:

> Hemos establecido que el para-sí es libre. Pero esto no significa que sea su propio fundamento. Si ser libre significara ser fundamento de sí mismo, sería necesario que la libertad decidiera acerca de su ser-libre, es decir, no solamente que fuera elección de un fin, sino que fuera elección de sí misma como libertad. Ello su-

pondría, pues, que la posibilidad de ser libre y la posibilidad de no serlo existieran igualmente antes de la libre elección de una de ellas, es decir, antes de la libre elección de la libertad. Pero, como entonces será necesaria una libertad previa que eligiese ser libre, es decir, en el fondo, que eligiese ser lo que ya es, nos veríamos remitidos al infinito, pues ella tendría necesidad de otra libertad anterior que la eligera y así sucesivamente. De hecho, somos una libertad que elige pero no elegimos ser libres: estamos condenados a la libertad, como antes hemos dicho: arrojados en la libertad, o, como Heidegger dice, "dejados ahí", y, como se ve esta derelicción no tienen otro origen que la existencia misma de la libertad.

¿Cuántas tarjetas exige este párrafo? ¿De qué tipo? Si leemos con cuidado, podremos observar que tienen una idea central: "no elegimos ser libres estamos condenados a la libertad". Esto significa que hay que hacer una tarjeta glosa. Por ejemplo:

La libertad	no elegimos ser libres	1.E.1.

Aunque el "para-sí" es libre, no es su propio fundamento. La libertad no decide acerca de sí misma, ya que sería necesario que la libertad no sólo fuera "elección de un fin", sino que se eligiera como libertad. Esto supondría que tanto la posibilidad de ser libre como la de no serlo, existiera antes de su libre elección. Pero entonces se necesitaría una libertad previa que hubiese elegido ser libre, es decir, que eligiera lo que ya es, y ésta una libertad anterior que la eligiera y así hasta el infinito. De hecho, nosotros "no elegimos ser libres: estamos condenados a la libertad"

II Jean Paul Sartre	El ser y la nada	p.296

Las tarjetas textuales y las glosas pueden ser objeto de comentarios que deben hacerse inmediatamente después de su redacción al pie, al reverso, o en una tarjeta crítica. Esta última conservará la misma numeración y especificaciones de la tarjeta comentada; así, cuando se proceda a la redacción final, se tendrán a la mano las críticas y los comentarios en el sitio adecuado.

Los comentarios no tienen que ser forzosamente críticos; pueden contener algún proble-

ma y servir como llamada de atención para las siguientes lecturas, por ejemplo, precisar alguna fecha, una circunstancia, una palabra. Si el comentario exige una tarjeta crítica porque se haya advertido alguna incongruencia en relación con ideas expuestas en párrafos anteriores, o porque el autor resulte dogmático o confuso, o sus argumentos no resistan el análisis, o simplemente porque no se esté de acuerdo con él, o cualquier otro problema que se ocurra pensar a propósito de una tarjeta textual o una glosa, debe anotarse puntualmente y ser tomado en consideración en las lecturas, ya sea para confirmar sospechas o rectificar críticas apresuradas. De nada sirve dejar constancia de un problema si no se persigue la solución.

Aunque es cierto que no se buscan problemas con el solo fin de encontrarlos, también es verdad que si no se desarrolla el espíritu crítico, jamás se enriquecerá la investigación. Casi podría decirse que la capacidad de investigación no descansa tanto en la facilidad para exponer doctrinas ajenas, como en la posibilidad de explicarlas y evaluarlas. Esto sólo se consigue forzando la lectura, preguntando constantemente, leyendo con la mayor atención y buscando causas, razones, finalidades.

El principiante quizá no estará en condiciones de contestar todas sus preguntas; le faltarán conocimientos filosóficos o no estará suficientemente armado de un equipo crítico; no importa, siempre podrá acudir a su asesor o a algún investigador experimentado para que lo auxilie; lo importante es tratar de ver y entender.

Por ejemplo ¿qué comentarios nos sugiére el texto de Sartre? Antes que nada es preciso saber cómo se relaciona con la temática del Hiperión. Si no se vinculara de alguna manera, ni siquiera deberíamos haber hecho la tarjeta, porque nuestra investigación no es sobre Sartre, sino sobre un grupo de filósofos mexicanos. Ahora bien, si el Hiperión adopta la idea de la libertad de Sartre para aplicarla a los mexicanos, es preciso buscar la lección que nos ofrece: no se elige la libertad; se es libre: "estamos condenados a la libertad". De ahí surgen dos preguntas: una para Sartre y otra para el Hiperión ¿qué quiere decir estar condenado a la libertad? Para Sartre, no hay posibilidad de elección entre ser libre y no serlo porque elegir la libertad supondría a su vez la libertad para elegirla y, ésta a su vez, una libertad previa y así sucesivamente. El argumento utilizado por Sartre es el regreso al infinito.

Sin embargo, sería posible preguntar si es váli-

do ese regreso, ¿qué pretende probar? Si quiere probar que el hombre no elige la libertad, es necesario saber de antemano qué entiende por libertad. En párrafos anteriores al texto citado, Sartre la había definido como "autonomía de la elección" y, para distinguirla del sueño y del deseo, añadía que también suponía un comienzo de realización; "un cautivo no siempre es libre de salir de su prisión, pero sí de tratar de evadirse".

Si traducimos lo anterior, podremos obtener la siguiente proposición: "el hombre tiene capacidad para elegir y para intentar realizar su proyecto de acción". Entonces tendremos el deber de preguntar si esa proposición es analítica o sintética. En el primer caso, se trataría de la explicitación de una de las características definitorias de la palabra "hombre". En el segundo, de la descripción de un hecho empírico concerniente a las características definitorias reales de los hombres. ¿Cuál sería el método que nos permitiera establecer la verdad de una y otra? Es claro que en el caso de que fuera una proposición analítica, tendríamos que utilizar recursos lógicos, como por ejemplo, la ausencia de contradicción; si se tratara de una proposición empírica, habría que observar los hechos y advertir si éstos corresponden a la proposición anterior.

Ahora bien; el argumento del regreso al infinito empleado por Sartre, es un recurso lógico que sirve para probar proposiciones analíticas, pero no proposiciones sintéticas. Esto nos sugiere el siguiente dilema: *a)* si su argumento sirve para probar que el hombre es libre, entonces su proposición es analítica y no sirve para descubrir hechos del mundo real sino para hacer explícita una definición; *b)* pero si la proposición es sintética, o sea, no redundante, el regreso al infinito no prueba su validez porque su fundamentación exigiría métodos de contrastación empírica.

Este razonamiento a su vez, está suponiendo el problema de la fundamentación empírica de las definiciones, es decir, el problema de la relación entre la analiticidad y la experiencia, problema aún debatido en nuestros días. Sin embargo, las observaciones anteriores sobre Sartre, no dejan de ser un ejemplo de análisis crítico que apunta hacia problemas contenidos en la obra del filosófo francés que todo investigador debe intentar explorar o, por lo menos, señalar.

Si nuestra investigación fuera sobre Sartre y no sobre la influencia que él ejerció sobre el Hiperión, deberíamos haber dejado constancia de esas dudas, que tal vez rectificaríamos durante la lectura de párrafos posteriores. Pero a noso-

tros sólo nos interesa saber cómo fueron recibidas sus ideas en México y qué se hizo con ellas. Claro que para nuestros propósitos, es indispensable conocer el concepto de libertad de Sartre porque fue uno de los que manejó el Hiperión y, para saber si lo interpreta bien o mal, debemos recurrir al propio Sartre. Sólo que nuestra investigación no debe partir con Sartre porque esto implicaría hacer dos investigaciones: una sobre el Hiperión y una sobre Sartre. Antes, habría que precisar qué conceptos sartreanos utilizó el Hiperión, para localizarlos en Sartre y extraer las influencias. Se diría que no podríamos reconocer los conceptos sartreanos en los trabajos del Hiperión, sin un conocimiento previo de Sartre. Esto es cierto; pero una cosa es tener un conocimiento general de su obra, sin el cual ni siquiera podríamos haber iniciado nuestra investigación, y, otra, hacer el análisis de cada uno de sus textos. Nuestro conocimiento general de la obra de Sartre, nos permitirá reconocer sus ideas; pero sólo serán objeto de análisis las que influyeron en el grupo.

Pero ¿cómo influyeron? Para contestar esa pregunta deberíamos analizar uno por uno los textos de los miembros del Hiperión. Por ejemplo, en la *Filosofía americana como filosofía sin*

más Zea escribe que utilizó el existencialismo como "un instrumental, un método de conocimiento al servicio de una realidad concreta determinada".[1] La pregunta que salta a la vista es la siguiente: ¿es posible utilizar una filosofía como instrumental al servicio de una realidad concreta? Aunque Sartre no pensaba en el mexicano cuando hablaba de la libertad, ni se refería a éste cuando hacía la distinción entre el ser para sí y el ser para otro, Zea, fundador del Hiperión escribió que "el latinoamericano, como el no occidental en general, debe librarse de la enajenación en que ha caído por la acción de otros hombres. Desenajenarse es descolonizarse, dejar de ser instrumento, medio de otros fines".[2] ¿De qué manera se relacionan las ideas de Sartre expuestas para el hombre en general con el latinoamericano? Este es uno de los problemas que no debería faltar en la tarjeta crítica.

Por otro lado, es conveniente catalogar las tarjetas conforme se van haciendo. Si no se acumulan anárquicamente y se separan desde un principio de acuerdo con el proyecto de trabajo, se estará en condiciones de volver a ellas, cuan-

[1] Leopoldo Zea, *La filosofía americana como filosofía sin más*. Siglo XXI. México, 1969, p.95.
[2] *Idem.*, p.143.

tas veces sea necesario, para no repetir datos o saber cuáles faltan por investigar. Pero no hay que confundir las fichas que se extraen de la bibliografía directa con las de la indirecta. Estas últimas nos servirán de punto de comparación entre lo que otros dicen sobre nuestro tema y lo que nosotros hemos hallado por nuestra cuenta. Así podremos valorar los datos, mostrar nuestro acuerdo o desacuerdo y destacar nuestra aportación.

CAPITULO VIII
REDACCION

a) *Autocrítica*

Así como las lecturas y las notas deben corresponder al proyecto de trabajo, la redacción ha de someterse al material recogido en las tarjetas. Esto significa que ya no se consultarán los libros, sino las notas; ahí se hallarán las ideas que entrarán a formar parte del proyecto de redacción

Entonces se inicia un nuevo proceso de trabajo: la autocrítica. Desde este momento nuestra propia obra se convierte en objeto de estudio: ¿hemos cumplido nuestros propósitos? ¿hemos asimilado suficientemente la información? ¿se han comprobado nuestras hipótesis? ¿hemos tenido que rectificarlas, modificarlas o excluirlas? ¿cuántos problemas han quedado resueltos? ¿cómo vamos a interpretar lo estudiado? ¿qué tesis vamos a defender o refutar? Todo esto significa que deberemos reconsiderar los diferentes niveles de nuestra investigación.

En el primer nivel habrá que examinar los informes obtenidos y su correcta asimilación y distribución; de esto depende, en parte, el éxito de nuestro trabajo. La distribución corre pareja con la asimilación de las ideas relacionadas con nuestra problemática fundamental. La asimila-

ción, a su vez, depende de la interpretación de las lecturas y la validez de nuestras observaciones y análisis críticos, es decir, de las técnicas que hemos empleado en nuestro estudio. Pero las técnicas apenas sirven como herramientas de trabajo, nos señalan cómo obtener, analizar y distribuir informaciones que serían inútiles si no supiéramos cómo aprovecharlas. Por eso, junto a las técnicas, hay que contemplar la retroalimentación.

La retroalimentación acompaña todos los pasos del trabajo y constituye el núcleo de la investigación filosófica. El filósofo se va haciendo en la medida en que se capacita para el intercambio y revaloración de las ideas propias y ajenas. El intercambio nos permite evolucionar. Si una investigación no nos ha dejado alguna huella, significará que no hemos funcionado como filósofos, sino como meros repetidores de lo que otros han dicho a propósito de la filosofía, y, lo que es peor, revelará que ni siquiera hemos hecho una verdadera investigación filosófica. Las ideas no se manejan como si fueran objetos inertes; exigen un esfuerzo de reflexión y de imaginación, un examen cuidadoso y una constante asimilación que jamás se obtiene en forma mecanica y pasiva.

La asimilación no consiste precisamente en añadir una idea a la otra que ya se considera definitiva, sino en su concatenación lógica y armónica en relación con nuestros propios intereses y los libros que vamos analizando. Cada libro contiene un mensaje que frecuentemente aparace desde el principio, pero en ocasiones se obtiene hasta el final. Lo importante es descifrar ese mensaje entre el cúmulo de razonamientos y circunvalaciones que presenta el autor. De hecho, aquellos razonamientos sirven para fundamentar el mensaje y nuestra primera preocupación será descifrarlo antes de analizar sus fundamentasiones.

Descifrar un mensaje no sólo significa entender la terminología de los autores, sino hallar la secuencia de sus ideas de principio a fin. Esta secuencia, insisto, nunca es lineal ni automáticamente progresiva. Muchas veces hallamos una idea que se interrumpe para dar paso a una serie de digresiones que finalmente la retoman. En un principio las digresiones podrían confundirnos, pero, si no perdemos de vista la idea inicial, podremos reconcer sus bifurcaciones y reacomodarla en el orden que habíamos trazado. Una lectura mecánica jamás nos permitirá advertir los giros de un pensamiento. Cada vez que aparece una nueva proposición, se debe ligar al

conjunto previamente seleccionado. Esa nueva relación es capaz de remover las anteriores, alterar el orden que habíamos prefigurado, y sólo después de haber concluido las lecturas, las ideas hallarán su cauce definitivo.

La asimilación supone el manejo adecuado de los textos. Cada texto puede ser analizado desde varias perspectivas y cada perspectiva sirve a un propósito diferente. Si estudiamos todos los ángulos estaremos en condiciones de incertarlos en la forma más apropiada. Por ejemplo, un mismo párrafo puede revelarnos un giro en las ideas del autor en caso de que estemos preocupados por su evolución filosófica; pero también es capaz de aclarar las que previamente aparecieron confusas; incluso podría modificar nuestra interpretación y acabar con presuposiciones mal fundadas, o sugerir otras formas de interpretación que serían confirmadas en párrafos posteriores. Y más aún, ese párrafo puede ofrecer la clave de las ideas del autor o descubrir sus aciertos o errores. Ahí interviene la pericia del investigador, su capacidad de ubicar cada texto en el nivel que le corresponde. Si el mismo texto ha dado lugar a diferentes observaciones, cada una ha de quedar vinculada al proyecto de trabajo.

Sin embargo, es necesario advertir que el pro-

yecto no garantiza los resultados; aunque sirva de pauta para dirigir nuestros pasos en torno a la problemática que hemos elegido, la solución no depende del proyecto sino de los informes obtenidos y su confrontación con el planteamiento inicial.

La confrontación entre las ideas del autor y nuestras observaciones personales, sirve para retroalimentarnos. Suele suceder que los informes nos obliguen a reconsiderar nuestras hipótesis y aun a modificarlas. En la investigación filosófica nada es inconmovible y, si no estamos dispuestos a recibir sugerencias, nuestra propia rigidez nos impedirá evolucionar. De ahí la importancia de la retroalimentación, de la aceptación o el rechazo del mensaje recibido y la introducción de consideraciones propias sobre lo que se está investigando.

Generalmente, las modificaciones se van realizando sobre las hipótesis y no sobre el proyecto de trabajo, a menos que las nuevas hipótesis nos dirijan hacia otro tipo de investigación; pero no se trata de abandonar proyectos a medio camino, sino incluir lecturas que no habíamos previsto para confirmar sospechas que tal vez se conviertan en verdaderos hallazgos.

Si comenzamos nuestro trabajo con la hipótesis de que el existencialismo francés influyó con-

siderablemente en el Hiperión, y después de leer a los filósofos mexicanos advertimos que su influencia fue mínima y, en su lugar hallamos las huellas de Heidegger, tendríamos que rectificar nuestra hipótesis, pero el proyecto se habría cumplido: nos propusimos saber cuál fue la influencia del existencialismo francés en un grupo de pensadores mexicanos y descubrimos que fue mínima. Tal descubrimiento ya es un hallazgo, y otro, haber encontrado ahí las huellas de Heidegger. Esto no nos obliga a estudiar cómo influyó Heidegger en el Hiperión, porque nuestro proyecto iba dirigido al existencialismo francés y no al alemán, tema que podría ser objeto de investigaciones futuras. Pero, si nuestras hipótesis sobre los antecedentes mexicanos del Hiperión no hubieran tomado en cuenta la presencia en México de José Gaos, presencia que que se fue enfatizando durante las lecturas, deberíamos incluir las ideas de Gaos como antecedentes del Hiperión porque esos antecedentes sí formaban parte de nuestro proyecto.

El proyecto sólo se modifica cuando cambian los objetivos de la investigación, ya sea porque en el curso del trabajo hallamos elementos que nos conducen a otros propósitos, o porque los informes transforman nuestras convicciones filosóficas. En el primer caso, siempre es posible

rectificar el proyecto y reacomodar las tarjetas de acuerdo con los nuevos planes para relacionar los datos obtenidos con los que aún faltan por investigar. En el segundo, nos habremos enriquecido lo suficiente para encauzar nuestras ideas de manera más lúcida.

Pero esto no podría lograrse sin el análisis crítico. Aunque el mensaje resulte sugerente, nunca sabremos hasta qué punto es capaz de conmover nuestras ideas si no examinamos sus fundamentos, si dejamos escapar las fallas de la argumentación, si no estudiamos sus implicaciones. Por ejemplo, en caso de que hubiéramos elegido a Husserl para estudiar su concepto de la filosofía como ciencia rigurosa, convencidos de que la verdad es historica, pero sus constantes referencias en contra del historicismo nos obligaran a reconsiderar nuestras ideas al respecto, pudiera suceder que Husserl nos convenciera y transformara nuestras perspectivas filosóficas. Entonces el propio Husserl debería quedar sometido a la crítica. Habría que ver hasta dónde nos conducen sus razonamientos. Quizá acierta en lo que niega, pero no en lo que afirma. Si trataramos de conocer lo que se ha dicho sobre Husserl, y cómo fue criticado, deberíamos iniciar otra investigación, y si después nos propusiéramos contrarrestar algunas críticas, podríamos

hacer una crítica a la crítica, trabajo propio de especialistas y no de principiantes, que nunca se lograría sin un previo adiestramiento. Este se inicia con nuestra primera investigación que deberá alcanzar, por lo menos, el nivel de la perplejidad.

Tales perplejidades también tendrán que ser reconsideradas en nuestra autocrítica: ¿son ingenuas? ¿han servido de hipótesis de trabajo o surgieron justamente como resultado de nuestras lecturas? ¿no se deben a malas interpretaciones o falta de información? ¿cómo se desprenden de nuestro trabajo? No lo sabremos hasta que no hayamos clasificado las tarjetas textuales, las glosas y nuestras observaciones a las lecturas en el orden establecido en el proyecto, y comparado lo que nos propusimos investigar con las informaciones recibidas. Así obtendremos elementos para el proyecto de redacción que deberá formularse tomando en cuenta el proyecto de trabajo, los informes y la autocrítica.

b) *Proyecto de redacción*

Si continuamos con el ejemplo anterior podremos observar que en el proyecto de trabajo

habíamos anotado como problemas del primer capítulo: A. Qué es el Hiperión, B. Por qué se fundó, C. Quiénes lo fundaron, D. Bajo qué circunstancias históricas, E. Cuáles fueron sus antecedentes filosóficos: 1.Europeos, 2.Mexicanos, y F.Actividades del grupo. Esas preguntas se responden en la redacción final. Las tarjetas correspondientes al inciso A explicarán el significado de la palabra Hiperión y harán ver por qué se autonombró así el grupo y qué lugar ocupó en el panorama filosófico mexicano. Inmediatamente después se desarrollará el inciso B que se ocupará de mostrar las causas de su fundación; si se encontraran como causas el deseo de crear una filosofía original, la búsqueda de una temática apropiada, los propósitos de autoconocimiento, etcétera, sería necesario pensar cuál se expondrá primero y cuáles después. Este es precisamente el objetivo del proyecto de redacción.

Si se han catalogado las tarjetas por temas en el orden sugerido por el proyecto de trabajo, se tendrá el material necesario para el proyecto de redacción. Con ese fin, se separa el grupo de tarjetas que pertenecen al primer tema y de ahí las que corresponden al inciso A. En esa forma se iniciará el proyecto con un pequeño grupo de tarjetas.

Sin embargo, antes de proceder a su lectura, es conveniente poner atención en el título y después en el subtítulo para quedar en condiciones de buscar, para cada una, el lugar adecuado. No siempre es fácil encontrarlo, aunque los títulos sean los indicadores, la lectura de las tarjetas dará la clave final. Como las tarjetas sólo estarán escritas por un lado, será posible extenderlas sobre el escritorio para leerlas, cuantas veces sea necesario, hasta hallar la relación de antecedente y consecuente. Una forma de facilitar la búsqueda es tomar en cuenta la numeración de las tarjetas, y otra, procurar un orden progresivo de general a particular o de particular a general, según nuestros propósitos. Así colocadas, será posible observar cómo una tarjeta remite a otra, o explica la anterior, y obtener la lectura de un pensamiento claro, coherente y uniforme. Ese es el pensamiento que se debe anotar en el proyecto de redacción.

Si alguna tarjeta no se adecuara al problema que se va analizando, significaría que le corresponde otro lugar. Nunca se deberá forzar el tema sino desarrollarlo hasta que adopte un nuevo giro. Cuando esto sucede, quiere decir que ha llegado el momento de iniciar otro apartado. A veces se hallan tarjetas difíciles de clasificar porque pueden formar parte de dos temas. En

este caso es preferible dejarlas para el final. Después de haber clasificado lo evidente, se advierte con mayor facilidad en dónde funcionan mejor y cuál es su lugar exacto. En caso contrario, aún queda el recurso de separarlas y dejarlas como notas a pie de página siempre y cuando aporten algo a la investigación; si no es así, vale más descartarlas. El mismo procedimiento se repite con todos los grupos de tarjetas que se han obtenido y catalogado durante la investigación. Cada tema dará lugar a un capítulo y cada subtema a un inciso.

El proyecto de redacción se facilita si se tiene a la mano el proyecto de trabajo y se anotan en otra hoja las ideas principales y colaterales. Así será posible conocer, de antemano, el orden final y cambiarlo, si resultara insatisfactorio, hasta obtener el plan adecuado. Esto no impide, desde luego, que surjan problemas sólo visibles durante la redacción. No es posible prever, matemáticamente, cada uno de los pasos, pero sí es indispensable conocer, al menos, los puntos cardinales.

El proyecto de redacción comienza generalmente con un prólogo en el que se explican los motivos que condujeron al tema, y el enfoque y la forma en que se desarrolló. Como esto resulta evidente cuando se ha concluido el traba-

jo, se redacta al final. En seguida se exponen los problemas, uno por uno, procurando que el primero sea el antecedente del segundo y éste del tercero, hasta llegar a la conclusión que comprende un breve resumen de lo hecho y la valoración del trabajo propio y ajeno, es decir, de los textos analizados, las observaciones que se obtuvieron y los frutos de la investigación.

El proyecto de redacción no tiene que seguir, al pie de la letra, las subdivisiones del proyecto de trabajo. Las que aparecen en el proyecto de trabajo, sólo fueron formuladas como objetivos generales de investigación, es decir, para indicar qué tipo de información se requiere, pero no para quedar incluidas, con los mismos títulos, en el trabajo final.

El proyecto de redacción se basa en las informaciones obtenidas y puede cambiar los títulos y aglutinar, en un mismo apartado, los subtemas. Por ejemplo, no es necesario dedicar un apartado a cada una de las preguntas del tema I de la investigación, tantas veces citada, sobre la influencia del existencialismo francés en el grupo mexicano Hiperión. Puede suceder que para la letra A, sólo hayamos obtenido dos tarjetas, y para las letras B y C, otras tantas; entonces se reúnen y exponen bajo un mismo título, por ejemplo, "Fundación del grupo". El segundo

apartado podría titularse "Antecedentes filosóficos" y ahí se expondrían, por un lado, las ideas de los filósofos mexicanos anteriores al Hiperión que en una forma u otra se ocuparon de la misma temática; así aparecería la aportación del grupo. Por otro lado, sería necesario señalar cuáles fueron las corrientes filosóficas europeas que se introdujeron en México y que fueron asimiladas por los filósofos del Hiperión.

En ninguno de los casos se necesita desarrollar íntegramente la filosfía de los pensadores mexicanos o europeos que influyeron en el grupo, basta destacar aquellas ideas que verdaderamente sirvan como antecedentes aunque, por supuesto, deberán quedar expuestas dentro del contexto filosófico en que se dieron. En esta forma, el proyecto de redacción convierte los apartados A, B, C, D, y F del proyecto de trabajo, en un subtema que se titulará "Fundación del grupo", y el apartado E en otro titulado "Antecedentes filosóficos" que estará subdividido en dos: a.Mexicanos y, b.Europeos. Las dos secciones formarán parte del primer capítulo que podría titularse "El Hiperión". El mismo procedimiento sirve para los capítulos restantes.

De hecho, cada capítulo constituye una respuesta al tipo de preguntas formuladas en el proyecto de trabajo y debe incluir todos los análisis

que fuimos haciendo por el camino. Por eso el proyecto de redacción no puede ser la reproducción fiel del proyecto de trabajo. El proyecto de trabajo sólo nos señala dónde insertar las informaciones aún cuando las hubiéramos obtenido dispersas y en forma intermitente, pero el proyecto de redacción nos indica cómo insertarlas según las observaciones, sobre nuestro material.

Sin embargo, no todas son igualmente pertinentes. Si bien es verdad que las tarjetas de trabajo deben seleccionar ideas relacionadas con nuestras finalidades, aquellas, a su vez, requieren una selección que va en razón directa con su relevancia para la mejor comprensión del tema. Las dudas que aparecieron en un principio y se resolvieron durante las lecturas, los reacomodos de nuestras malinterpretaciones, los análisis fallidos, la repetición de ideas, los datos intrascendentes y todo aquello que ha servido de efímeras herramientas de trabajo, debe quedar excluído del proyecto de redacción. Unicamente cuando nuestras hipótesis hubieran cambiado deberíamos decir cómo y por qué. Si en vez de hallar lo que buscamos encontramos algo diferente, será necesario dejar constancia de cada uno de sus movimientos en los capítulos correspondientes. Ese cambio puede conducir a

conclusiones no previstas y constituir, tal vez, nuestra aportación.

Las conclusiones surgen de la confrontación entre el proyecto de redacción y el proyecto de trabajo y se hacen a la luz de nuestros propósitos y resultados finales. Aunque los primeros contemplen el tipo de conclusiones requeridas, su contenido nunca es totalmente previsible; de otro modo, significaría que no hemos enriquecido la investigación sino al contrario, la hemos forzado a concluir ideas probablemente inapropiadas; no hemos escuchado las sugerencias que tal vez matizarían nuestras hipótesis.

Las conclusiones representan el análisis de lo investigado y deben desprenderse rigurosamente de nuestro trabajo. En este sentido, abarcarán dos niveles: 1° la exposición resumida de las proposiciones vertidas en los capítulos precedentes de acuerdo con el enfoque, el acento y la hipótesis de la investigación y 2o. la tesis que sostenemos al respecto.

Si no hemos hallado suficientes datos o no hemos resuelto algunos problemas, será necesario señalar por qué fuimos incapaces de hacerlo. A falta de información, es posible hacer conjeturas, pero deben aparecer como tales en las conclusiones y no como hallazgos que se desprenden de lo estudiado. Sin embargo, las conje-

turas también han de quedar suficientemente fundadas. Volviendo al ejemplo de la influencia del existencialismo francés en el grupo mexicano el Hiperión las conclusiones de primer nivel harán referencia a los resultados obtenidos en cada capítulo: cómo y cuándo llegó esa influencia a México, cómo y qué absorvió el Hiperión, quiénes lo adaptaron, con qué propósitos, cómo lo usaron, qué temas desarrollaron, qué los une y separa entre sí y con los existencialistas franceses. En el segundo nivel podríamos observar si los existencialistas franceses fueron suficientemente conocidos en México, si no fueron malinterpretados por los integrantes del Hiperión, si éstos adoptaron una o varias ideas, si fueron válidos sus razonamientos, si consiguieron sus propósitos y cuáles fueron sus repercusiones en la filosofía mexicana.

De la correcta lectura de tales observaciones, se desprenderá nuestra tesis que podría ser, por ejemplo: los existencialistas franceses influyeron poco en el Hiperión, o el Hiperión desvirtuó los propósitos del existencialismo francés, o el existencialismo francés fué decisivo para la construcción de una filosofía de lo mexicano, etc. En cualquiera de los casos, la tesis también aparecerá en el prólogo.

El prólogo es el pórtico de nuestro trabajo y

debe preparar adecuadamente al lector, decirle de antemano cuáles fueron nuestras finalidades, cómo quedaron desarrollados los problemas, las hipótesis, las conclusiones y la relevancia de la investigación. Por eso se redacta hasta el final. Sólo después de haber recorrido el camino, sabremos por dónde anduvimos y cómo desembocamos hasta aquí.

c) *Composición*

Aprender a investigar es, èvidentemente, aprender a pensar y a escribir. Desde el momento en que el investigador inicia la redacción de su trabajo, se convierte, hasta cierto punto, en escritor, escribe una obra y, por muy pequeña que sea, debe exponerla con lucidez en forma apropiada y sugerente.

Redactar una investigación no significa verter el contenido de las tarjetas en las páginas que se van escribiendo, sino llevar a cabo un trabajo de composición y tener el suficiente conocimiento del lenguaje para evitar titubeos innecesarios.

La composición supone dos objetivos fundamentales: unidad y coherencia. Una obra que carece de unidad resulta inútil; no permite asi-

milar la información. Para lograr la unidad, sólo hay un camino: la sujeción al tema. Si el tema comprende cuatro o cinco problemas fundamentales, éstos han de quedar enlazados de tal manera, que uno lleve forzosamente al otro. Aunque cada problema se divida y exija un desarrollo propio, siempre será en función de la temática principal y no en relación con otros problemas. Las constantes digresiones, no sólo acaban con la unidad, sino impiden la buena marcha de la lectura. Esto no quiere decir que cuando haya problemas que se conectan con otros que se apartan del tema, tengan que ser descartados indiscriminadamente; si se trata de una digresión importante, es preferible dejarla como nota a pie de página para no entorpecer la lectura y dejar constancia de un hecho que podría iluminar al lector.

Una obra tiene unidad cuando las ideas están íntimamente enlazadas, cuando las conclusiones se derivan de cada uno de los capítulos precedentes, cuando no se han dejado cabos sueltos durante la exposición.

A la unidad sigue la coherencia; los problemas no sólo deberán relacionarse sino explicarse en forma lógica y rigurosa. Si se plantea una pregunta, hay que dar la respuesta sin subterfugios o señalar que se trata de un problema inso-

luble. Si se aborda un tema, se desarrollan cada uno de sus puntos hasta llegar a una conclusión satisfactoria. La conclución nunca deberá ser a *priori,* sino surgir como consecuencia lógica de las premisas. Ya se ve cómo la unidad y la coherencia son los factores más importantes de la composición.

Sin embargo, hay otros factores, como por ejemplo, el equilibrio. Este depende de la extensión. Ya se trate de un ensayo o una tesis profesional, es importante vigilar la proporción. Aunque inevitablemente unos capítulos o apartados resultan más extensos que otros, es posible evitar la desproporción mediante el tratamiento y la intensidad. Un capítulo demasiado extenso, podría quedar dividido en dos y, alguno muy pequeño, incluido en otro. Los capítulos demasiado largos fatigan, sobre todo, si no están convenientemente subdivididos.

El equilibrio también aparece en la tónica de la investigación. Ningún trabajo es tan impersonal que no delate el temperamento o el criterio del autor. En cualquiera de los casos, las exposición ha de ser uniforme. Esto no impide la variedad ni conduce a la monotonía; en cambio, revela la consistencia y la seriedad del investigador.

El tratamiento depende, de muchas maneras, del curso que fue tomando la investigación, de

las fallas y los hallazgos que se fueron encontrando por el camino. *No hay que olvidar que una investigación no es una reseña ni una reconstrucción diferente de los textos, sino una obra nueva,* una composición de la problemática que se ha investigado, una forma propia de abordarla, analizarla y resolverla. Por ejemplo, si se advierte que un autor es dogmático, no basta decirlo en las conclusiones, hay que demostrarlo durante la exposición de sus ideas. Si se descubre confuso o brillante, si está plagiando a otros, si sus argumentos son poco convincentes, si recibió determinadas influencias, si evolucionó hacia otras escuelas, habrá que mostrarlo en el lugar exacto comparando ideas, frases, citando textos. Es decir, el mismo rigor que se exige a los autores, se aplica al investigador; sus observaciones han de quedar perfectamente fundadas, sus contraargumentos no deben ser dogmáticos o falaces; nunca procederá a hacer una crítica antes de exponer adecuadamente las ideas del autor, ni las sacará de contexto a riesgo de distorsionarlas o malinterpretarlas; en caso contrario, el investigador se expone a las mismas críticas que supuestamente enarbola.

La composición también incluye interpretaciones de otros investigores, ya sea para refu-

tarlas o rectificarlas o para adherirse a ellas. En cualquiera de los casos, no se puede pasar por alto lo que otros han dicho sobre el tema, pero es preciso documentar adecuadamente los juicios y las observaciones sobre ideas, fechas o circunstancias importantes.

Esto descubre otra de las cualidades del investigador: la honestidad, es decir, el manejo fiel de las ideas y el rigor con que las trabaja y expresa. Cualidades menores, pero no menos importantes, son la modestia y la sencillez. El investigador, consciente de su trabajo, es humilde, está dispuesto a rechazar sus hipótesis ante evidencias contrarias, no se siente infalible, es capaz de rehacer su investigación, volver a las fuentes y a la interpretación crítica.

d) *Exposición*

Es bien sabido que los principiantes encuentran dificultades para redactar; por una parte, desconocen la composición y, por la otra, el uso apropiado del lenguaje. Muchas investigaciones se pierden o quedan en el olvido sólo porque los alumnos se han sentido incapaces de exponerlas y se han desalentado frente al papel en blanco

después de luchar infructuosamente con las palabras.

El desaliento desaparecería si los principiantes se familiarizaran con trabajos expertos; allí encontrarían suficiente material para estudiar cómo se plantean los problemas, cómo se analizan los textos y cómo se enlazan y critican. No importa que no se relacionen con el tema que se está investigando; también se aprende a construir con el ejemplo. Antes de inventar nuevas técnicas, es saludable observar a los demás.

El investigador es un escritor en la medida en que redacta sus ideas, pero no tiene por qué ser un artista. La literatura y la filosofía no siempre se han dado la mano. El lenguaje metafórico, en vez de beneficar la lectura de una obra filosófica, la oscurece, por eso es mejor que el filósofo utilice un lenguaje neutro y se conforme con escribir sus obras de acuerdo con las reglas de la sintaxis gramatical. Mientras adquiere un estilo propio, el investigador debería evitar la construcción de párrafos demasiado extensos, las repeticiones y el lenguaje ampuloso; en cambio procurará emplear pocos adjetivos y construir frases cortas, para facilitar la comprensión.

También tiene que tener presentes otras reglas, por ejemplo, no imitar servilmente el estilo del autor porque no se podría distinguir dónde

termina la glosa y dónde comienza el trabajo propio. Cuando se necesite reforzar la investigación con las palabras de los propios autores, será preferible transcribirlas entrecomilladas.

Tampoco hay que olvidar al destinatario. No es lo mismo redactar un trabajo para especialistas que una obra de divulgación para los no iniciados. En el primer caso, no es necesario explicar la terminología, a menos que se trate de términos nuevos; en el segundo caso, las explicaciones son indispensables.

Es importante tomar en cuenta la extensión. Aunque sea posible decir lo mismo con mayor o menor número de palabras, nunca se deberá encoger el trabajo artificialmente, ni alargarlo con disquisiciones innecesarias que sólo sirven de relleno y quitan fuerza a los argumentos, ni plagarlo de elementos ajenos a las ideas que se analizan. Es mejor ceñirse a los puntos señalados en el proyecto de redacción sin dejar *nada en el tintero*. El lector no tiene por qué adivinar ni hacer suposiciones. Con frecuencia los principiantes dan por supuesto que algunos datos, relaciones o argumentos que ellos tienen perfectamente claros, también lo son para el lector; no advierten que éste no ha participado en el trabajo y sólo es capaz de conocer lo que tiene a la vista. Durante la redacción, el investigador

debe preguntarse si el lector entenderá cabalmente la obra o si requiere mayor explicación; si no ha dejado algún cabo suelto, si no se le ha escapado alguna idea.

Naturalmente, no advertirá esas fallas sino después de haber concluido la redacción. Las primeras páginas casi nunca son irrefutables. Aun los investigadores más expertos tropiezan. Pretender desde el primer momento una página impecable, es frustráneo. Sólo cuando se ha terminado de redactar la obra se sabe cuál será su forma difinitiva. Entonces se hacen los ajustes pertinentes, se corrige la sintaxis, se descubren los puntos confusos o poco desarrollados, se advierte cuáles necesitan evidencias adicionales y cómo quedaron resueltos los problemas; incluso se cambian de lugar los capítulos; algunas ideas, destinadas a formar parte de un inciso, pueden haber ganado importancia durante la investigación y exiger un capítulo especial o un apartado más amplio; en fin, después de ese primer intento, se revela la unidad, la coherencia y el equilibrio de la investigación.

Lo importante es iniciar la tarea sin prisas. No pretender escribir en un día lo que tal vez exija semanas de trabajo, y hacerlo sistemáticamente, con el proyecto de redacción a un lado y las tarjetas y los diccionarios en el otro. Si se

escriben dos páginas por hora se logra un buen ritmo; esto quiere decir que si no se cuenta por lo menos con tres horas diarias para la redacción, el trabajo se estanca y, si se interrumpe con demasiada frecuencia desmerece, se pierden ideas, ilación y fluidez.

Antes de proceder a las correcciones es preciso leer totalmente lo escrito y señalar, en lugar adecuado, lo que se piensa añadir, cambiar o suprimir. Entonces se inicia la redacción final sin descuidar las notas que deberán ir a pie de página y sin dejar de checar la documentación.

CAPITULO IX
PRESENTACION

La presentación del trabajo comprende una hoja titular con el nombre del investigador y el tema tratado, un prólogo o introducción, los capítulos convenientemente numerados, titulados y subdivididos en incisos, las conclusiones, la bibliografía consultada y el índice.

a) *Distribución*

Con el objeto de facilitar la lectura, se presenta escrito a máquina con margen del lado izquierdo, a doble espacio y veintiocho líneas por cuartilla tamaño carta. Todas las hojas van foliadas desde la primera hasta última página. Los capítulos, subcapítulos y otras divisiones, deben seguir un orden jerárquico. El que presenta la Dirección General de Publicaciones de la UNAM* es el siguiente:

> Las líneas de las divisiones más genéricas en altas (mayúsculas) y en una sola cuartilla. Los textos de las divisiones subsiguientes (capítulos y títulos) en altas y al comienzo de la cuartilla con las tres primeras líneas en blanco. Ejemplo:

*Jesús Arellano, *Cómo presentar originales y corregir pruebas para su edición*. UNAM. México, 1976.

CAPITULO PRIMERO

EL HIPERION

Los subtítulos subrayados en altas y bajas (mayúsculas y minúsculas) en línea aparte. Ejemplo:

Antecedentes filosóficos

Los incisos subrayados y numerados, dentro del cuerpo general de la cuartilla. Ejemplo:

1. *Antecedentes mexicanos.* Los filósofos, etcétera.

Los subincisos divididos con letra baja seguida de un paréntesis, subrayados y seguidos uno de otro o abriendo párrafo cada uno. Ejemplo:

a) *Samuel Ramos.* Para Ramos la filosofía, etcétera.

b) *Transcripciones*

Cuando las transcripciones vayan entrecomilladas y dentro lleven otra, también entre co-

millas, esta última usará sólo una comilla. Ejemplo:

> "Cuando el artista crea una obra de arte, si verdaderamente lo es 'no se equivoca nunca'. En el arte no hay términos medios."

Si las transcripciones pasan de cinco líneas se separan del cuerpo general del texto y, después de cerrar éste con dos puntos, se comenzará en la línea siguiente, sin comillas y a tres golpes del margen. Ejemplo:

Samuel Ramos habla sobre el mexicano en los siguientes términos:

> Es rasgo característico de la psicología del mexicano inventar destinos artificiales para cada una de las formas de la vida nacional. Es cierto que nuestro europeísmo ha tenido mucho de artificial, pero no es menos falso el plan de crear un europeísmo puro.

Terminada la transcripción, el texto se regresa al margen general de la cuartilla.

Los puntos suspensivos se usan cuando las transcripciones se hacen incompletas (a veces al

iniciarlas, otras al terminarlas) o cuando se deja en suspenso el sentido de la frase. Sólo deben usarse tres. Cuando sirven de puntos conductores para sustituir una o varias líneas se ponen cinco entre texto y texto.

c) *Notas a pie de página*

Las notas a pie de página son indispensables para la buena presentación del trabajo y sirven a varios propósitos: proporcionar la ficha bibliográfica de los libros citados, aclarar ideas, ampliarlas, comentarlas. Esas notas se indican con números voladitos, letras o asteriscos que deben ir al final de un párrafo, una frase o una palabra. Ejemplo:

> Recomienda el Estado "manipular a través del mercado".[1] El Estado debe decidirse a participar en mensaje del desarrollo económico;*... El Estado debe decidirse: "De no hacerlo así se expone a que se cometan fraudes."[a]
>
> El texto de las notas, correspondientes a la llamada en voladito, deberá empezar también en voladito. Luego el nombre del autor, separado con una coma del título de la obra; después un punto, y todos los datos que requiera una ficha bibliográfica. El título se subrayará y comenzará con mayúsculas sólo la primera letra (a no ser que haya nombres propios o en idioma extranjero), todas las demás con minúscula. Si la refe-

rencia es general se pone todo el texto; pero si ésta implica la cita de algún artículo, ensayo, poema, cuento, etcétera, tomado de obra periódica, ésta irá entre comilas y subrayado el título de la publicación: si es libro —repetimos—, sólo la primera con alta (a no ser que lleve nombre propio); si periódico, todos los comienzos de palabra con altas:[a] Ejemplo:

[1] Roberto A. Esteva Ruis, *Ensayos jurídicos*. Facultad de Derecho, UNAM. México, 1960. vol.II, p.132.

[•] Consúltese la literatura respectiva de la Biblioteca Nacional.

[a] "Introducción al estudio de la Constitución", *Boletín Mexicano de Derecho Comparado*, año II, núm. 1. México, enero-abril, 1968.

La ficha se escribirá completa sólo en la primera referencia. En las subsecuentes se usará alguno de los datos o las acostumbradas abreviaturas. Si son de origen latino irán subrayadas, y sólo llevarían punto las que sean abreviaturas.

Ofrecemos las más usuales, desatadas, abreviadas y con su significación: *ibidem* = *Ibid.* = *allí mismo; idem,* = el mismo, lo mismo; *et alteri* y *et alii* = *et al.* = y otros; *verbi gratia* = *v. g.* = por ejemplo; *opus citatum* = *op. cit.* = obra citada; *confer* = *cf.* y *cfr.* = véase, confróntese; *supra* = arriba; *infra* = abajo; *vid.* y *vide* = videtur = véase; *id est* = *i. e.* = esto es; *passim* = en varios lugares, abundantemente; *apud* = en, en la obra de, basado en; *sic* = así, así textualmente; *circa* = alrededor de (para señalar fechas aproximadas); *locutio citata* = *loc. cit* = *locución citada; item* = así, del mismo modo; se les debe poner

coma después del punto de la abreviatura; *id*, p. 4; *ibid*, vol.36.

Ibid. o *ibidem* sólo se usa en caso de que la referencia inmediatamente anterior remita al mismo texto. Después de la abreviatura sólo es necesario indicar el número de página. Cuando se quiera volver a citar una obra de la que ya se ofreció la ficha bibliográfica en la primera referencia, se utiliza *op. cit.* a la que antecede el apellido del autor; a éste sigue la abreviatura y después el número de la página. *Supra* o *infra* se usan cuando se quiere remitir al lector a textos anteriores o posteriores de la propia obra. Si se desean confrontar notas o textos, se usa *cf.* o *cfr.* Por su parte, las notas aclaratorias, como son elaboradas por el propio investigador, se señalan con número o asterisco en el texto correspondiente y con ese mismo número se desarrollan a pie de página sin mayores problemas. Ejemplo:

[1]Ramos Samuel, *El perfil del hombre y la cultura en México.* UNAM. México, 1934, p.45.

[2]Idem, p.9.

[5]*Cf.* el capítulo II de la presente obra.

*Estas serían algunas de las ideas que más tarde le reprocharían a Caso.

[4]Ramos Samuel, *op. cit.* p.25.

Cada capítulo tiene su propia numeración.

d) *Bibliografía*

La bibliografía se presenta por orden alfabético y sólo debe incluir las obras consultadas que tienen estrecha relación con el tema. Todas han de ir acompañadas de los datos bibliográficos correspondientes. Si no hubiera más de quince obras, podrían anotarse conjuntamente los libros y los artículos de revista o de periódicos. Si el número fuera mayor, sería preferible hacer dos secciones. Ejemplo:

Aosti, Héctor P., *Tántalo recobrado*, Condiciones actuales del humanismo, Ed. Lautaro, Buenos Aires, 1964.

Baczko, Bronislaw, "Marx and the idea of the Universality of Man", en *Socialista Huma-*

nism, ed. by Erich From, Doubleday & Company, Nueva York, 1965.
Galvez, J. Y., *La pensée de karl Marx*. Ed. du Seuil, Paris, 1963.

e) *Indice*

El índice se elabora de acuerdo con los capítulos, subcapítulos e incisos de la investigación y el número de la página donde se inician. Ejemplo:

I. Introducción 2
II. El hiperión 8
a) Fundación del grupo 18
b)Antecedentes filosóficos 23
III. Etcétera.

EJEMPLO

"Valoración de la filosofía de Bertrand Russell". Por A. J. Ayer

NOTA: Aunque este ensayo no está dividido en capítulos, cada tema quedó separado con doble renglón.

15. A. J. AYER

VALORACIÓN DE LA FILOSOFÍA DE BERTRAND RUSSELL

INTRODUCCION

Hacia el último cuarto del siglo XIX, la filosofía británica había caído totalmente bajo el hechizo de Hegel. Los hegelianos británicos, entre los cuales los más distinguidos eran F. H. Bradley en Oxford y J. E. McTaggart en Cambridge, no fueron quizá discípulos muy ortodoxos del maestro — Bradley, en particular, halló difícil liberarse enteramente de la herencia del empirismo británico —, pero con su creencia en lo Absoluto, su caracterización del mundo material como mera apariencia, y su negación de la realidad del espacio y del tiempo, se entregaron a la metafísica de una manera que los filósofos británicos han evitado en general, tanto antes como después. Que el siglo actual haya visto el retorno a la más vieja, pero más sana tradición empirista, y su desarrollo en una forma más rigurosa, se debe, en gran manera, a la obra de Bertrand Russell. Lo que se llama el movimiento analítico en filosofía, que de una u otra forma ha configurado el clima filosófico por lo menos en los países de habla inglesa durante el último cuarto de siglo, es, en gran medida, el fruto de sus ideas.

ANTECEDENTES FILOSOFICOS

TESIS DE AYER

EVOLUCION FILOSOFICA

Como él mismo nos cuenta en *My Philosophical Development,* hubo un período en la juventud de lord Russell en que, bajo la influencia de los escritos de Bradley, también él fue un idealista hegeliano. Sin embargo, muy pronto fue convertido por su amigo y còlega de Cambridge, G. E. Moore, a una forma de realismo platónico. Esta conversión fue mayormente facilitada por el hecho de que Russell había sido inducido

DONDE

CUANDO

INFLUENCIAS

* HOMENAJE A BERTRAND RUSSELL, LIBROS TAU. BARCELONA, ESPAÑA 1968.

por primera vez a interesarse por la filosofía, debido a su deseo de hallar alguna razón para creer en la verdad de las matemáticas; y pronto llegó a la conclusión de que si tenía que considerar que las proposiciones de las matemáticas tienen validez objetiva, tendría que rechazar la doctrina idealista fundamental según la cual los objetos del conocimiento están condicionados por el hecho de ser conocidos. Además, el idealismo hegeliano miraba con recelo los juicios relacionales, que consideraba incoherentes; y Russell estaba convencido de que las proposiciones de las matemáticas son irreduciblemente relacionales. Por la misma razón, rechazaba la opinión, que se atribuye a Aristóteles y a Leibniz, de que todas las proposiciones son de la forma sujeto-predicado. En el primero de sus libros filosóficos *A Critical Examination of the Philosophy of Leibniz*, que apareció en 1900, Russell hizo un intento convincente para mostrar que el supuesto de esta doctrina lógica puede ser deducido de las principales características de la metafísica de Leibniz.

Dos explicaciones corrientes de la naturaleza de las proposiciones matemáticas, eran la idea kantiana de que son verdades sintéticas *a priori* y, en el otro extremo, la idea de John Stuart Mill de que son generalizaciones empíricas que debían su seguridad al hecho de haberse visto apoyadas por un número muy grande de casos. Pero ninguna de estas explicaciones satisfizo a Russell. No rechazó entonces la noción misma del *a priori* sintético, como llegó a hacerlo más tarde, pero le parecía que el uso que se hacía de él en este caso no explicaba bastante; al mismo tiempo, la idea de que las proposiciones de las matemáticas eran generalizaciones empíricas, le aparecía insostenible, porque implicaba la negación de su necesidad.

La propia solución radical de Russell fue reducir las matemáticas a la lógica. Para conseguir esto, tuvo que mostrar que los términos fundamentales de las matemáticas podían ser definidos mediante conceptos puramente lógicos, pero, lo que es más importante, tuvo que transformar la misma lógica. Tuvo que construir un sistema lógico que fuera lo suficientemente riguroso y rico como para que se pudieran incorporar en él las proposiciones de las matemáticas. La primera parte de

1ª IDEA (PRINCIPAL) — EVOLUCIÓN FILOSÓFICA — IMPLICACIONES

POR QUE / DONDE CURSO / QUE / FILOSOFOS PRECEDENTES / POR QUE / QUE / PARA QUE

esta empresa fue llevada a cabo en los *Principles of Mathematics,* que aparecieron en 1903. La segunda le condujo a los *Principia Mathematica,* que se desarrollaban en tres grandes volúmenes, de los cuales, el primero se publicó en 1910, el segundo en 1912, y el tercero en 1913. Un informe relativamente no técnico de las ideas fundamentales de estas obras lo dio Russell en su *Introduction to Mathematical Philosophy,* que escribió mientras estaba en la cárcel, a resultas de su actuación contra la Primera Guerra Mundial, y que fue publicada en 1919.

En su idea de que las matemáticas podían ser reducidas a la lógica, se había anticipado a Russell el matemático alemán Gottlob Frege. Aunque la obra de Frege había sido publicada más de veinte años antes, era muy poco conocida, y Russell llegó independientemente a resultados muy similares. En sus respectivas definiciones de los números naturales, por ejemplo, tanto Russell como Frege utilizaron el concepto de relación biyectiva; ésta es una relación de tal clase que, si tiene lugar entre dos términos cualesquiera x e y, ningún otro término que no sea x está relacionado con y, y x no se relaciona con ningún otro término que no sea y. Se dice que dos clases son semejantes si sus miembros pueden hacerse corresponder mediante una relación biyectiva. Entonces, el número de una clase se define como la clase de todas aquellas clases que son semejantes a la clase dada, y número cardinal se define como todo lo que puede ser número de alguna clase. Esta definición no es circular, dado que la noción de relación biyectiva puede introducirse en términos puramente lógicos, sin ninguna referencia a los números. Por otra parte, si la definición debe aplicarse a todo número cardinal, parece requerirse que no haya límite superior para el número de cosas que pueden ser clasificadas; y puede discutirse si esto es un principio de lógica.

Por el tiempo en que escribió los *Principles of Mathematics,* Russell tenía todavía mucho de realista platónico. Hablaba de «cualquier cosa que pueda ser un objeto de pensamiento» como de un término, y sostenía que «todo término tiene ser, es decir, *es* en algún sentido». Esto le vinculó a la creencia en la realidad, no sólo de los universales, proposiciones y clases, sino

de todo lo que fuera denotado por cualquier expresión sustantiva. Su supuesto era que, si una tal expresión tenía sentido, debía haber, en algún sentido, un objeto al cual se refiriera. Esto marchaba bastante bien en el caso de nombres propios, como «Napoleón», o descripciones como «el autor de Waverley», que denotan objetos que sabemos que existen; aunque difícilmente se puede creer que objetos tales como el actual rey de Francia, la montaña de oro, o el cuadrado redondo, deban *ser* en algún sentido. Por otra parte, por lo que respecta al análisis de su significado, no parecía que hubiera alguna justificación para establecer una distinción entre expresiones del tipo «el actual rey de Francia» y las de la forma «el autor de Waverley». Era sólo debido a un hecho contingente, histórico, el que una de ellas tuviese una correspondencia real y la otra no.

La solución de Russell a esta dificultad puede hallarse en su famosa Teoría de las Descripciones. Esta teoría fue concebida para mostrar que, incluso en su uso referencial, expresiones de la forma «el tal-y-cual» no funcionan como nombres. Del hecho de que posean sentido, no se sigue que haya algún objeto al cual designen. La manera en que Russell mostró esto, fue dando una regla para traducir frases en las que se encuentre la expresión descriptiva dada, de modo que la expresión ya no aparezca como si fuera un nombre. Así, para tomar su propio ejemplo favorito, la afirmación «el autor de Waverley fue Scott», resulta, en su traducción, la conjunción de las tres aseveraciones: «Por lo menos una persona escribió Waverley»; «A lo sumo una persona escribió Waverley»; y «no es el caso que alguien escribiera Waverley y no fuera idéntico a Scott». Poniéndolo simbólicamente, como el mismo Russell prefería hacer, según la teoría, decir que algo que tenga f, tiene g, donde f es la propiedad encubierta en la descripción dada y g es una propiedad atribuida a lo que ésta describe, es decir, que hay un x tal que x tiene f, y que para todo y, si y tiene f, y es idéntico a x, y x tiene g. De este modo, cualquier descripción del sujeto está incluida en el predicado, y únicamente lo que Russell llamó un nombre propio lógico, esto es, un de-

mostrativo puro, puede servir para designar el valor de la variable *x*.

Esta teoría, que el filósofo de Cambridge, F. P. Ramsey, ha llamado un paradigma de filosofía, ha tenido recientemente sus críticas. Una objeción a ella es que hay muchos casos en que la aplicación literal de la regla de Russell conduce a resultados indeseables. Si digo «El policía de la esquina me dijo a donde tenía que ir», con seguridad no implico que existe sólo un policía o sólo una esquina. El quid de la cuestión en casos de este tipo es que la descripción dada no individúa al objeto al cual se refiere; se supone que el medio de identificar al objeto es proporcionado por el contexto. Con todo, el objeto tendrá un único conjunto de propiedades que se pueden especificar; y si se especifican, entonces se aplicará el análisis de Russell. Otra objeción es que la declaración de existencia que está implicada en la utilización de una descripción dada no viene implícitamente afirmada por ella, como considera Russell, sino que está más bien presupuesta. Se alega que no deberíamos decir ordinariamente que una frase tal como «El actual rey de Francia es calvo» se ha usado para hacer una aseveración falsa; deberíamos decir más bien que, dado que no hay rey de Francia actual, la cuestión de la verdad o falsedad ni siquiera ha surgido. No me parece, sin embargo, que ésta sea una cuestión para la cual el apelar a los usos ordinarios del lenguaje sea del todo decisivo; y hay ventajas evidentes en construir frases de esta clase, de tal modo que den lugar a aseveraciones que tengan un valor veritativo.

Una crítica más seria es la de que Russell parte de una premisa falsa. La teoría se ha construido para mostrar cómo es posible que una expresión descriptiva tenga sentido, aun cuando no haya nada denotado por ella, y lo muestra, efectivamente, al sostener que estas expresiones no son referenciales. El supuesto subyacente es entonces que el significado de una expresión referencial debe ser identificado con su denotación; y se arguye que, incluso en el caso de nombres propios, esta teoría del significado es errónea. Estoy de acuerdo en que es errónea y que, por tanto, el razonamiento que parece haber

Opiniones de otros investigadores
Opinión de Ramsey
Crítica de otros filósofos
Opinión de Ayer
Otras objeciones
Opinión de Ayer

llevado a Russell a la teoría de las descripciones puede criticarse. Sin embargo, el hecho de que ésta fuera concebida para hacer frente a una dificultad evitable de otro modo, no invalida la teoría en sí misma.

No fue sólo en el campo de la teoría de las descripciones que Russell se hizo escéptico respecto de la generosa ontología que había admitido en los *Principles of Mathematics*. En sus obras posteriores creyó innecesario atribuir una existencia real, ya sea a clases o a proposiciones; las tuvo más bien por ficciones lógicas, en el sentido de que pueden ser analizadas en términos de entidades de una especie más concreta. En cambio, siempre se ha sentido constreñido a admitir la existencia de los universales. Ha admitido, quizás erróneamente, que uno puede ir prescindiendo de los universales hasta el punto de reducirlos todos a una única relación de semejanza, pero como adopta el punto de vista de que la semejanza en sí misma es un universal, no cree que los nominalistas logren su objetivo.

No es posible, dentro de los límites de un esquema general de la filosofía de Russell, determinar el alcance y originalidad de los *Principia Mathematica*. En cualquier caso, no hay duda de que jugaron un papel muy importante en el desarrollo de la lógica matemática. La ruptura con la lógica aristotélica consistió, no tanto en el empleo de una notación especial, como en la mayor generalidad del sistema de Russell y Whitehead y, sobre todo, en su intento de hacerlo rigurosamente formal. Otros sistemas lógicos se han desarrollado desde entonces, los cuales pretenden poseer un mayor rigor formal, pero han sido en gran medida inspirados por la obra de Russell y Whitehead.

Un resultado muy importante del interés de Russell por los problemas de la lógica matemática fue su invención de la Teoría de los Tipos. La necesidad de esta teoría surgió a partir de su descubrimiento de una contradicción en la teoría de las clases; un descubrimiento que hizo exclamar a Frege, cuando la noticia de la misma le fue comunicada por Russell, que los fundamentos enteros de las matemáticas habían sido minados. Esta contradicción es bastante fácil de exponer. Muchas clases

resultan no ser miembros de sí mismas; por ejemplo, está claro que la clase de los hombres no es ella misma un hombre. En cambio, algunas clases aparecen como miembros de sí mismas. Por ejemplo, la clase de todas las cosas que pueden ser contadas sería también una cosa que puede ser contada. Considérese ahora la clase de todas las clases que no son miembros de sí mismas. ¿Es o no es esta clase un miembro de sí misma? Si lo es, no lo es, y si no lo es, lo es.

Contradicciones semejantes aparecen en otras regiones. Un ejemplo notable es la paradoja de Epiménides, el Cretense, quien decía que todos los cretenses eran mentirosos. Otra paradoja bien conocida que pertenece a la misma familia que la del mentiroso, surge del hecho de que algunos adjetivos, pero no todos, son predicables de sí mismos. Por ejemplo, la palabra «corto» es corta, pero la palabra «largo» no es larga. Llamaremos aquellos que son predicables de sí mismos «autológicos» y aquellos que no lo son, «heterológicos». Entonces, ¿es la palabra «heterológico» predicable de sí misma? De nuevo resulta que, si lo es, no lo es, y si no lo es, lo es.

La solución que da Russell a estas antinomias fue la de disponer los objetos en una jerarquía de niveles, con la consecuencia de que lo que puede ser verdadero o falso para los objetos de un nivel, no puede ser afirmado con sentido para los de otro nivel. En particular, si una clase dada es la extensión de un predicado dado, resultará puro sinsentido si el predicado se aplica a esta clase. De modo que no es falso sino sin sentido decir que la clase de los hombres es humana: la pregunta de si la palabra «heterológico» es ella misma autológica o heterológica, es una pregunta sin sentido. Aun cuando un predicado parece caracterizar objetos de diferentes niveles, no tiene el mismo sentido en cada uno de los casos. Así, un predicado del tipo «poder ser contado» es, como Russell lo presenta, sistemáticamente ambiguo.

La teoría de los tipos, de la que aquí he dado sólo un esbozo, está rodeada de un cierto aspecto *ad hoc*. Es difícil sostener que todas las formas de autorreferencia son lógicamente viciosas; y parece que no hay un método seguro para decidir cuando

es legítima esta teoría y cuando no lo es. Por esta razón, se han hecho desde entonces intentos para encontrar un medio menos restrictivo de evitar las paradojas. En cualquier caso, la teoría de los tipos ha tenido una importante influencia histórica. Llamó la atención de una manera muy impresionante sobre el hecho de que una frase puede estar bien construida gramaticalmente, y no obstante no expresar ninguna aseveración con sentido. Entre otras cosas, contribuyó a preparar el terreno a los positivistas lógicos, quienes rechazaban la metafísica, por la razón de que las doctrinas metafísicas no eran ni siquiera falsas: eran literalmente absurdas. Ésta es, en realidad, una opinión que se puede retrotraer hasta Hume, pero se tomó la obra de Russell como un soporte lógico.

De la teoría de los tipos se desprende que las aseveraciones situadas en el escalón más bajo de la jerarquía se refieren a individuos; y de la teoría de las descripciones se desprende que los individuos que, según expresión de Russell, componen el mobiliario del mundo, se designan mediante nombres propios lógicos. Pero, como los nombres propios lógicos son demostrativos puros, resultaría que los únicos individuos que ellos pueden designar son los directamente observables. De este modo, la lógica de Russell se integró en su teoría del conocimiento.

La distinción entre conocimiento directo y conocimiento por descripción, la cual es un resultado de la teoría de las descripciones, fue desarrollada por Russell en su obra *Problems of Philosophy,* que apareció en 1912. Este libro fue escrito para la Home University Library, y es aun ahora, como entonces, una buena introducción a la filosofía. Trata de la teoría del conocimiento, desde un punto de vista empirista; su principio guía es el de que toda proposición que podamos entender debe estar compuesta de elementos que hayamos conocido directamente. Russell sostenía que conocemos directamente universales. También conocemos directamente particulares, pero sólo una clase limitada de ellos: o sea, los que nos son dados directamente por la experiencia. En el caso de éstos, él aceptó sin discusión que, del hecho de que se conociera direc-

tamente un objeto particular, se desprendía que el objeto realmente existía y que tenía las propiedades que parecía que tenía. Según esta opinión, nosotros podemos ciertamente suponer que existen particulares de otros tipos; pero sólo nos podemos referir a ellos indirectamente como objetos que se hallan en determinadas relaciones con los que hemos experimentado. Así pues, cuando un objeto es conocido directamente, su existencia no está sujeta a ninguna duda; pero la existencia de objetos que se conocen sólo por descripción es problemática. Por aquel tiempo, Russell creía que los particulares que era posible conocer directamente eran el propio yo y los propios pensamientos privados, sentimientos, imágenes, y datos sensibles; éstos pueden ser tanto pasados como presentes, dado que él consideraba que la memoria era una forma de conocimiento directo. Hacia 1921, cuando publicó *The Analysis of Mind,* se confirmó en su idea de que la existencia de los objetos o sucesos que decimos recordar no nos es conocida directamente, sino únicamente inferida de nuestros imágenes-recuerdos presentes; y también rechazó la idea de que uno pueda conocerse a sí mismo, por la razón de que el yo no existe como entidad separada. Por otro lado, nunca ha abandonado la opinión de que los objetos que conocemos directamente en la percepción son nuestros propios datos de los sentidos privados. La teoría del dato de los sentidos ha encontrado, en verdad, una oposición considerable en tiempos recientes, como parte de la reacción general contra la presuposición de la existencia de entidades privadas. Si Russell todavía está adherido a ella, es debido principalmente a que cree que la alternativa de suponer que conocemos directamente los objetos físicos es obviamente insostenible. Su argumento principal contra el realismo ingenuo se halla expuesto muy brevemente en la *Inquiry into Meaning and Truth,* que apareció en 1940. «Todos partimos del "realismo ingenuo", es decir, la doctrina de que las cosas son lo que parecen. Creemos que la hierba es verde, las piedras son duras y la nieve es fría. Pero la física nos asegura que la verdura de la hierba, la dureza de las piedras, y la frialdad de la nieve, no son la verdura, la dureza y la frialdad que cono-

cemos por nuestra propia experiencia, sino algo muy diferente. El observador, cuando cree que está observando una piedra, está en realidad, si hemos de creer a la física, observando el efecto de la piedra sobre sí mismo... El realismo ingenuo nos conduce a la física, y la física, si es verdadera, nos muestra que el realismo ingenuo es falso. Luego, el realismo ingenuo, si es verdadero, es falso; luego, es falso[1].»

Esto implica una teoría causal de la percepción, con la que empezó Russell y a la que ha retornado. Hubo, sin embargo, un período en el que, por obediencia al principio de «siempre que sea posible, hay que sustituir las construcciones a partir de entidades conocidas, por la inferencia a entidades desconocidas», un principio que él ha denominado la suprema máxima de la filosofía científica, abandonó la teoría causal, por lo menos en su forma convencional, a favor de la posición fenomenista, según la cual, los objetos físicos son construcciones lógicas hechas a partir de datos de los sentidos actuales y posibles. Ésta es una reformulación de la idea de John Stuart Mill, de que los objetos físicos son posibilidades permanentes de sensación; la forma en que es presentada ahora es la de que las aseveraciones sobre objetos físicos pueden traducirse fielmente a aseveraciones sobre datos de los sentidos.

Russell desarrolló esta concepción en *Our Knowledge of the External World,* que se publicó en 1914, y en dos de los ensayos reunidos en *Mysticism and Logic,* obra que apareció en 1918. Los materiales a partir de los cuales trató de construir los objetos físicos, no estaban limitados a los datos de los sentidos actuales que percibe cada observador por sí mismo. Russell también introdujo los datos sentidos por otras personas, e incluso datos no sentidos, a los que dio el nombre de «sensibles». La única propiedad en que se suponía que diferían un sensible y un dato de los sentidos era en el no ser sentido actualmente del primero. Hablando de un modo general, la teoría de Russell era que, en un momento dado, cada observador percibe un mundo privado tridimensional con su propio espacio, o es-

[1] Pág. 15.

pacios privados, ya que Russell separa el espacio de la vista del del tacto. A estos mundos privados, los denomina perspectivas. Además de estas perspectivas percibidas, existe también un número infinito de perspectivas no percibidas, o sea, todas aquéllas que percibiría un observador si estuviera en el estado adecuado y en la posición adecuada. Los elementos constituyentes de las perspectivas no percibidas son los sensibles. Se define, entonces, un objeto físico como una clase de sensibles, en que se considera que los sensibles incluyen los datos de los sentidos; de hecho, se le identifica a aquellos sensibles, o datos de los sentidos que son considerados corrientemente como sus apariencias actuales o posibles. Como las perspectivas tridimensionales están asimismo dispuestas en un orden tridimensional, el espacio físico tiene seis dimensiones. Russell no desarrolla su teoría en completo detalle, pero está claro que ésta debe enfrentarse a dificultades muy serias, incluso si se está dispuesto a admitir que los sensibles y las perspectivas no percibidas existen literalmente.

En la *Réplica a las críticas,* que Russell escribió para el libro *The Philosophy of Bertrand Russell,* un volumen de la Library of Living Philosophers, que fue publicado en 1944, observó que no veía por qué le había de impedir su teoría considerar los objetos físicos como causas de los datos de los sentidos. Su fundamento para ello seguramente es que las relaciones causales que se supone que existen entre los objetos físicos y los datos de los sentidos son también aptas para ser analizadas en función de correlaciones entre sensibles. Ésta es, sustancialmente, la posición que adoptó en su *Analysis of Mind,* donde desarrolla una teoría sobre mente y materia que es afín al monismo neutral de William James. Tal teoría postula que, mente y materia, son ambas construcciones lógicas a partir de unos elementos, principalmente datos de los sentidos, que en sí mismos no son ni mentales ni físicos. Aparte del hecho de que algunos elementos, tales como imágenes y sentimientos, entran únicamente en la composición de las mentes, lo que distingue especialmente la mente de la materia, según esta teoría, es el funcionamiento de leyes causales diferentes. Así

pues, los mismos datos de los sentidos, cuando están correlacionados siguiendo las leyes de la física, constituyen objetos físicos y, cuando están relacionados siguiendo las leyes de la psicología, contribuyen a componer mentes. En su aspecto mental, intervienen, entre otras cosas, en lo que Russell llamó la causación mnémica, una especie de acción a distancia, por la cual las experiencias producen imágenes-recuerdos subsiguientes. Una consecuencia de esta concepción es que Russell rechaza, no sólo la noción del yo, sino también la de conciencia, en cuanto entidad sustancial. Por otra parte, si bien se ha entretenido con el behaviourismo, nunca ha negado la existencia de estados de conciencia que no son definibles en términos físicos.

Una característica interesante de los escritos más recientes de Russell sobre el tema de la percepción, es que localiza los datos de los sentidos o perceptos (como ahora prefiere denominarlos) en el cerebro del percipiente. Él no quiere decir con esto que, cuando pensamos que estamos percibiendo el mundo que nos rodea, estamos en realidad observando, en un sentido literal, sólo nuestros propios cerebros. Su razonamiento es más bien que la posición de un suceso en el espacio-tiempo está determinada por sus relaciones causales, y que «las conexiones causales y temporales de los perceptos con los sucesos en los nervios aferentes y eferentes da a los perceptos una ubicación en el cerebro del observador»[8]. Si esto todavía suena paradójico, debe recordarse que, para Russell, el mismo cerebro es una construcción a partir de sucesos sensibles. Ésta es una de las perspectivas desde las que se ve el mundo, y es a través de las perspectivas que constituyen su punto de vista, más que a través de los objetos físicos que se construyen a partir de ellos, que los perceptos actuales adquieren su propia localización en el espacio físico.

La idea de que el mundo consiste, en sus últimos componentes, de sucesos sensibles, es un aspecto de la doctrina del atomismo lógico que Russell, bajo la influencia de su discípulo Ludwig Wittgenstein, presentó en los años que siguieron a la

[8] *The Philosophy of Bertrand Russell:* Reply and Criticisms, pág. 705.

Primera Guerra Mundial. Fue expuesta por él en algunas conferencias que fueron publicadas por vez primera en *The Monist*, en 1918 y 1919, bajo el título «La filosofía del atomismo lógico» y, desde entonces, han sido reimpresas en una colección de ensayos titulada *Logic and Knowledge*, que apareció en 1956; y existe también un ensayo titulado «Atomismo lógico», con el que Russell contribuyó a la primera serie de la Filosofía Británica Contemporánea en 1924. Aunque hacía un enérgico alegato a favor del método del análisis lógico, considerado ante todo como una aplicación de la navaja de Occam, de acuerdo con el principio de sustituir construcciones lógicas por entidades inferidas, las conferencias estaban dedicadas, en gran medida, al problema de la verdad. En sus escritos anteriores sobre la cuestión de la verdad, en la época en que creía en la realidad objetiva de las proposiciones, Russell había adoptado el punto de vista de que verdad y falsedad son propiedades no analizables que simplemente caracterizan las proposiciones. Las proposiciones, sostenía, son verdaderas o falsas del mismo modo en que las rosas pueden ser rojas o blancas. No obstante, no pasó mucho tiempo antes de que llegara a considerar, y con razón, a tal teoría como oscurantista y, por lo tanto, la abandonó en favor de una teoría de la verdad a base del principio de correspondencia.

En la exposición de Russell del atomismo lógico, lo mismo que en el *Tractatus Logico-Philosophicus* de Wittgenstein, se le da a la teoría de la correspondencia una interpretación muy literal. Russell concebía los sucesos sensibles formando parte de lo que llamó hechos atómicos; los cuales hechos atómicos son designados, como si fuera fotográficamente, por proposiciones elementales. La verdad de todas las proposiciones de orden más elevado dependía de la verdad de esas proposiciones elementales, y la verdad de esas proposiciones elementales consistía en su correspondencia estructural con los hechos atómicos. Russell vertió mucha inventiva para la elaboración de esta teoría, pero ésta descansa en una teoría pictográfica del significado que, posteriormente, tanto él como Wittgenstein consideraron insostenible.

Cuando donde como

Qué

Evolución Filosófica

Opinión de ayer

Qué

Crítica

Russell ha vuelto al problema de la verdad en su *Inquiry into Meaning and Truth* y en *My Philosophical Development*, que fue publicado en 1959. Todavía se adhiere a una teoría de la correspondencia en la medida en que mantiene que la verdad de las proposiciones es producida por los hechos, pero ya no sigue creyendo que la verdad consiste en una relación de correspondencia estructural, y prefiere ahora considerar que la verdad de las proposiciones se deriva de la verdad de las creencias. Hablando en general, su opinión es que una creencia es juzgada verdadera si el estado de cosas que se supone que la verificaría se comprueba por observación que existe, y falsa si su «verificador» se ve que no existe. Esto se halla en consonancia también con su rechazo de una teoría pictográfica del significado a favor de una teoría causal del mismo.

Russell ha continuado siendo un atomista lógico, en el sentido de que piensa que el mundo consiste en un cierto número de particulares. Pero, en la *Inquiry into Meaning and Truth*, da a esta postura un nuevo aspecto al identificar estos particulares con lo que ordinariamente se llaman cualidades. De nuevo es aquí el suyo un motivo de economía, apoyado por el deseo de eliminar la dudosa noción de sustancia. De consiguiente, sigue la tradición de Berkeley al tratar las cosas del sentido común como colecciones de cualidades, que están unidas por lo que él llama relaciones de compresencia. Hay algunas dificultades en esta teoría, que se centran sobre todo alrededor de la interpretación de la relación de compresencia; pero creo que es razonablemente posible que puedan ser superadas.

Esta concepción de la naturaleza de los particulares la retiene Russell en su libro *Human Knowledge: Its Scope and Limits*, que fue publicado en 1948. Por otra parte, este libro es de interés principalmente por su intento de resolver el problema de la inducción. Russell es de la opinión poco corriente de que el razonamiento inductivo está necesitado de justificación, y elabora un conjunto de principios que cree serán suficientes para este propósito. No obstante, no cree que ninguno de estos principios pueda probarse que es cierto.

8ª IDEA (COLATERAL) — Existen muchos otros aspectos de la filosofía en los que ha contribuido Russell. Ha escrito extensamente sobre ética, filosofía política, filosofía social y filosofía de la educación, y sobre historia de la filosofía y filosofía de la historia. Pero aun cuando esta porción de su obra contiene algunos de los mejores escritos de Russell, no tiene el mismo interés teórico que su obra en el campo de la lógica y de la teoría del conocimiento. En filosofía moral, empezó compartiendo el punto de vista de G. E. Moore, de que «bueno» es una cualidad no natural, objetiva y no analizable, pero desde entonces se ha ido convenciendo de que los juicios éticos no son objetivamente, ni ciertos, ni falsos, sino que expresan actitudes. Aunque acepta esta conclusión intelectualmente, confiesa que le desagrada por motivos emocionales. Su propio punto de vista ético parece que es, ante todo, utilitarista. Cree que la tarea propia de la ética es averiguar lo que la gente quiere y cómo pueden alcanzarse sus fines. Al mismo tiempo, está claro que asigna un valor intrínseco a cosas tales como la justicia y la libertad y la búsqueda de la verdad.

QUÉ — CRÍTICA — QUÉ — PORQUÉ — QUÉ

EVOLUCIÓN FILOSÓFICA

Aunque posee amplios conocimientos históricos, de los que hace uso efectivo, el tratamiento que da Russell a las cuestiones sociales es más moral que histórico. En la *History of Western Philosophy,* que publicó en 1946, se dispuso ciertamente a relacionar las ideas filosóficas con las condiciones sociales bajo las que se produjeron, pero en la mayor parte de la obra la exposición de las ideas y la descripción del trasfondo social proceden separadamente; no se ha hecho ningún esfuerzo serio para integrarlas. Como pudiera esperarse, su historia de la filosofía es sumamente iluminadora cuando trata de los filósofos que le son más simpáticos; en particular, Leibniz y los empiristas británicos.

QUÉ — DONDE — CUANDO — CRÍTICA

12ª IDEA (COLATERAL) — Para mí, lo mejor de los escritos políticos de Russell, es su libro *Principles of Social Reconstruction,* que apareció en 1916, en la cúspide de su campaña contra la Primera Guerra Mundial. Es una obra anarquista en el temperamento, y refleja la desconfianza hacia las instituciones, y especialmente hacia el poder del Estado, que ha coloreado siempre su pensamiento

QUÉ — DONDE — CUANDO — CRÍTICA

político. No sólo en política, sino también en la esfera de la educación, ha sido un consecuente defensor de la libertad. Aunque se da cuenta más agudamente de las características irracionales de la conducta humana, su visión de los problemas morales, políticos y sociales posee una afinidad bastante estrecha con la de John Stuart Mill.

En el transcurso de su larga carrera, Russell, como hemos visto, ha mantenido una gran variedad de opiniones filosóficas. Esto ha sido utilizado a veces como argumento en contra de él, especialmente por parte de aquellos que publican muy poco por temor a que se descubra que están en un error. Pero el hecho es que, si bien ha cambiado con bastante frecuencia sus opiniones sobre puntos de detalle, su tratamiento de la filosofía ha sido notablemente consistente. Su objetivo ha sido siempre encontrar razones para las creencias aceptadas por todos, ya sea en el campo de las matemáticas, de las ciencias naturales o sociales, o del sentido común. Ha sido un escéptico consecuente, no en el sentido de que niegue nuestras pretensiones de conocimiento, sino porque las pone en duda. Además, ha seguido siempre un único método, el método de empezar con proposiciones que son las menos susceptibles de dudarse, y tratando de reconstruir sobre esta base el edificio del conocimiento, con tan pocas suposiciones como sea posible. Cuando ha cambiado de ideas, la razón generalmente ha sido, ya sea porque pensó que podría arreglárselas con todavía menos suposiciones, o bien porque las había cercenado tanto que la base sobre la que trabajaba ya no correspondía a los hechos. El resultado del uso de este método ha sido que sus justificaciones toman generalmente la forma del análisis; es así como ha llegado a proporcionar tanta inspiración al movimiento analítico en la filosofía contemporánea. Aun así, él no se ha interesado por el análisis en sí mismo, sino sólo como método de prueba. En esto, así como en la potencia y la elegancia de su estilo literario, continúa la gran tradición del empirismo británico. Él es ahora, y es probable que siga siéndolo, su representante más notable en el siglo XX.

INDICE

Prólogo a la primera edición 5
Prólogo a la segunda edición 9
Capítulo I. Elección del tema 13
Capítulo II. Proyecto de trabajo 27
a) Objetivos generales 30
b) Proyecto de trabajo 40
Capítulo III. Bibliografía 49
a) Bibliografía indirecta 51
b) Reseñas de libros 57
c) Bibliografía directa 59
d) Fichas bibliográficas 60
e) Localización 63
Capítulo IV. Lectura 65
a) La terminología 67
b) Las ideas 78
Capítulo V. Comprensión histórica 85
a) Cuándo 87
b) Cómo 90
c) Dónde 93
d) Por qué 98
e) Para qué 104
Capítulo VI. Análisis crítico 107
a) Forma y función del lenguaje 109
b) Postura filosófica implícita 114
c) Problemas y pseudoproblemas 115
d) Los argumentos 124
e) Valoración 133
f) Instrumental 135
Capítulo VII. Notas 139

Capítulo VIII. Redacción 159
a) Autocrítica 161
b) Proyecto de redacción 168
c) Composición 177
d) Exposición 181
Capítulo IX. Presentación 187
a) Distribución 189
b) Transcripciones 190
c) Notas a pie de página 192
d) Bibliografía 195
e) Indice 196
Ejemplo: "Valoración de la filosofía de Bertrand Russell" por A. J. Ayer 197

Introducción a la investigación filosófica, editado por la Dirección General de Publicaciones, se terminó de imprimir en JAARMA el 27 de junio de 1986. Su composición se hizo en tipo Baskerville de 12:13, 10:11 y 8:9 puntos. La edición consta de 2 000 ejemplares.